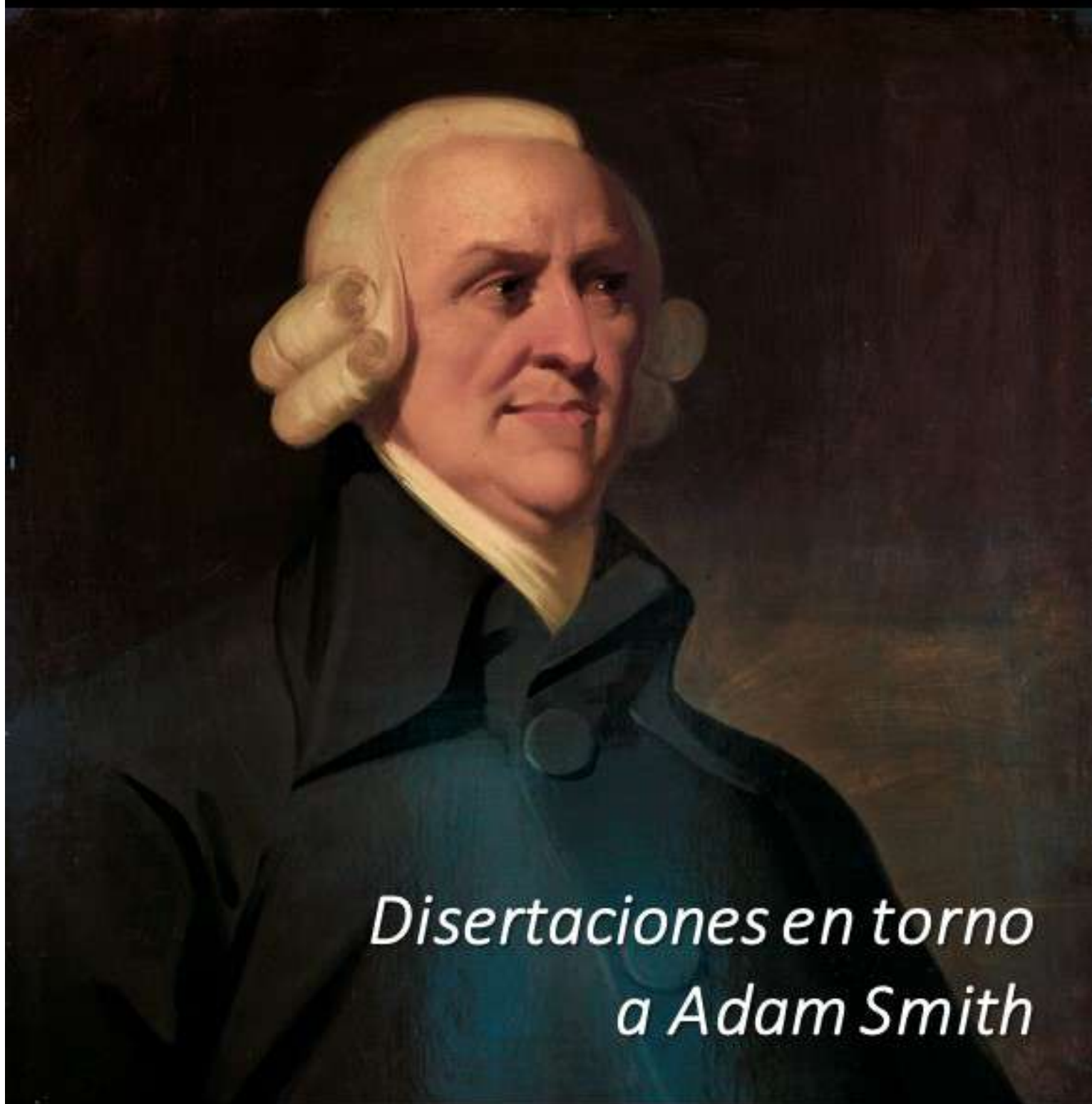


JUNIO 2021 | AÑO XXXIX | N° 101

Cultura Económica



*Disertaciones en torno
a Adam Smith*

CENTRO DE ESTUDIOS EN ECONOMÍA Y CULTURA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA

CULTURA ECONÓMICA

JUNIO 2021 | AÑO XXXIX | N° 101

Director

Carlos G. Hoevel (UCA)

Editor

Álvaro Perpere Viñuales
(UCA)

Asistente de Redacción

María Florencia Lamas

Consejo de Redacción

Cecilia Adrogué (UdeSA)
Gonzalo Carrión (U. Nacional de Villa María)
Ricardo Crespo (U. Austral)
Octavio Groppa (Universidad Católica de Salta)
Ernesto O'Connor (UCA)
Carlos Newland (ESEADE)
Gerardo Sanchis Muñoz (Universidad Austral)
Camilo Tiscornia (UCA)

Consejo Académico Asesor

William Campbell
Philadelphia Society
Severine Deneulin
University of Bath
Samuel Gregg
Center for Economic Personalism
Thomas S. Hoffmann
Universidad de Hagen
Francisco Leocata
U. Católica Argentina

Miguel Alfonso Martínez
Echevarría
Universidad de Navarra
Joaquín Migliore
U. Católica Argentina
Daniela Parisi
Università Cattolica del Sacro
Cuore
Rafael Sassot
Pepperdine University

Carlos Torrendell
U. Católica Argentina
Rafael Rubio de Urquía
U. Autónoma de Madrid
Charles Wilber
U. of Notre Dame
Stefano Zamagni
Università di Bologna
Laszlo Zsolnai
Corvinus University

En la tapa reproducimos la pintura "The Muir portrait" (cerca de 1800) óleo sobre lienzo, 77.90 x 64.50 cm, de artista desconocido.

CULTURA ECONÓMICA es una revista de periodicidad semestral de estudios e investigación en el área de la filosofía social y de la economía del Centro de Estudios en Economía y Cultura de la Facultad de Ciencias Económicas de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Esta publicación ha sido creada en 1983 bajo el nombre de Revista *Valores en la sociedad industrial* hasta su cambio de denominación en 2007.

Todos los textos publicados son responsabilidad de sus autores y no comprometen la opinión de la Pontificia Universidad Católica Argentina.

Datos de la revista: *Area temática:* Multidisciplinares; Filosofía; Economía; Ciencias Sociales. *Bases de datos:* DIALNET, EBSCO Academics, ERIHPLUS y LATINDEX (catálogo y directorio).

Suscripciones, intercambios y recepción de originales: Revista Cultura Económica (UCA). Av. Alicia Moreau de Justo 1400, Edificio Santo Tomás Moro 4° piso, CP: C1107AFB, Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Tel. (54 11) 4338-0786. E-mail: culturaeconomica@uca.edu.ar.

Sitio web: www.uca.edu.ar/culturaeconomica. Allí pueden consultarse los números anteriores.

Costo por unidad: \$200. Recargo por envío: para Argentina, \$50+ IVA; para MERCOSUR, \$210; para el resto de América, \$280; para el resto del mundo, \$330.

Revista Cultura Económica. Editor responsable: Carlos Germán Hoevel. Derechos reservados. Propietario: Fundación Universidad Católica Argentina. Marca registrada. ISSN N° 1852-0588.

Preimpresión e Impresión: Ricardi Impresos – Terrada 5470, C1419DMD, CABA - Tel.: (011)4581-8646

Los autores de los artículos publicados en el presente número ceden sus derechos, en forma no exclusiva, para que se incorpore la versión digital de los mismos al Repositorio Institucional de la Universidad Católica Argentina, como así también a otras bases de datos que dicha Universidad considere de relevancia académica.

Revista

CULTURA ECONÓMICA

Editorial | *Editorial*

- Disertaciones en torno a Adam Smith 3
Dissertations on Adam Smith
RUTH PUSTILNIK

Artículos | *Articles*

- Adam Smith y los límites a la naturaleza** 11
Adam Smith and the Limits to Nature
HERNÁN GABRIEL BORISONIK
- El carácter dialógico-imaginativo de la creatividad y la innovación en Adam Smith** 32
The dialogic-imaginative character of creativity and innovation in Adam Smith
GONZALO CARRIÓN
- Adam Smith: el capitalismo y su frustrado proyecto de civilización** 50
Adam Smith: capitalism and its frustrated project of civilization
ARIADNA CAZENAVE; PABLO ENRIQUE LEVÍN
- Acerca de la posibilidad y de la viabilidad de la civilización capitalista. Adam Smith y Henri Bergson** 67
On the possibility and viability of capitalist civilization. Adam Smith and Henri Bergson
PILAR PIQUÉ
- La conciliación entre virtud y comercio en Adam Smith** 85
The conciliation between virtue and commerce in Adam Smith
RUTH PUSTILNIK

Ensayos | *Essays*

Raíces filosóficas en el nacer de la Economía Política: la (in)completitud del proyecto de Adam Smith	107
--	-----

Philosophical roots in the birth of Political Economy: the (in) completeness of Adam Smith's project

MAURO NICOLÁS CIANI

De la primera a la tercera edición de WN: la evolución del pensamiento económico de Adam Smith a la luz de sus textos	119
--	-----

From the first to the third edition of WN: the evolution of Adam Smith's economic thought in his texts

ÁLVARO PERPERE VIÑUALES

La complejidad de lo moderno. Una crítica católica entre Carl Schmitt y Augusto Del Noce	134
---	-----

The complexity of the modern. A catholic critique between Carl Schmitt and Augusto Del Noce

SALVATORE MUSCOLINO

Reseñas de libros | Books' Reviews

Daniel K. Finn. <i>Ética del consumidor en una economía global: cómo comprar aquí causa injusticia allí</i>	149
--	-----

Daniel K. Finn. Consumer Ethics in a Global Economy: How Buying Here Causes Injustice There

CARLOS HOEVEL

Política editorial	157
---------------------------	-----

<i>Editorial Policy</i>	160
-------------------------	-----

Disertaciones en torno a Adam Smith

Adam Smith es un autor clásico y un referente ineludible para llevar a cabo la cada vez más difícil tarea de buscar explicaciones sobre nuestra sociedad. Tal como afirma Jeffrey Alexander en su artículo “La centralidad de los clásicos” estos textos cumplen una función especial en las ciencias sociales. En estas ciencias, a diferencia de las ciencias naturales, conviven tradiciones en desacuerdo respecto de sus supuestos de fondo. Los textos clásicos contribuyen a otorgar un lugar a los desacuerdos sin que esto genere un impedimento para una reflexión sistemática de la sociedad. Como afirma Alexander: “Al hablar en términos de los clásicos, podemos albergar una relativa confianza en que nuestros interlocutores sabrán al menos de qué estamos hablando, incluso aunque no reconozcan en nuestra discusión su propia posición particular”¹. Es muy notorio en el caso de Adam Smith, quien es recuperado desde diversas tradiciones muchas veces en conflicto entre sí.

Esta centralidad de Smith, ampliamente reconocida en el campo de la economía, se ha extendido recientemente al campo más amplio de las ciencias sociales y las humanidades. Es notorio para cualquier historiador de las ideas que Smith supo anticipar el desenvolvimiento de la sociedad comercial e industrial naciente. Su capacidad de representación le permitió plasmar un cuadro vívido de la sociedad a la que pertenecía y comprender en qué se estaba convirtiendo. Sin embargo, durante mucho tiempo estudiar a Adam Smith significó casi exclusivamente estudiar su obra económica *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones (RN)*. Actualmente este horizonte se amplía a toda la obra² del autor y muy especialmente a la relación que hay entre sus diferentes obras. Asimismo, además de ser considerado un precursor de la economía, cada vez se estudian y encuentran más vínculos que relacionan su obra con la filosofía, la sociología y otras áreas de las humanidades. A su vez, el hallazgo de estos vínculos nos ha permitido comprender de manera más adecuada el significado y el alcance de su obra económica. El estudio de estos vínculos de la obra de Smith con otras áreas, así como la conexión entre los diversos temas que aborda el autor –jurisprudencia, moral, filosofía, política, etc.–, ha permitido no solo descubrir los supuestos de *RN*, sino replantear los límites de la propia disciplina económica. De este modo es posible analizar la influencia que

la economía tuvo y tiene sobre otros campos de las humanidades, así como también la influencia que esos campos tienen y tuvieron sobre ella.

Este número de *Cultura Económica* tuvo su puntapié inicial en el simposio “Adam Smith” en el marco de las XXVI Jornadas de Epistemología de las Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, coorganizado por el Centro de Investigación en Epistemología de las Ciencias Económicas (CIECE) y por el Instituto Interdisciplinario de Economía Política (IIEP). Algunos artículos publicados aquí son reformulaciones de esas exposiciones.

En primer lugar, el artículo “Adam Smith y los límites a la naturaleza” de Hernán Gabriel Borisonik comienza dando una muestra general de la tendencia moderna a ver leyes regulares en los comportamientos económicos y a desplazar lo social en función de lo individual. Frente a eso, busca en el pensamiento de Adam Smith algunas pistas para recuperar una apelación a la necesidad de tomar medidas políticas cuando estas sean necesarias, incluso si se oponen a los designios naturales.

Luego, Gonzalo Carrión en su artículo “El carácter dialógico-imaginativo de la creatividad y la innovación en Adam Smith” tratará sobre el crecimiento económico smithiano centrándose en dos aspectos fundamentales: por un lado, la importancia de la imaginación en los procesos creativo-innovativos, y, por otro, el basamento dialógico de la división del trabajo.

En tercer lugar, el artículo de Ariadna Cazenave y Pablo Enrique Levín “Adam Smith: el capitalismo y su frustrado proyecto de civilización” se propone reconstruir la pregunta por la viabilidad histórica de la sociedad moderna dentro de la obra de Adam Smith.

Continuando, en el artículo de Pilar Piqué “Acerca de la posibilidad y de la viabilidad de la civilización capitalista Adam Smith y Henri Bergson”, se reconstruye cómo, y hasta qué punto, estos dos autores conciben la pregunta acerca de las condiciones y circunstancias históricas que pueden hacer posible la realización de las promesas de los valores de la modernidad.

En quinto lugar, en el artículo “La conciliación entre virtud y comercio en Adam Smith” de Ruth Pustilnik se sostiene que de acuerdo con Smith, virtud y comercio se estimulan uno a otro de forma mecánica

y acumulativa. Produciéndose así, nuevos vínculos que generan nuevos conceptos económicos y morales. Se muestra la ligazón necesaria e interna entre el comercio, división del trabajo, acumulación de capital, los precios y la prudencia.

En la sección de ensayos publicamos “Raíces filosóficas en el nacer de la Economía Política: la (in)completitud del proyecto de Adam Smith” de Mauro Ciani, en el que se recapitula el debate entre C. L. Griswold e I. S. Ross en torno a las razones por las cuales Adam Smith no logró completar, en el marco de la articulación de un sistema filosófico, el capítulo dedicado a la Jurisprudencia Natural.

Luego, un ensayo de Álvaro Perpere Viñuales, “De la primera a la tercera edición de *WN*: la evolución del pensamiento económico de Adam Smith a la luz de sus textos”, en el que trata sobre la evolución intelectual de Adam Smith entre 1776 y 1784, momento en el que publicara la primera y la tercera edición de la *Riqueza de las Naciones*.

En tercer lugar, se presenta un ensayo fuera del dossier. Salvatore Muscolino escribe “La complejidad de lo moderno. Una crítica católica entre Carl Schmitt y Augusto Del Noce” en el que propone señalar algunas afinidades entre estos pensadores.

Esperamos que este número dedicado a disertaciones en torno a Adam Smith estimule el estudio de los textos originales de autores económicos clásicos, acercando esta práctica hermenéutica que es común en las humanidades a las ciencias económicas.

Ruth Pustilnik
Editora Invitada
rpustil@hotmail.com

¹ Alexander, J. (1987). “La centralidad de los clásicos”. En Giddens, A. & Turner, J. *La teoría social hoy*. Madrid: Alianza Editorial, p. 43.

² Reeder (1998) reconstruye el gran plan que se propone llevar a cabo Smith, las áreas del conocimiento que abarca y las obras a través de las que lo lleva a cabo. Ver Reeder, J. (1998). “Estudio preliminar”. En Smith, A. *Estudios filosóficos*. Pirámide: Madrid, p. 27.

Dissertations on Adam Smith

Adam Smith is a classic author and an unavoidable reference to carry out the increasingly difficult task of seeking explanations about our society. As Jeffrey Alexander affirms in his article “The Centrality of the Classics”, these texts fulfill a special function in the social sciences. In these sciences, unlike the natural sciences, traditions coexist in disagreement regarding their underlying assumptions. The classic texts contribute to give a place to disagreements without this generating an impediment for a systematic reflection of society. As Alexander claims: “By speaking in terms of the classics, we can have relative confidence that our interlocutors will at least know what we are talking about, even if they do not recognize their own particular position in our discussion”¹. It is very noticeable in the case of Adam Smith, who is recovered from various traditions many times in conflict with each other.

This centrality of Smith, widely recognized in the field of economics, has recently been extended to the broader field of the social sciences and humanities. It is notorious to any historian of ideas that Smith was able to anticipate the development of the nascent commercial and industrial society. His capacity for representation allowed him to capture a vivid picture of the society to which he belonged and understand what he was becoming. However, for a long time studying Adam Smith meant almost exclusively studying his economic work *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (WN). Currently this horizon is extended to all of the author’s work² and especially to the relationship between his different works. Likewise, besides being considered a precursor of economics, more and more links are being studied and found that relate his work to philosophy, sociology and other areas of the humanities. At the same time, the discovery of these links has allowed us to better understand the meaning and scope of his economic work. The study of these links in Smith’s work with other areas, as well as the connection between the various topics addressed by the author – jurisprudence, moral, philosophy, politics, etc.–, has allowed not only to discover WN’s assumptions but also rethinking the limits of one’s own economic discipline. In this way, it is possible to analyse the influence that the economy had and has on other fields of the humanities, as well as the influence that these fields have and had on it.

This issue of *Cultura Económica* had its kickoff at the “Adam Smith” symposium within the framework of the XXVI Conference on

Epistemology of Economic Sciences of the University of Buenos Aires, co-organized by the Research Center in Epistemology of Economic Sciences and by the Interdisciplinary Institute of Political Economy. Some articles published here are reformulations of those exhibitions.

In the first place, the article "Adam Smith and the Limits to Nature" by Hernán Gabriel Borisonik begins by giving a general sample of the modern tendency to see regular laws in economic behavior and to displace the social as a function of the individual. Faced with this, he searches Adam Smith's thought for some clues to recover an appeal to the need to take political measures when they are necessary, even if they oppose natural designs.

Then, Gonzalo Carrión in his article "The dialogic-imaginative character of creativity and innovation in Adam Smith" will deal with Smithian economic growth, focusing on two fundamental aspects: on the one hand, the importance of imagination in creative-innovative processes, and, on the other, the dialogical foundation of the division of labor.

In third place, the article by Ariadna Cazenave and Pablo Enrique Levín "Adam Smith: capitalism and its frustrated project of civilization" proposes to reconstruct the question of the historical viability of modern society within the work of Adam Smith.

Continuing, in the article by Pilar Piqué "On the possibility and viability of capitalist civilization. Adam Smith and Henri Bergson", it is reconstructed how, and to what extent, these two authors conceive the question about the historical conditions and circumstances that can make possible the realization of the promises of the values of modernity.

In fifth place, in Ruth Pustilnik's article "The conciliation between virtue and commerce in Adam Smith" it is argued that, according to Smith, virtue and commerce stimulate each other mechanically and cumulatively. Thus producing new links that generate new economic and moral concepts. The necessary and internal link between trade, division of labor, capital accumulation, prices and prudence is shown.

In the essays section we publish "Philosophical roots in the birth of Political Economy: the (in) completeness of Adam Smith's project" by Mauro Ciani, which recapitulates the debate between C. L. Griswold and I. S. Ross about the reasons for which Adam Smith failed to complete,

within the framework of the articulation of a philosophical system, the chapter dedicated to Natural Jurisprudence.

Then, an essay by Álvaro Perpère Viñuales, “From the first to the third edition of *WN*: the evolution of Adam Smith's economic thought in the light of his texts”, in which he deals with the intellectual evolution of Adam Smith between 1776 and 1784, at which time he published the first and third editions of the *Wealth of Nations*.

In third place, an essay outside the dossier is presented. Salvatore Muscolino writes “The complexity of the modern. A catholic critique between Carl Schmitt and Augusto Del Noce” in which he proposes to point out some affinities between these authors.

We hope that this issue dedicated to dissertations on Adam Smith will stimulate the study of the original texts of classical economic authors, bringing this hermeneutical practice that is common in the humanities closer to the economic sciences.

Ruth Pustilnik
Guest Editor
rpustil@hotmail.com

¹ Alexander, J. (1987). “La centralidad de los clásicos”. En Giddens, A. & Turner, J. *La teoría social hoy*. Madrid: Alianza Editorial, p. 43.

² Reeder (1998) reconstructs the grand plan that Smith sets out to carry out, the areas of knowledge it encompasses, and the works through which he carries it out. See Reeder, J. (1998). “Estudio preliminar”. En Smith, A. *Estudios filosóficos*. Pirámide: Madrid, p. 27.

ARTÍCULOS

Adam Smith y los límites a la naturaleza

Hernán Gabriel Borisonik*

Universidad Nacional de San Martín
hborisonik@unsam.edu.ar

Revista Cultura Económica

Año XXXIX • N°101

Junio 2021: 11-31

<https://doi.org/10.46553/cecon.39.101.2021.p11-31>

Resumen: El presente artículo comienza dando una muestra general de la tendencia moderna a ver leyes regulares en los comportamientos económicos y a desplazar lo social en función de lo individual. Frente a eso, busca en el pensamiento de Adam Smith algunas pistas para recuperar una idea de naturaleza que no sea absoluta y una apelación intermitente a la necesidad de tomar medidas políticas cuando sean necesarias, incluso si se oponen a los designios naturales. Para eso se describirán tres de sus categorías centrales, se tomarán algunos dichos de John Locke sobre la propiedad y se analizará el gran incendio que azotó a Londres en 1666, así como la génesis de las brigadas de bomberos. Con todo lo anterior, se buscará echar luz sobre algunos aspectos menos atendidos del cruce entre Estado, mercado y vida nacional en la obra smithiana.

Palabras clave: Adam Smith; Naturaleza; Ley civil

Adam Smith and the Limits to Nature

Abstract: *This article begins by giving a general snapshot of the modern tendency to see regular laws in economic behavior and to displace the social in favor of the individual. In view of that, it searches Adam Smith's thought for some clues to recover an idea of nature that is not absolute and an intermittent appeal to the need to take political measures when necessary, even if they oppose natural designs. For this, three of Smith's central categories are described, together with some sayings of John Locke about the property and a description of the Great Fire that struck London in 1666 (as well as the genesis of the fire brigades). With all of the above in mind, it will seek to shed light on some less-attended aspects of the intersection between State, market and national life in Smithian work.*

Keywords: Adam Smith; Nature; Civil law

I. Introducción

“Natural” y “naturaleza” son, parafraseando a Spencer Pack (1995), palabras cargadas de complejidad, ambigüedad y contradicción. Vincular de forma explícita ley civil o cultura a intervención estatal y naturaleza a autorregulación y mercado puede correr el riesgo de simplificar en exceso los matices y perspectivas con los que estos términos fueron tratados. Esto se aplica especialmente a Adam Smith, quien no utilizó tales conceptos de modo inmutable y por lo tanto habilitó lecturas complementarias (cuando no contrapuestas), que no deberían ser descartadas sin miramientos. Es común dentro de la obra de Smith encontrar comparaciones entre lo que puede considerarse justo y lo que hacen los hombres de acuerdo a las inclinaciones que poseen “naturalmente” y no en todos los casos, ni obligatoriamente, hay una directa predilección por la segunda de esas opciones. De hecho, un sostén central para la presente reflexión es una cita del propio Smith, sobre la que se volverá más tarde, acerca de las normas contra formas de emisión privada de dinero:

Estas reglamentaciones pueden considerarse indiscutiblemente como contrarias a la libertad natural. Pero el ejercicio de esta libertad por un contado número de personas, que puede amenazar la seguridad de la sociedad entera, puede y debe restringirse por la ley de cualquier Gobierno (Smith, 1997: 293).

Por eso, concordamos con la afirmación de Pack que sostiene que “un estudio, análisis y/o interpretación del trabajo de Smith que dependa de esta suposición (a veces no declarada) –que Smith necesariamente aprobaba la ‘naturaleza’ o lo ‘natural’– debe leerse con gran cuidado; quizás incluso con incredulidad” (Pack, 1995: 1).

La dicotomía entre naturaleza y cultura representa uno de los clivajes que ha tensado a la Modernidad con mayor insistencia y permanencia. Por eso, uno de los nudos centrales del período se encuentra en el Estado, instancia en la que las sociedades han debido resolver las tensiones entre ambos polos de la existencia humana. Pero en todos los casos, las normas y regulaciones que fueron surgiendo respondieron a un punto nuclear en el que lo dado y lo producido se presentan como indistinguibles: la llamada naturaleza humana, una esencia o tendencia a la que se apeló desde cada tradición de pensamiento para justificar los modos de organización colectiva. Sin embargo, la racionalidad, la sensibilidad y las inclinaciones,

que cada discurso intuyó de manera particular, fueron siempre elementos cardinales de toda caracterización de lo humano.

Si bien el proceso moderno comenzó con una luz de sospecha hacia los hombres —tanto Hobbes (1987; 1996) como Maquiavelo (1984), conocidos como los padres del pensamiento filosófico-político moderno, desconfiaban de los sujetos individuales sin control estatal—, tal impresión fue modulándose hacia concepciones más amables, en concordancia con el establecimiento del parlamentarismo representativo en Europa y los Estados Unidos. Esto coincidió con una paulatina superación de los privilegios medievales y la dominación extraeconómica feudal a favor de una lenta pero permanente despersonalización de los vínculos sociales y la construcción de relaciones basadas en los contratos y la obtención de ganancias.

Tal metamorfosis tuvo como efecto que se pasara de pensar en la conveniencia de la soberanía absoluta, como límite eficaz a las ansias individuales, a la búsqueda de instancias que pudieran demarcar (o eventualmente frenar) a los órganos y miembros del poder político, con el fin de que no se volvieran obstáculos para las acciones de los gobernados ni usaran el gobierno como instrumento para su beneficio personal. Del mismo modo, la preocupación central se fue moviendo desde las ideas de control y afianzamiento institucional a principios como progreso, iniciativa o equilibrio; y de concebir a la naturaleza como algo a refrenar se pasó a verla como un elemento al que en principio había que dejar fluir. Adam Smith puede ser contado como uno de los eslabones en esa cadena tendiente a un cierto optimismo en relación con las inclinaciones naturales de los individuos. Para este nativo de Kirkcaldy, los humanos están afectados por tendencias armoniosas, que los encaminan a un desarrollo cada vez mayor.

Entre los siglos XVII y XIX, se consolidó asimismo una percepción generalizada de un mundo previsible. Gracias a la invención del cálculo de Leibniz y Newton, la predicción de la naturaleza a largo plazo se vuelve factible. Un ejemplo claro fue la deducción de Halley (en 1705) sobre el regreso del cometa que llevaría luego su nombre. Empezó a mentarse un mundo en el que existían leyes naturales pasibles de ser descubiertas racionalmente, cuya positivación daría ventajas a las sociedades. En ese período, se observa una creencia en la presencia de regularidades que encontró en la economía política una posibilidad de reconocer formas invariables del comportamiento social. Algunos de los casos más célebres son la ley de la oferta y la demanda proclamada por James Steuart (1767), la

ley de la población hallada por Malthus (1798), la ley de los mercados divulgada por Say (1803), o la ley de la renta investigada por David Ricardo (1817).

Tal era el contexto en el que se conformó el pensamiento de Adam Smith. A pesar de que en su temprana recepción, exégetas como Wilhelm Paszkowsky (1890) o Albion Woodbury Small (1907) han señalado la importancia de la obra de Smith para la teoría política, la filosofía y la sociología, con el paso del tiempo esta fue cada vez menos tomada desde su arista reflexiva y más interpretada desde un prisma casi técnico que empobrece su legado. Pues, más allá de los indudables aportes que Smith ha realizado en el campo de la economía política, una recepción puramente economicista soslaya significativamente otros fructíferos y relevantes aspectos de una obra que fue concebida desde el prisma de la filosofía moral integral. Recordemos que, lejos de las contiendas en las que hoy (dos siglos y medio más tarde) se ve utilizado *The Wealth of Nations*, su escritura estaba atravesada por disputas contra el *Ancien Régime*, el mercantilismo y otras perspectivas, que fueron perdiendo peso y protagonismo.

Precisamente por eso, revisitar el papel de algunas categorías centrales de su pensamiento, como la mano invisible, la simpatía o el espectador imparcial nos podría ayudar en la construcción de lecturas especialmente atentas a la compleja relación que Smith establece entre naturaleza, ley y razón. Citando a Cremachi (1989: 104), Pack afirma que Smith usó los términos “naturaleza” y “natural”

como un vínculo metafísico entre la “realidad” o la “verdad” (que, siguiendo a Hume, Smith sintió que era incapaz de conocer o apropiarse o hacer “progresar”) y el historicismo. Por lo tanto, hablar de la naturaleza y lo natural proporcionó a Smith un amortiguador o puente entre “la mente individual y el orden último de la realidad” (Pack, 1995: 18).

Del mismo modo, es central la pregunta acerca de las condiciones bajo las cuales la acción política se torna posible en su relación con la economía, ya que a partir de allí se abre un virtual diálogo entre Smith y los dilemas políticos de la sociedad global contemporánea, mostrando su vigencia y actualidad e incluso su potencia para pensar otras articulaciones posibles. Y si bien lo anterior excede de lejos las posibilidades de este artículo, al menos marca la perspectiva con la que fue escrito.

Cabe resaltar que, aunque las circunstancias históricas hayan mutado enormemente desde el capitalismo comercial a nuestros días, las condiciones de vida actuales son de algún modo tributarias de aquel proceso que estableció al mercado como agente privilegiado (y naturalizado) para la distribución de bienes. La ciencia y la técnica modernas (desde la imprenta hasta Newton) marcaron, sin duda, los trazos más gruesos del camino. Sin embargo, existieron otros acontecimientos que también fueron modulando las ideas socialmente aceptadas, tales como las guerras o las catástrofes naturales, que incluso permearon de diversos modos los discursos filosóficos con la consciencia del real peligro de perder la vida, la sociedad o la civilización. Un caso ejemplar, en ese sentido, fue el importante terremoto de Lisboa en 1755, que puso en relevancia la inestabilidad de la vida frente a los cataclismos, despertando las reflexiones de intelectuales de la altura de Hume, Kant o Voltaire. Y otro, aún anterior, fue el Gran Incendio de Londres ocurrido en 1666.

De hecho, a través de un comentario de Smith sobre el fuego, es posible matizar algunas interpretaciones que proponen un desarrollo lineal y unívoco sobre su pensamiento acerca de la autorregulación y las intervenciones sobre la economía. Si bien hoy se conocen algunas de las inflexiones que la recepción de la obra de Smith ha sufrido en manos de sus intérpretes y la simplificación que se ha vulgarizado (Piqué, 2019), este trabajo busca recuperar en algún sentido aristas menos visitadas de ese legado.

En ese sentido, este texto busca poner el foco en el vínculo entre política y economía (como reflejo de las tensiones entre Estado y mercado, y entre sociedad y naturaleza) en el pensamiento de Smith, a partir del estudio de algunos hechos que giran en torno al gran fuego de 1666. Para eso, es fundamental recuperar el contexto del incendio, pero también comentar el surgimiento de las brigadas de bomberos y repasar algo de la perspectiva de John Locke frente a la distinción entre ley natural y ley civil.

II. Tres categorías centrales en Smith

No es raro hallar, en la obra smithiana, comparaciones entre lo que puede ser justo y lo que los hombres están “naturalmente” inclinados a hacer, y no en todos los casos, ni necesariamente, hay una directa predilección por la segunda de esas opciones. Acompañando, no sin tensiones, el proceso que centraría en el individuo el pensamiento moderno, Adam Smith realizó profundas meditaciones acerca de los modos en los que algunas categorías

se traccionan y complementan. Tal vez por eso, lejos de definiciones estancas, presentó formulaciones complejas (menos dicotómicas que polares) entre ley natural y ley civil, individuo y sociedad, mercado y Estado. Dentro de esa constelación, nos parece importante exponer muy brevemente tres de sus más célebres conceptos, con el objeto de no asumirlos como datos *a priori* y aclarar una perspectiva de lectura para el resto del presente artículo.

Primero, la célebre mano invisible. Siguiendo a toda la tradición clásica, Smith encuentra dos ideas de riqueza: una individual, mensurable en dinero, y otra nacional, correspondiente al trabajo de todos los habitantes de un Estado (Ottonello, 2019). A la segunda apela el título *La riqueza de las naciones* y a ella apuntan las acciones de la mano invisible. Dicho de otro modo, si bien es claro que existen y pesan los intereses individuales, el centro de la preocupación de Smith es el desarrollo colectivo.

Observemos por un momento las dos alusiones más sustanciales a este concepto. Primero, en la *Teoría de los sentimientos morales*, la mano invisible hace que los más pudientes sirvan de ayuda a los menos favorecidos económicamente y (a través de la publicidad de su imagen victoriosa y admirada) los estimulan a trabajar y esforzarse más. Aquí se ve la íntima relación entre mano invisible y simpatía. Más precisamente, la mano invisible opera de mecanismo de paso de lo individual a lo colectivo.

Los ricos sólo seleccionan del conjunto lo que es más precioso y agradable. Ellos consumen apenas más que los pobres, y a pesar de su natural egoísmo y avaricia, aunque sólo buscan su propia conveniencia, aunque el único fin que se proponen es la satisfacción de sus propios vanos e insaciables deseos, dividen con los pobres el fruto de todas sus propiedades. Una mano invisible los conduce a realizar casi la misma distribución de las cosas necesarias para la vida que habría tenido lugar si la tierra hubiese sido dividida en porciones iguales entre todos sus habitantes, y así sin pretenderlo, sin saberlo, promueven el interés de la sociedad y aportan medios para la multiplicación de la especie. [...] Cuando un patriota se esfuerza para mejorar cualquier sección de la política pública, su conducta no surge invariablemente de la pura simpatía con la felicidad de quienes recogerán los beneficios de la misma. Cuando un hombre de vocación política aboga por la reparación de las carreteras no lo hace comúnmente porque se

sienta solidario con transportistas y carromateros (Smith, 1997: 332-333).

Algo análogo ocurre en la infinitamente reproducida cita sobre el carnicero, el cervecero y el panadero de *La riqueza de las naciones* (Smith, 1996: 46). El hecho de que haya dos ideas de riqueza solapadas es lo que habilita que cada individuo busque su propia productividad, pero también beneficie a la sociedad y hace que los intereses particulares y los generales puedan armonizar. Sin embargo, la “riqueza real” es, para Smith, la nacional, siempre mediada por el trabajo. Por eso, no es tan grave que los sujetos compitan por obtener dinero, siempre que lo hagan a través del crecimiento del trabajo nacional. Pero, por eso mismo y en nombre de la nación, también se pueden poner frenos a algunas acciones privadas.

En segundo lugar, la simpatía es una capacidad natural basada en la posibilidad de imaginar un cambio de posición con la persona a la que se está juzgando. Implica un juego especular entre los miembros de una sociedad que allana el camino para una convivencia más armónica y a la vez marca una mediación social para cualquier acto individual (ya que, una vez comprendido el mecanismo, los sujetos piensan cómo serán juzgados y modulan sus acciones en consecuencia). Al principio de la *Teoría de los sentimientos morales*, hay un primer acercamiento a la idea de simpatía: “nuestra compañía en el sentimiento ante cualquier pasión ajena” (Smith, 1997: 52). Posee un componente natural, pero no es independiente del contexto: “la simpatía no emerge tanto de la observación de la pasión como de la circunstancia que la promueve” (Smith, 1997: 54). No es una reacción mecánica o abstracta, sino mediada por la comprensión de la situación específica. Y en esa mediación participan la razón y la imaginación. Por eso, la simpatía no es contagio, compasión o justificación de lo hecho, sino el resultado de un proceso mental a raíz de una acción específica. Entonces, como “nada nos agrada más que comprobar que otras personas sienten las mismas emociones que laten en nuestro corazón y nada nos disgusta más que observar lo contrario” (Smith, 1997: 57), la simpatía hacia los demás es también responsable de nuestras acciones en público.

En relación con ello, la simpatía smithiana es una práctica social, que cada individuo realiza a lo largo de su vida (lo cual hace que mejore en su ejercicio) y que tiene como efecto el sostén (o incluso la producción) de una ética no previa ni universal, sino histórica:

la presente investigación no aborda una cuestión de derecho, por así decirlo, sino una cuestión de hecho. No examinamos aquí las circunstancias bajo las cuales un ser perfecto aprobaría el castigo de las acciones malas, sino bajo qué principios una criatura tan débil e imperfecta como el ser humano lo aprueba de hecho y en la práctica (Smith, 1997: 168).

La simpatía siempre se da en un contexto en el que se halla algún vínculo (por ejemplo, cultural o familiar) entre el agente y el público. Y, del mismo modo, es una instancia que toda construcción político institucional debería presuponer.

Como sea, considerar su carácter perfectible es fundamental, ya que Smith encuentra en la naturaleza también cosas abominables, como

un amor por la dominación y la autoridad sobre los demás, que me temo que es natural para la humanidad, un cierto deseo de tener a otros por debajo de uno, y el placer que da a uno tener a alguien a quien pueda ordenar que haga su trabajo en lugar de verse obligado a persuadir a otros para que negocien con él (Smith, 1982b: 130).

Lo natural en los humanos es, según Smith, algo a mejorar, a través de las costumbres, la educación e incluso a veces a limitar a través de las leyes civiles.

Por eso, en tercer lugar, el espectador imparcial viene a completar la arquitectura social de la simpatía, pues despliega un espacio neutral, por fuera de los intereses de quien está juzgando. Tan histórico y situado como la primera, este constituye una instancia más compleja y elaborada, por lo que es presentado como algo a lo que debería tenderse a concebir. Smith lo llama de varios modos, siempre en tono de loa, como semidiós o “el tribunal de sus propias conciencias, [...] el del hombre dentro del pecho, el alto juez y árbitro de su conducta” (Smith, 1997: 251). El espectador imparcial representa el punto más elaborado y logrado de la tendencia a la simpatía. Es un norte moral que cada individuo tiene que lograr componer. Y, como se decía más arriba, es una construcción que conduce a una mejor sociedad, no como autorregulación automatizada, sino como proceso dinámico que nutre a (tanto como se alimenta de) las leyes y regulaciones formales.

En las tres categorías aquí esquemáticamente presentadas, se encuentran espacios oscuros en los que lo natural y lo civil son difícilmente

separables, pues se encadenan y delimitan mutuamente de modo que no siempre hay una respuesta clara a los problemas históricos que enfrentan las naciones. Recordemos que en *La riqueza de las naciones* Smith señala que es necesario tener ciertas reservas frente al libre comercio, sobre todo éticas. Pues, si bien aseguró que existe una natural e innata propensión del ser humano a “trocar, permutar y cambiar una cosa por otra” (Smith, 1996: 14) en los humanos, también “dedicó una atención escrupulosa a las contradicciones subyacentes de la economía de mercado” (Nolan, 2003: 122). Así, mientras veía en el libre mercado un impulso inigualable para la economía, “demostró que este motor contenía profundas contradicciones internas, considerando que los hombres son simultáneamente productores y consumidores” (Nolan, 2003: 122). Smith era consciente de que para que la competencia funcione correctamente, el sistema social debe minimizar la capacidad de los más poderosos para usar su autoridad sobre los demás.

III. Los sucesos del gran incendio

El *Great Fire of London* fue la primera catástrofe moderna de Inglaterra, aunque también fue un catalizador para ese período. Su llegada fue parte de un ciclo de situaciones aciagas (como la peste bubónica y las guerras con Francia y Holanda) que aceleraron las rupturas con las costumbres medievales, a lo que se sumó la cifra 1666 (de fuertes implicancias religiosas). Durante la primera semana de septiembre de ese año, el centro de Londres (desde la Pudding Lane, a pocos metros del río Támesis, hasta la Pye Corner, en una línea de alrededor de 1,5km) ardió con fuerza, arrasando con varias construcciones icónicas como la catedral de Saint Paul y los muros de la ciudad y dejando una humareda que siguió emergiendo de las ruinas durante más de seis meses (Davis, 1923). El evento fue de tal magnitud que se han erigido recordatorios, aún visibles, en los puntos de su inicio y desenlace. Por un lado, la gran columna dórica llamada *The Monument* y, por el otro, el pequeño *Golden Boy of Pye Corner* (Walker, 2011).

En la época, existieron diversas explicaciones acerca del incendio. Sobre su origen, parte de los exégetas lo atribuían a causas políticas, tanto externas (las contiendas con otros países) como intestinas (Maitland, 2010: 435). Otra versión se centraba en causas teológicas, como castigos divinos (Stillingfleet, 1666: 14; Gilpin, 2013) o denuncias de protestantes contra los católicos, como en el caso de Hume, quien en su *Historia de Inglaterra* inculpó sin dudar a la orden jesuita (Hume, 1983: 337). Sin embargo, hoy se sabe que la procedencia del incendio fue mucho más profana y

contingente; provino del horno de la panadería de Faryner que él mismo o alguno de sus ayudantes olvidaron apagar, tal y como lo declaró el *Committee to Enquire into the Burning of London* (1667). Su rápida y brutal expansión se debió a las condiciones climáticas (especialmente eólicas) del momento. La violencia de las llamas destruyó un porcentaje tan grande de la Londres del siglo XVII (Clout, 2000: 60-68), que incluso hizo pensar a sus habitantes que había llegado el fin de esa urbe (Dolan, 2001). Como sea, sobre el modo de acabar con el fuego, lo que se sabe es que solo se logró gracias a la creación de cortafuegos ejecutados con el derribamiento de algunas edificaciones que estaban en el camino del fuego. Un alto funcionario, Samuel Pepys, había propuesto esa idea (Thrower, 2003), pero dado que implicaba demoler propiedad privada, Thomas Bloodworth (alcalde de Londres en ese momento) se entregó al beneficio de la duda hasta que el rey Carlos II señaló que era un paso necesario (Tinniswood, 2004: 51-52).

Las pérdidas materiales fueron descomunales; el gran fuego dio lugar a un fuerte endeudamiento, lo cual exigió una importante reacuñación del total de la moneda en 1669. Pero al mismo tiempo, de las cenizas surgieron nuevas posibilidades para la ciudad y la nación. Las ruinas de Londres fueron reemplazadas por un proceso de renovación que trajo una planificación moderna e inédita. Alrededor de una de cada tres edificaciones que había sido tocada o afectada por el fuego fue eliminada definitivamente del nuevo trazado urbano. Gracias a la aparición de más espacio disponible, se crearon zonas funcionales (con mercados distribuidos en varios puntos, pero creando también una gran zona comercial en toda el área del centro) y se optó por construir vías más amplias y utilizar materiales menos propensos a ser dañados, lo cual redundó en la (re)configuración de una metrópolis más organizada, que también implicó una primitiva forma de *gentrificación*, ya que la flamante disposición espacial obligó a las masas a moverse a los márgenes, mientras los sectores más ricos fueron eligiendo retirarse del centro a espacios menos transitados (Spate, 1936).

Como se observa, en definitiva, el incendio modificó radicalmente la vida y las ideas acerca de la convivencia entre sociedad y naturaleza en el contexto británico. Podría incluso afirmarse que fue uno de los primeros impulsos hacia el imperialismo inglés que se expresaría de manera más acabada en el siglo XIX (Spate, 1936). Pero ese no fue el único efecto de las llamas...

IV. ¿Cortafuegos o bomberos?

Las resistencias al uso de cortafuegos riñen en algún sentido con un postulado de John Locke, un pensador con claras influencias en la obra de Smith y en la historia del liberalismo, que fue contemporáneo del gran incendio y aparentemente alcanzó a ver la humareda desde Oxford. En su segunda formulación acerca de la ley natural, Locke sostiene que, si bien la naturaleza se encontraba al servicio de la humanidad para ser apropiada y aprovechada en pos de un desarrollo creciente de los *hombres trabajadores*, también es deber de cada individuo preservar al resto de sus congéneres. Su lectura de la naturaleza no solo se opone a la competencia destructiva, sino que también insta a hacer un aporte a la mutua protección:

Aunque la tierra y todas las criaturas inferiores pertenecen en común a todos los hombres, cada hombre tiene, sin embargo, una propiedad que pertenece a su propia persona; y a esa propiedad nadie tiene derecho, excepto él mismo. El trabajo de su cuerpo y la labor producida por sus manos podemos decir que son suyos. Cualquier cosa que él saca del estado en que la naturaleza la produjo y la dejó, y la modifica con su labor y añade a ella algo que es de sí mismo, es, por consiguiente, propiedad suya. Pues al sacarla del estado común en el que la naturaleza la había puesto, agrega a ella algo con su trabajo [...] [y] da como resultado el que ningún hombre, excepto él, tenga derecho a lo que ha sido añadido a la cosa en cuestión, al menos cuando queden todavía suficientes bienes comunes para los demás (Locke, 2006: 34).

Para Locke, la tendencia a la apropiación y usufructo privados de la propiedad son cruciales para la decisión colectiva de establecer un sistema de gobierno y salir del estado natural. El papel principal del gobierno es el de asegurar al individuo y a la especie su derecho natural a la autoconservación y al crecimiento. El Estado no inventa la propiedad privada ni permite su existencia, sino que la defiende, por ser un derecho natural no consensual de los individuos. De hecho, los Estados, para Locke, funcionan si logran regular la propiedad privada y garantizar cierta justicia frente a los abusos. Pero de ningún modo concibe a la propiedad como una noción legal, lo cual justificaría la modificación colectiva de sus reglas, sino como un derecho (e incluso como una obligación) natural que las instituciones deben facilitar y conservar.

Al mismo tiempo, existe en este autor una estructura que limita la posibilidad de acumular propiedad indefinidamente. En el estado de

abundancia natural, cada cual tiene derecho de adquirir tanto como pueda trabajar y usar, siempre y cuando esto garantice que haya disponibilidad (en cantidad y calidad) de tierras y bienes para el resto (Locke, 2006: 34). Y en la era de la escasez de tierras (dentro de la sociedad política establecida, después de la introducción del dinero y la apropiación de todo el terreno disponible), los propietarios están obligados a emplear a los sin tierra, para que estos últimos puedan vivir de su trabajo (Locke, 2006: 48). Del mismo modo, Locke sostiene que en una situación de guerra o ante la obligación de resarcir justamente a alguien, es central garantizar la subsistencia del resto.

Como la ley fundamental de naturaleza dice que ha de procurarse la conservación de todos hasta donde sea posible, a ello se sigue que si no hay bienes suficientes para satisfacer a la vez los derechos del vencedor y los de los hijos, quien tenga ya bienes de sobra para mantenerse habrá de ceder algo de su completa indemnización, y dárselo a quienes tienen mayor y más urgente derecho, debido a que estarían en peligro de perecer si careciesen de esos bienes (Locke, 2006: 181).

Con eso en mente, y con la salvedad de que los cataclismos no entraron realmente al discurso filosófico moderno por lo menos hasta la última parte del siglo XVIII, se pueden tomar en consideración algunas palabras de Robert Nozick, quien halló en Locke una fuente para sus propios razonamientos. Nozick enunció el problema que una catástrofe natural plantea frente a la propiedad privada, ya que la sociedad queda en una situación en la cual resulta necesario reorganizar la propiedad de modo que haya suficiente para todos (Nozick, 1974: 180).

Según este autor, en Locke hay dos condiciones para la propiedad privada, una más fuerte (alguien puede apropiarse de algo solo si hay suficiente para que otros hagan lo mismo) y una más débil (alguien puede poseer algo si eso hace que todos los que participan del sistema estén en mejores condiciones de lo que estarían si no existiera tal sistema). Nozick analiza casos de desastres naturales y sugiere que una catástrofe “pone en funcionamiento la salvedad [débil] de Locke y limita los derechos de propiedad” (Nozick, 1974: 179). Dicho en términos simples, se puede hallar en Locke un espacio para la redistribución de bienes por fuera de las reglas “normales” de los derechos naturales. A partir de eso, es dable pensar que, en la doctrina moderna proto-liberal, si bien está centrada en la idea de individuos con derechos, existe una concepción de la sociedad (o incluso la especie humana) por la que es posible, en algunos casos, limitar la

propiedad privada en pos de un bien mayor. Sin embargo, esta idea fue, en los hechos, opacada por acciones que consiguieron sortear ese ideal.

En vistas de lo anterior, un ejemplo por demás sugerente tiene que ver con el arribo de brigadas de bomberos de la ciudad de Londres. Analizarlo puede servir para recordar que existió una respuesta derivada de la catástrofe ígnea de 1666, a la que tal vez se le ha dado menor envergadura de la que se merece. Las cuadrillas no aparecieron por iniciativa de las autoridades municipales o nacionales, sino que fueron iniciativas privadas con fines de lucro. Su génesis estuvo vinculada con una serie de omisiones y dichos del rey Carlos II, que revelaban que no sería capaz de proveer a la capital británica los bienes y servicios necesarios para poder evitar o contrarrestar incendios como el que había ocurrido¹.

La evolución de la lucha contra las llamas de la Londres moderna estuvo vinculada con la expansión de una creciente actividad (que, de hecho, acompañó de cerca todo el proceso modernizador en Europa): los seguros. La forma que tomaron estas empresas era similar a la de las *aventuras* comerciales marítimas (con los consecuentes seguros para el transporte) que habían crecido desde el siglo XIII y que hallaron un desarrollo exponencial con la explotación del continente americano. Las compañías aseguradoras ocuparon un lugar vacante y necesario y utilizaron, además, métodos que no pondrían en riesgo la propiedad privada.

La aparición de las brigadas semipúblicas tuvo importantes efectos sobre la sociedad toda. A partir de una serie de cálculos, las empresas comprendieron que crear un cuerpo de bomberos bien entrenados era muy conveniente para ahorrar a la hora de tener que reconstruir las viviendas de sus clientes. Pero además, esto trajo aparejado el triunfo de una apelación a la conciencia individual y no a la idea de bien común, por lo que no contratar seguros podía ser interpretado como falta de cuidado o desdén y, por lo tanto, culpabilizado (Ewald, 1991).

De igual forma, existió un período (que podría llamarse “publicitario”) en el que las brigadas ayudaron a apagar fuegos en sitios públicos o no asegurados. Pero al tiempo fueron colocando un símbolo (un sol) en las puertas de quienes poseían pólizas, para que las guardillas priorizaran esas construcciones sobre las otras, o, directamente, para que solo se dedicaran a ellas. Evidentemente, eso movilizó a la opinión pública, ya que, poco tiempo después, una de cada tres viviendas había adquirido algún seguro contra las llamas. Se ve así que el trauma por el fuerte impacto

material y simbólico al que habían quedado expuestos los sobrevivientes del incendio fue utilizado a favor de una nueva organización urbana y una privatización de la ayuda contra el fuego y sus efectos.

V. Smith y el Estado frente a la catástrofe

En las páginas anteriores se ha delineado un derrotero establecido con el fin de encuadrar ciertos cruces entre ley natural y ley civil en el pensamiento de Smith, especialmente en la instancia límite de una catástrofe que exige forzar una toma de partido para arribar a una solución.

La cita más señalada cuando se comenta esta cuestión es la referencia a un supuesto terremoto en China. Tal vez inspirado por el ya mencionado temblor de Lisboa de 1755 (la *Teoría de los sentimientos morales* fue escrita en los años exactamente posteriores a ese evento), Smith pensó en China por ser un lugar casi inimaginable de visitar para un británico medio del siglo XVIII (el viaje, en barco, duraba alrededor de un año). En ese célebre ejercicio de imaginación, Smith se pregunta cómo reaccionaría un europeo a la potencial muerte de millones de personas que no conoce:

Supongamos que el enorme imperio de la China, con sus miríadas de habitantes, súbitamente es devorado por un terremoto, y analicemos cómo sería afectado por la noticia de esta terrible catástrofe un hombre humanitario de Europa, sin vínculo alguno con esa parte del mundo. Creo que ante todo expresaría una honda pena por la tragedia de ese pueblo infeliz, haría numerosas reflexiones melancólicas sobre la precariedad de la vida humana y la vanidad de todas las labores del hombre, cuando puede ser así aniquilado en un instante. Si fuera una persona analítica, quizá también entraría en muchas disquisiciones acerca de los efectos que el desastre podría provocar en el comercio europeo y en la actividad económica del mundo en general. Una vez concluida esta hermosa filosofía, una vez manifestados honestamente esos filantrópicos sentimientos, continuaría con su trabajo o su recreo, su reposo o su diversión, con el mismo sosiego y tranquilidad como si ningún accidente hubiese ocurrido. El contratiempo más frívolo que pudiese sobrevenirle daría lugar a una perturbación mucho más auténtica. Si fuese a perder su dedo meñique mañana, no podría dormir esta noche (Smith, 1997: 259-260).

Smith afirma que las catástrofes solo son percibidas en toda su magnitud por quienes son directamente afectados por ellas. Sin embargo (o, por eso mismo) comprende que esta dimensión subjetiva y pasional debe ser

superada racionalmente para lograr mantener viva a la sociedad y a sus miembros:

No es el apagado poder del humanitarismo, no es el tenue destello de la benevolencia que la naturaleza ha encendido en el corazón humano lo que es así capaz de contrarrestar los impulsos más poderosos del amor propio. Lo que se ejercita en tales ocasiones es un poder más fuerte, una motivación más enérgica. Es la razón, el principio, la conciencia, el habitante del pecho, el hombre interior, el ilustre juez y árbitro de nuestra conducta. Él es quien, cuando estamos a punto de obrar de tal modo que afecte la felicidad de otros, nos advierte con una voz capaz de helar la más presuntuosa de nuestras pasiones que no somos más que uno en la muchedumbre y en nada mejor que ningún otro de sus integrantes, y que cuando nos preferimos a nosotros mismos antes que a otros, tan vergonzosa y ciegamente, nos transformamos en objetivos adecuados del resentimiento, el aborrecimiento y la execración (Smith, 1997: 260).

Como se mencionaba antes, el espectador imparcial (cima de la simpatía y la racionalidad) es una instancia que opera hacia el bien común, incluso si eso afecta su legítima búsqueda de bienestar personal. Es el espejo moral al que todos deberían, según Smith, apuntar. Es importante tener esto en cuenta al leer su referencia al fuego:

Acaso habrá quien sostenga que impedir que un particular reciba en pago los billetes de un Banco, por una suma grande o pequeña, cuando no tiene inconveniente en aceptarlos, o prohibir a un banquero que los emita cuando los demás no tienen inconveniente en recibirlos, es un atentado contra la libertad natural, que la ley viene obligada a proteger y no a violar. Estas reglamentaciones pueden considerarse indiscutiblemente como contrarias a la libertad natural. Pero el ejercicio de esta libertad por un contado número de personas, que puede amenazar la seguridad de la sociedad entera, puede y debe restringirse por la ley de cualquier Gobierno, desde el más libre hasta el más despótico. La obligación de construir muros para impedir la propagación de los incendios es una violación de la libertad natural, exactamente de la misma naturaleza que las regulaciones en el comercio bancario de que acabamos de hacer mención (Smith, 1997: 293)².

Smith expresa claramente que la concentración de libertad (incluso de “libertad natural”) en manos de unos pocos –normalmente en su obra, los más ricos– amenaza a la sociedad en su conjunto. Por lo tanto, es

obligación de los Estados limitarla, incluso con medidas “antinaturales” y anteponer la búsqueda de la riqueza nacional a la particular. Con esto, se puede percibir que para Smith no existe una economía “pura” (en contraposición a una economía política), sino un entramado entre naturaleza y su regulación para provecho de las naciones.

De hecho, constan pasajes de *La riqueza de las naciones* en los que Smith opta por la regulación del comercio exterior (Smith, 1996: 256)³, libro en el que tampoco se descarta la posibilidad de que puedan existir administradores honestos de lo público. Y sin embargo, nuevamente, la naturaleza presenta para Smith también aspectos negativos. Incluso los malos gobiernos parecerían pertenecer a ella: “la violencia e injusticia de los gobernantes de la humanidad es un mal muy antiguo, y mucho me temo que apenas tenga remedio en la naturaleza de los asuntos humanos” (Smith, 1996: 564)⁴.

Desde la perspectiva de Smith, la sociedad está compuesta por actores concretos, determinados, con diferentes posibilidades, deseos y necesidades. Por eso, en su obra convive la idea de que ninguna ley civil puede modificar demasiado la tasa de interés que conforma el mercado (Smith, 1996: 140-149), con una crítica a los abusos de poder económico que insta a balancearlos cuando llegan a poner en peligro la vida en común. Hay que tener presente que las interferencias de todo tipo en la competencia, así como las alianzas entre las autoridades políticas y el poder económico en la época de Smith estaban a la orden del día (Viner, 2012). De modo que sus críticas parecen posarse sobre cualquier concentración excesiva (así sea de libertad).

Un elemento que puede aportar a este argumento es la admiración expresada por Smith a Rousseau, de quien fue contemporáneo, en *The Edinburgh Review* de 1756 (Lomonaco, 2002: 659). Allí, en una carta de lector, el británico recomienda la lectura del ginebrino y ensalza su figura⁵. Un año antes, Rousseau había escrito frases como estas:

Siempre existirá una diferencia extrema entre el gobierno doméstico, en el cual el padre puede verlo todo por sí mismo, y el gobierno civil, en el cual el jefe lo ve casi todo mediante ojos ajenos. [...] Los deberes del padre le son dictados por sentimientos naturales y de forma tal que raramente le es permitido desobedecer. [...] Nada de todo lo anterior existe en la sociedad política, la cual, lejos de tener un interés natural en la felicidad de

los particulares, busca con frecuencia el suyo propio en la miseria de estos (Rousseau, 2001: 4-6).

Algunos años más tarde, en su *Contrato social*, Rousseau desarrollaría ideas ya presentes en sus reflexiones sobre economía política y postularía que el ingreso a la vida civil, nacional y estatal estaba íntimamente vinculado con las posibilidades de lidiar con la naturaleza:

Supongo a los hombres llegados al punto en que los obstáculos que impiden su conservación en el estado natural superan las fuerzas que cada individuo puede emplear para mantenerse en él. Entonces este estado primitivo no puede subsistir, y el género humano perecería si no cambiara su manera de ser. Ahora bien, como los hombres no pueden engendrar fuerzas nuevas, sino solamente unir y dirigir las que existen, no han tenido para conservarse otro medio que formar por agregación una suma de fuerzas que pueda superar la resistencia, ponerlas en juego mediante un solo móvil y hacerlas obrar a coro (Rousseau, 1996: 21-22).

En esas palabras existen coincidencias con Smith, en tanto que se apela a un esfuerzo común como medio de preservar la vida de cada individuo.

VI. Nota final

Adam Smith es un eslabón fundamental del liberalismo e incluso hay quienes lo colocan entre los agentes necesarios del capitalismo. Una asunción de tal naturaleza solo es posible bajo dos condiciones: en primer lugar, matizando las “responsabilidades”, atendiendo a su mirada general y a sus opiniones acerca de los vínculos entre Estado y mercado. Y en segundo lugar, contemplando de cerca el derrotero interpretativo que siguieron sus obras.

En los escritos de Smith no es posible hallar un propósito sintético (aunque sí sistemático), ni la intención de describir una realidad abstracta y permanente. Opuestamente, el estilo de sus análisis responde a un examen de la realidad factual, cuyas regularidades (relativas en el tiempo y el espacio) no son necesariamente leyes invariables. Por eso, su mirada acerca del aspecto monetario (sobre el que se ocupa bastante), que muestra que es malo para la sociedad (en términos de producción, competencia, etcétera) que se desregule totalmente la emisión privada, se complementa con una

reflexión menos técnica y más moral, con las mismas conclusiones. La naturaleza autorreguladora del mercado ocupa un gran lugar en el pensamiento de Smith, pero no hay que descuidar los límites que él mismo supuso necesario imponer a esa naturaleza. No debemos olvidar que, como se ha visto, “lo natural” en Smith es un concepto polimorfo.

Finalmente, en un mundo, como el actual, en el que la concentración económica, la inequidad y los abusos de poder se encuentran en niveles realmente preocupantes, volver sobre los textos de Smith puede ayudarnos a profundizar la reflexión y las posibles vías de acción para defender a las sociedades por encima de los intereses particulares.

Referencias Bibliográficas

- Anderson, G. M., Shughart, W. F. & Tollison, R. D. (1985). “Adam Smith in the Customhouse”. *Journal of Political Economy*, 93(4), 740-759.
- Clout, H. (2000). *The Times History of London*. Ammanford: Ted Smart.
- Cockerell, H. A. L. & Green, E. (1994). *The British Insurance Business, 1547-1970: An Introduction and Guide to its History and Records in the United Kingdom*. Sheffield: Sheffield Academic Press.
- Committee to Enquire into the Burning of London, House of Commons. Parliament of England and Wales (1667). *A True and Faithful Account of the Several Informations exhibited to the Honourable Committee appointed by the Parliament to Inquire into the Late Dreadful Burning of the City of London. Together with other Informations touching the Insolency of Popish Priests and Jesuites; and the Increase of Popery, brought to the Honourable Committee appointed by the Parliament for that purpose*. Recuperado de: <http://name.umd.umich.edu/A63385.0001.001>. Último acceso: marzo 2021.
- Cremaschi, S. (1989). “Adam Smith: Skeptical Newtonianism, Disenchanted Republicanism, and the Birth of Social Science”. En Dascal, M. & Gruengard, O. (Eds.). *Knowledge and Politics: Case Studies in the Relationship Between Epistemology and Political Philosophy*. Boulder: Westview Press.
- Davis, E. J. (1923). “The Great Fire of London”. *History*, 8(29), 40-44.
- Dolan, F. E. (2001). “Ashes and ‘the Archive’: The London Fire of 1666, Partisanship and Proof”. *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, 31(2), 379-408.
- Ewald, F. (1991). “Insurance and Risks”. En Burchell, C., Gordon, C. & Miller, P. (Eds.). *The Foucault Effect; Studies in Governmentality* (pp. 197-210). Londres: Harvester.
- Gilpin, J. (2013). “God’s Terrible Voice: Liturgical Response to the Great Fire of London”. *Anglican and Episcopal History*, 82(3), 318-334.

- Hobbes, T. (1987) [1650]. “La naturaleza humana o los elementos fundamentales de la política”. En Lynch, E. (Ed.). *Antología Hobbes* (pp. 127-178). Barcelona: Península.
- Hobbes, T. (1996) [1651]. *Leviatán. O la materia, forma y poder de un Estado eclesiástico y civil*. Madrid: Alianza.
- Hume, D. (1983). *The History of England from the Invasion of Julius Caesar to the Revolution in 1688* (vol. 6). Indianapolis: Liberty Fund. Recuperado de: http://oll.libertyfund.org/titles/793#Hume_0011-06_725. Último acceso: marzo 2021.
- Jonsson, F. A. (2010). “Rival Ecologies of Global Commerce: Adam Smith and the Natural Historians”. *The American Historical Review*, 115(5), 1342-1363.
- Locke, J. (2006). *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil Un ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del Gobierno Civil*. Madrid: Tecnos.
- Lomonaco, J. (2002). “Adam Smith's ‘Letter to the Authors of the Edinburgh Review’”. *Journal of the History of Ideas*, 63(4), 659-676.
- Maitland, W. (2010). *The history and survey of London from its foundation to the present time* (vol. I). Londres: Gale ECCO.
- Malthus, T. R. (1798). *An essay on the principle of population*. Recuperado de: <https://archive.org/details/essayonprinciploomalt/page/n7/mode/2up>. Último acceso: marzo 2021.
- Maquiavelo, N. (1984). *El príncipe*. Madrid: Alianza.
- Nolan, P. (2003). “Adam Smith and the Contradictions of the Free Market”. *Challenge*, 46(3), 112-123.
- Nozick, R. (1974). *Anarchy, State, and Utopia*. Nueva York: Basic Books.
- Ottonello, R. (2019). “Los insensibles y lo Invisible en *La riqueza de las naciones*”. En Borisonik, H. et al. *Detrás del espectador imparcial: ensayos en torno de Adam Smith* (pp. 21-36). Buenos Aires: CLACSO-IIGG.
- Pack, S. (1995). “Adam Smith’s Unnaturally Natural (nonetheless Naturally Unnatural) use of the Word Natural”. *The Classical Tradition in Economic Thought: Perspectives on the History of Economic Thought* (vol. XI), 31-42.
- Paszkowski, W. (1890). *Adam smith als moralphilosoph*. Recuperado de <https://archive.org/details/adamsmithalsmoraopaszuoft/mode/2up>. Último acceso: marzo 2021.
- Piqué, P. (2019). “El legado teórico de Adam Smith en los manuales universitarios de historia del pensamiento económico”. En Borisonik, H. et al. *Detrás del espectador imparcial: ensayos en torno de Adam Smith* (pp. 193-214). Buenos Aires: CLACSO-IIGG.
- Ricardo, D. (1817). *On the Principles of Political Economy and Taxation*. Londres: John Murray. Recuperado de:

- <https://www.econlib.org/library/Ricardo/ricP.html>. Último acceso: marzo 2021.
- Rousseau, J.-J. (1996). *Del contrato social*. Madrid: Alianza Editorial.
- Rousseau, J.-J. (2001). *Discurso sobre economía política*. Madrid: Tecnos.
- Say, J.-B. (2011) [1803]. *Traité d'Économie Politique*. París: Institut Coppet.
- Small, A. W. (1907). *Adam Smith and Modern Sociology: A Study in the Methodology of the Social Sciences*. Chicago: The University of Chicago Press. Recuperado de: <https://archive.org/details/adamsmithandmodmodoosmalgoog/page/n8/mode/2up>. Último acceso: marzo 2021.
- Smith, A. (1996). *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza.
- Smith, A. (1997). *La teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Smith, A. (1982a). *The Theory of Moral Sentiments*. Liberty Fund. Recuperado de: <https://oll.libertyfund.org/title/smith-the-theory-of-moral-sentiments-and-on-the-origins-of-languages-stewart-ed>. Último acceso: marzo 2021.
- Smith, A. (1982b). *Lectures On Jurisprudence*. Indianapolis: Liberty Fund.
- Smith, A. (1982c). "Letter to the Edinburgh Review". Recuperado de: <http://ml.ci.uc.pt/mhonarchive/histport/pdfEDITv6oEvu.pdf>. Último acceso: abril 2021.
- Spathe, O. H. K. (1936). "The growth of London, 1660-1800". En Darby, H. C. (Ed.). *An historical geography of England before 1800* (pp. 529-548). Cambridge: Cambridge University Press.
- Stillingfleet, E. (1666). *A sermon preached before the honourable House of Commons at St. Margarets Westminster, Octob. 10, 1666 being the fast-day appointed for the late dreadfull fire in the city of London*. Recuperado de <http://quod.lib.umich.edu/e/eebo/A61600.0001.001>. Último acceso: marzo 2021.
- Steuart, J. (1767). *An Inquiry into the Principles of Political Economy*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/reference/subject/economics/steuart/index.htm>. Último acceso: marzo 2021.
- Thrower N. J. W. (2003). "Samuel Pepys F.R.S. (1633-1703) and the Royal Society". *Notes and Records of the Royal Society of London*, 57(1), 3-13.
- Tinniswood, A. (2004). *By Permission of Heaven: The Story of the Great Fire of London*. Londres: Random House.
- Viner, J. (2012). "Adam Smith and Laissez Faire". En Clark, J. M. & Douglas, P. H. *Adam Smith, 1776-1926: Lectures to commemorate the sesquicentennial of the publication of The Wealth of Nations*. Whitefish: LLC.
- Walker, M. F. (2011). "The Limits of Collaboration: Robert Hooke, Christopher Wren and the Designing of the Monument to the Great

Fire of London". *Notes and Records of the Royal Society of London*, 65(2), 121-143.

¹ Estos y, en general, todos los datos históricos utilizados para este apartado (excepto cuando se aclare otra fuente) surgen de Cockerell y Green (1994).

² "Restrain private people, it may be said, from receiving in payment the promissory notes of a banker, for any sum whether great or small, when they themselves are willing to receive them; or, to restrain a banker from issuing such notes, when all his neighbours are willing to accept of them, is a manifest violation of that natural liberty which it is the proper business of law, not to infringe, but to support. Such regulations may, no doubt, be considered as in some respect a violation of natural liberty. But those exertions of the natural liberty of a few individuals, which might endanger the security of the whole society, are, and ought to be, restrained by the laws of all governments; of the most free, as well as of the most despotic. The obligation of building party walls, in order to prevent the communication of fire, is a violation of natural liberty, exactly of the same kind with the regulations of the banking trade which are here proposed" (Smith, 1982a: 324).

³ Para profundizar sobre esta cuestión, ver el artículo de Anderson, Shugart y Tollison (1985: 754-756).

⁴ Acerca de la simplificación de la naturaleza realizada por Smith (incluso a sabiendas de sus aristas más complejas, dinámicas y contradictorias), ver Jonsson (2010).

⁵ "Los ingleses de la época actual, desesperados quizás por superar los inventos o igualar el renombre de sus antepasados, han desdeñado ocupar el segundo lugar en una ciencia en la que no pudieron llegar al primero, y parecen haber abandonado el estudio de ella por completo. [...] El Sr. Hobbes, el Sr. Locke y el Dr. Mandeville, Lord Shaftesbury, el Dr. Butler, el Dr. Clarke y el Sr. Hutcheson, todos ellos, de acuerdo con sus diferentes e inconsistentes sistemas, se han esforzado al menos por ser, en alguna medida, originales y añadir algo a ese acervo de observaciones que el mundo había recibido antes que ellos. Esta rama de la filosofía inglesa, que ahora parece estar completamente descuidada por los propios ingleses, ha sido últimamente transportada a Francia. Observo algunos rastros de ella, no solo en la *Enciclopedia*, sino en la *Teoría de los sentimientos agradables* del Sr. De Pouilly, una obra que en muchos aspectos es original; y, sobre todo, en el reciente *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* del Sr. Rousseau de Ginebra" (Smith, 1982c: 246; 250).

El carácter dialógico-imaginativo de la creatividad y la innovación en Adam Smith

Gonzalo Carrión*

Universidad Nacional de Villa María
gcarrión@unvm.edu.ar

Revista Cultura Económica

Año XXXIX • N°101

Junio 2021: 32-49

<https://doi.org/10.46553/cecon.39.101.2021.p32-49>

Resumen: El énfasis puesto por Adam Smith en el incremento de la productividad ocasionada por la división del trabajo en la *Riqueza de las naciones* llevó a que su concepción general sobre la dinámica del crecimiento económico se asociara casi exclusivamente con la especialización productiva del trabajo y la libre expansión los mercados competitivos. En este artículo intentaremos mostrar otra perspectiva sobre el crecimiento económico smithiano. Dicha perspectiva se centra en dos aspectos fundamentales: por un lado, la importancia de la imaginación en los procesos creativo-innovativos, y, por otro, el basamento dialógico de la división del trabajo. De esta manera, proponemos que una lectura integral de la obra smithiana resulta relevante, no solamente para alcanzar una comprensión más acabada de las propias ideas económicas del autor, sino también para brindar interesantes sugerencias para pensar la dinámica del crecimiento y desarrollo en la actualidad.

Palabras clave: Adam Smith; Crecimiento económico; Creatividad; Innovación; División del trabajo; Imaginación; Lenguaje

The dialogic-imaginative character of creativity and innovation in Adam Smith

Abstract: Adam Smith's emphasis on the increase in productivity brought about by the division of labour in the *Wealth of Nations* led his general conception of the dynamics of economic growth to be associated almost exclusively with the productive specialization of labour and the free expansion of competitive markets. In this article we will try to show another perspective on Smithian economic growth. This perspective focuses on two fundamental aspects: on the one hand, the importance of imagination in creative-innovative processes, and, on the other, the dialogical basis of division of labour. In this way, we propose that an integral reading of Smith's work is relevant, not only to reach a more complete understanding of the author's own economic ideas, but also to provide interesting suggestions for thinking about the dynamics of growth and development today.

Keywords: Adam Smith; Economic growth; Creativity; Innovation; Division of labour; Imagination; Language

I. Introducción

Como es bien sabido, para Adam Smith la división del trabajo resulta crucial en el proceso de crecimiento económico. Quizás sea difícil encontrar en otros autores a lo largo de la historia de la economía una descripción más minuciosa, a la vez que una defensa más encendida, acerca de los efectos y beneficios económicos de la especialización productiva que aquella del Libro I de la *Riqueza de las Naciones*, con sus antecedentes en las *Lecciones sobre jurisprudencia*, el *Early Draft* y los *Fragmentos sobre la división del trabajo*. Allende los propios reparos que Smith expresó sobre los posibles efectos negativos para una nación de una estructura productiva en la que la división del trabajo se llevara al extremo¹, el énfasis puesto por Smith en el incremento de la productividad ocasionada por la división del trabajo llevó a que su concepción general sobre la dinámica del crecimiento económico se asociara casi exclusivamente con la especialización productiva del trabajo y la libre expansión los mercados competitivos mediante una interpretación, muy difundida en el ámbito de la economía, de la metáfora de la *Mano Invisible*.

El modelo de crecimiento económico smithiano se ha entendido, a partir de lo anterior, como opuesto, y hasta a veces obsoleto, en relación con otras aproximaciones más recientes en la historia del pensamiento económico, particularmente aquellas derivadas de las ideas de Schumpeter sobre la dinámica de la creatividad y la innovación a través de la noción de “destrucción creativa” (Nakamura, 2000; Andersson, 2009; Pol, 2013; Legros, Newman & Proto, 2014; Gutiérrez Rojas & Baumert, 2018; Ballor & Claar, 2019).

En este artículo intentaremos mostrar otra perspectiva de la concepción smithiana del crecimiento económico centrada en dos aspectos fundamentales: por un lado, la importancia de la imaginación en los procesos creativo-innovativos, y, por otro, el basamento dialógico del proceso de división del trabajo. En cuanto al primer aspecto, nos remitiremos particularmente a dos de los textos incluidos dentro de los *Ensayos filosóficos*, la *Historia de la astronomía* y *De la naturaleza de la imitación que tiene lugar en las llamadas artes imitativas*, y a las

Consideraciones sobre la primera formación de las lenguas. Allí señalaremos algunas ideas smithianas acerca de las relaciones entre sentimientos y creatividad haciendo foco en el papel central de la facultad de la imaginación, tanto en la creación de teorías explicativas, como de obras de arte y en la evolución del lenguaje. En cuanto al segundo aspecto, nos dirigiremos a la clásica exposición sobre la división del trabajo, al inicio de la *Riqueza de las naciones*, para revisar la descripción smithiana del proceso de innovación tecnológica a la luz del vínculo entre la propia división del trabajo y las capacidades lingüísticas del ser humano. Vínculo que manifiesta su importante significación al contraste con otros textos del corpus smithiano, como las *Lecciones sobre jurisprudencia* y la *Teoría de los sentimientos morales*. A partir de allí, se señalarán algunas de las consecuencias al momento de considerar el carácter intrínsecamente social y simpatético de la naturaleza humana en la interpretación del proceso de crecimiento económico.

Mediante este estudio proponemos, en última instancia, que una lectura integral de la obra smithiana no solamente importa para alcanzar una comprensión más acabada de las propias ideas económicas del autor, sino que incluso puede brindar interesantes sugerencias para pensar la dinámica del crecimiento y desarrollo, a diversos niveles, en la actualidad.

II. Imaginación creativa en la *Historia de la astronomía*

Si bien, como afirma Schliesser (2005), no se encuentra en la obra de Smith un tratamiento directo sobre la creatividad y la innovación en el ser humano, no obstante, en uno de los tres ensayos sobre *Los principios que presiden y dirigen las investigaciones filosóficas*, aquel conocido como la *Historia de la astronomía*, Smith llama la atención sobre ciertos aspectos y elementos del proceso de génesis, aceptación y reemplazo de teorías científico-filosóficas que sugieren ideas importantes al respecto.

En primer lugar, cabe recordar que Smith comienza ese opúsculo caracterizando tres sentimientos: el *asombro* causado por lo nuevo y singular, la *sorpresa* ante lo inesperado y la *admiración* producida por lo grandioso o hermoso, y en el párrafo final de la introducción expresa el objetivo fundamental del texto: “considerar en profundidad la naturaleza y causas de cada uno de estos sentimientos, cuya influencia es mucho más amplia de lo que un análisis descuidado podría hacernos imaginar” (Smith, 1998: 45).

Al iniciar su indagación por el análisis de la sorpresa, Smith parece valerse de un principio humeano que puede separarse en dos proposiciones correlativas: 1) toda idea de un objeto produce una pasión o emoción correspondiente y 2) la intensidad de dicha pasión o emoción resulta directamente proporcional al grado de habitualidad de la mente en la concepción del objeto (Carrión, 2016). Al describir las consecuencias de la aparición de un objeto inesperado, con el consecuente incremento de la pasión correlativa, Smith afirma que en ciertas ocasiones

se descoyunta tan completamente el marco de la imaginación que nunca más puede retornar a su tono y compostura de antes, sino que se precipita al delirio o la locura habitual; y casi siempre produce una pérdida momentánea de la razón o de la atención a las cosas que requiere nuestra posición o nuestro deber (Smith, 1998: 45).

Es decir que existe una disposición habitual por la cual la imaginación prevé la aparición de determinados objetos, y lo propio de la sorpresa estriba en la reacción de la mente ante el modo de presentarse una emoción de manera repentina (Smith, 1998: 46).

Al ocuparse del asombro, Smith se vale de otro principio de fuerte resonancia humeana: “[e]s evidente que la mente se complace en observar las semejanzas que cabe descubrir entre objetos diferentes” (Smith, 1998: 49), y es precisamente gracias a la observación de tales semejanzas que la mente “procede a disponer y metodizar todas sus ideas, reduciéndolas a sus clases y variedades correspondientes” (Smith, 1998: 49). Pero cuando no nos resulta posible asociar un objeto a otro por semejanza sobreviene el asombro (Smith, 1998: 50). Por tanto, la brecha ante la aparición de ideas desconectadas es captada por la imaginación, lo que produce la emoción del asombro. Ahora bien, la imaginación no solamente capta esa separación, sino que lo desagradable de esta experiencia la mueve a construir algún tipo de vínculo entre tales ideas, de modo tal que la transición de una a otra sea más fácil y, por tanto, agradable.

Dicha permeabilidad de la imaginación ante las pasiones, que la mueve a “tender puentes” entre fenómenos separados, es uno de los tópicos centrales de la gnoseología smithiana. En efecto, esta tendencia a “llenar los vacíos intermedios” lleva a la imaginación a suponer hechos que conectan objetos, de manera tal que las hipótesis científico-filosóficas cumplen una función conectiva que ayuda a disminuir el asombro. En la descripción de

este proceso conectivo Smith sostiene que existe una especie de inercia de la imaginación, moldeada por el hábito y la costumbre, en la transición entre ideas.

A partir de esas consideraciones sobre los procesos imaginativo-pasionales intrínsecos a la naturaleza humana se comprende la definición de la filosofía como “la ciencia de los principios conectivos de la naturaleza”. Asimismo, Smith caracteriza su finalidad y procedimiento de la siguiente manera:

La filosofía, al exponer las cadenas invisibles que conectan todos esos objetos dislocados, pretende traer el orden a este caos de apariencias discordes y chirriantes, apaciguar el tumulto en la imaginación y restaurar en ella, cuando revisa los grandes cambios del universo, el tono de tranquilidad y compostura que le es al tiempo más grato de por sí y más conforme a su naturaleza. La filosofía, en consecuencia, puede ser considerada como una de las artes que se dirigen a la imaginación, cuya teoría e historia caen por ello propiamente dentro del ámbito de nuestra investigación (Smith, 1998: 57).

Interesa resaltar el enfoque *práctico* que Smith da a la filosofía: su importancia radica no tanto descubrir la verdad de las cosas, sino en tranquilizar a la imaginación construyendo teorías/puentes, mediante hipótesis/ladrillos que son, a su vez, supuestos/invisibles.

Este enfoque posibilita a Smith proponer un recorrido a través de la historia de la astronomía considerando la efectividad práctica para el incremento del placer/tranquilidad que las teorías brindan a la imaginación en cuanto hipótesis conectivas, de manera tal que la cuestión de la veracidad de la teoría queda relegada a un segundo plano:

Examinemos, entonces, los diferentes sistemas de la naturaleza que [...] han sido adoptados sucesivamente por las personas sabias e ingeniosas; y, sin considerar su absurdo o verosimilitud, su acuerdo o incompatibilidad con la verdad y la realidad, estudiémoslo sólo desde el enfoque particular que corresponde a nuestro tema, y limitémonos a investigar el grado en que cada uno de ellos estaba preparado para aliviar la imaginación, para transformar el teatro del mundo en un espectáculo más coherente y por ello más magnífico de lo que podría haber parecido en otro caso. Según lo hayan conseguido o no, habrán sistemáticamente logrado reputación y reconocimiento para sus autores o no; y se

verá que ésta es la clave que mejor puede conducirnos a través de todos los laberintos de la historia filosófica; al tiempo sirve para confirmar lo que ha sucedido antes y arrojar luz sobre lo que puede venir después; y podemos observar en general que no hay sistema, por mejor fundamentado que haya estado en otros aspectos, que haya podido cosechar un crédito amplio en el mundo si sus principios conectivos no resultaban familiares a toda la humanidad (Smith, 1998: 57-58).

Este pasaje resulta clave para comprender tanto el objetivo del ensayo como la totalidad de la obra smithiana por varios motivos. En primer lugar, porque aquí el autor expresa la preeminencia de la acción de la imaginación por sobre la razón como factor explicativo de la construcción y sucesión de sistemas científico-filosóficos. En segundo lugar, porque señala las condiciones que estos sistemas deben cumplir para ser adoptados por la humanidad, cuales son, la unificación coherente de fenómenos y la familiaridad de los principios explicativos. En tercer lugar, destaca el elemento subjetivo presente en dicha aceptación y, con marcado realismo, Smith viene a decir que el reemplazo de un sistema no se debe a un mero proceso lógico-racional, sino que ocurre en gran medida gracias a los efectos emocionales generados por un nuevo escenario de conexiones entre ideas. Por último, afirma que este enfoque no solo será útil para analizar la historia de las ciencias sino también para prever las características de futuros sistemas, por tanto, podría colegirse que esta perspectiva adquiere en Smith un carácter programático para comprender sus propias teorías morales y económicas.

Este enfoque epistemológico smithiano le permite, a su vez, concebir a los sistemas explicativos como maquinarias imaginativas tendientes a devolver a la propia imaginación a su natural estado de tranquilidad y complacencia:

Los sistemas en muchos aspectos se asemejan a las máquinas. Una máquina es un sistema pequeño, creado para desarrollar y para conectar en la realidad los diferentes movimientos y efectos que el artesano necesita. Un sistema es una máquina imaginaria inventada para conectar en la mente los diversos movimientos y efectos que ya existen en la realidad. Las máquinas que son primero inventadas para efectuar cualquier marcha concreta son siempre las más complejas, y los artesanos posteriores generalmente descubren que con menos ruedas, con menos principios motrices que los empleados originalmente se pueden

producir más fácilmente los mismos efectos. Análogamente, los primeros sistemas son siempre más complejos y por regla general se cree que es necesario una cadena o principio conectivo para enlazar todos los pares de fenómenos aparentemente desunidos; pero frecuentemente sucede que después se descubre que un solo gran principio conectivo es suficiente para ligar todos los fenómenos desacordes que tienen lugar en el conjunto de una especie de cosas (Smith, 1998: 75).

El caso más extraordinario de estas “máquinas imaginarias” en la historia de la astronomía, para Smith, lo representa el sistema newtoniano. Esto es así porque cumple más acabadamente con los distintos criterios epistémicos que el escocés introduce a lo largo de su narración sobre la sucesión de sistemas astronómicos, entre los que se cuentan: el principio de parsimonia, la familiaridad del principio explicativo (la gravedad), su corroboración empírica, su capacidad explicativa y su coherencia interna. No obstante, cabe señalar que existe un criterio muy importante para comprender la aceptación generalizada de un sistema explicativo o, dicho de otra forma, una “maquina imaginaria”, cual es la belleza del sistema. La importancia de la cuestión estética dentro del pensamiento smithiano amerita una digresión antes de abordar la cuestión de la innovación y la división del trabajo.

III. Creaciones artísticas, valoración estética y lenguaje

Según lo dicho anteriormente, la belleza de un sistema explicativo figura entre las condiciones de su aceptación, pero en la *Historia de la astronomía* no se da una definición de belleza. Para encontrarla es necesario remitirse al ensayo titulado *De la naturaleza de la imitación que tiene lugar en las llamadas artes imitativas*.

En dicha obra Smith sostiene que suele denominarse belleza a cierta semejanza basada en la simetría de proporción dentro una disposición dada de cosas (Smith, 1998: 173). No obstante, esta definición vale para la calificación de los objetos tal como se dan en la naturaleza. Las obras de arte, en cuanto creaciones humanas, deben cumplir con otra característica para ser consideradas bellas: deben unificar mediante ese tipo de semejanza objetos que en la naturaleza presentan grandes diferencias (Smith, 1998: 181). El mérito de las artes imitativas radica, pues, en su capacidad para conectar dos elementos *per se* diferentes (el representado y el representante) mediante un proceso determinado. Dice Smith:

El placer apropiado que derivamos de esas dos artes imitativas [la estatuaría y la pintura], lejos de ser el efecto del engaño, es totalmente incompatible con él. Dicho placer se basa por entero en nuestra maravilla al contemplar un objeto de una clase que representa tan bien a otro objeto de una clase muy diferente, y en nuestra admiración hacia el arte que tan felizmente supera la disparidad que la naturaleza ha establecido entre ellos. Las maravillas de la estatuaría y la pintura nos parecen fenómenos prodigiosos, que difieren de los fenómenos formidables de la naturaleza en que transportan con ellos, por así decirlo, su propia explicación, y demuestran, incluso a ojos vistas, la forma y manera en que han sido producidos. [...] La placentera admiración de la ignorancia viene acompañada de la aún más placentera satisfacción de la ciencia. El efecto nos maravilla y asombra; y nos gusta y satisface el verificar que podemos comprender en algún grado cómo se produce tan prodigioso efecto (Smith, 1998: 182)².

Así como el fin de la investigación científico-filosófica consistía en devolver a la imaginación su estado de reposo natural –alterado por la sorpresa y el asombro– mediante un sistema que conectara fenómenos aparentemente inconexos, las artes imitativas consiguen su objetivo cuando generan en el ser humano los sentimientos placenteros de admiración y asombro mediante la producción de una nueva relación de semejanza entre elementos dispares a través de procedimientos identificables.

Ahora bien, si tanto las artes como la filosofía se dirigen a la imaginación, los criterios estéticos y epistémicos no pueden separarse estrictamente. En efecto, la captación de semejanzas y la construcción de puentes entre objetos diversos, tendientes a lograr una unidad sistemática entre fenómenos, están en la base tanto del origen de las ciencias como de las artes, puesto que ambas persiguen como fin último el placer y tranquilidad de la imaginación. A propósito, es significativa la comparación que establece Smith entre un concierto musical y un sistema científico-filosófico:

Al contemplar esa inmensa multiplicidad de sonidos gratos y melodiosos, arreglados y recopilados, tanto en su coincidencia como en su sucesión, en un sistema tan completo y regular, la mente en realidad disfruta no sólo de un muy intenso placer sensual sino también de un elevado placer intelectual, no disímil del que deriva de la contemplación de un gran sistema en cualquier otra ciencia (Smith, 1998: 202)³.

Asimismo, el elemento estético cumple una importante función en la explicación acerca del origen y evolución de los lenguajes, según la exposición de las *Consideraciones sobre la primera formación de las lenguas*. En este trabajo, Smith trata de explicar el modo en que se generaron las lenguas a partir de la creación de los diferentes tipos de palabras que las conforman, hasta hacer una crítica a los idiomas romances preposicionales en relación con los clásicos desinenciales⁴. El hilo conductor del ensayo radica en la idea según la cual las palabras y conceptos más abstractos y generales, por tanto, más distantes para las capacidades intelectuales humanas, se forman a partir de objetos individuales, más concretos y cercanos, de la vida cotidiana. Al mismo tiempo, se trata de demostrar que la evolución en la articulación de los lenguajes se vincula estrechamente con el placer generado por cierta semejanza y uniformidad en la sonoridad de las palabras. En efecto, al dar cuenta de la creación de los adjetivos en las lenguas desinenciales, afirma Smith:

Los hombres naturalmente les daban las mismas terminaciones que a los sustantivos a los que se le aplicaban primeramente, y a partir de ese amor a la similitud de sonido, de ese deleite por la repetición de las mismas sílabas, que es el fundamento de la analogía en todas las lenguas, tendían a variar la terminación del mismo adjetivo (Smith, 2017: 108).

La semejanza, entonces, no solo es relevante para explicar la formación de términos generales mediante la asociación de objetos individuales, sino que además ayuda a entender las relaciones entre dichos términos según su expresión sonora. Es decir que las relaciones de semejanza no solo son importantes a nivel de la *forma* sino también de la *materia* del lenguaje. Y esto precisamente porque Smith reconoce una especie de propensión natural hacia la semejanza, la cual se vincula con el placer por ella generado; de aquí las nociones de “amor y deleite por la similitud de sonido”. El gusto por la captación de semejanzas tanto a nivel de ideas/imágenes como a nivel sonoro explica, pues, el desarrollo de las lenguas, siendo esta una característica propia de la naturaleza humana.

Al reflexionar sobre los elementos que configuran el devenir de las lenguas, Smith llega a la enunciación de una regla general:

puede establecerse como máxima que cuanto más simple sea una lengua en su composición, más compleja debe ser en sus declinaciones y conjugaciones, y, por el contrario, cuanto más

simple en sus declinaciones y sus conjugaciones, más compleja será en su composición (Smith, 2017: 125).

Es significativo que Smith utilice en este punto una vez más la analogía mecánica, comparando el desarrollo de las lenguas con el perfeccionamiento de las máquinas. En un primer momento estas pueden resultar muy complejas y requieren de muchos elementos para concretar sus movimientos. Pero con el tiempo, los técnicos descubren diversos modos para economizar recursos logrando la misma cantidad de movimientos, de manera tal que la máquina se vuelve más simple en su conjunto (Smith, 2017: 127).

No obstante, la analogía mecánica respecto de los lenguajes no es estricta, lo que se relaciona directamente con el criterio estético. Mientras que el proceso de economía y simplificación en las máquinas es siempre progresivo, pues tiende a perfeccionarlas, para Smith este mismo proceso resulta regresivo para muchos propósitos del lenguaje, ante lo cual brinda tres argumentos. En primer lugar, sostiene que esa simplificación vuelve a las lenguas más perifrásticas, ya que necesitan relativamente más palabras para expresar las mismas cosas. Este exceso en la incorporación de términos, según Smith, disminuye la elocuencia de las lenguas modernas en comparación con las clásicas, dado que “la belleza de una expresión depende en su concisión” (Smith, 2017: 128). En segundo lugar, pero estrictamente relacionado con lo anterior, afirma que la simplificación hace a los lenguajes menos agradables al oído, al perderse la variedad de las terminaciones propias de las lenguas desinenciales. Por último, las lenguas preposicionales presentan menos posibilidades para ordenar los términos, particularmente en las composiciones poéticas, en vistas a lograr el mayor efecto estético según sus sonidos.

Teniendo en cuenta las anteriores consideraciones sobre las relaciones entre la valoración estética, la creación artística y la evolución de las lenguas en el pensamiento de Smith, a continuación, se propondrá una interpretación de su análisis de la división del trabajo y la incorporación de innovaciones tecnológicas, en tanto fenómenos intrínsecamente sociales, sobre la base de la propia concepción smithiana imaginativo-pasional de la naturaleza humana.

IV. División del trabajo, innovación y la naturaleza dialógico-simpatética del ser humano

En la introducción de la *Riqueza de las naciones*, Smith define la riqueza nacional como la proporción entre el producto anual y la cantidad de personas que lo consumen. Esta proporción depende especialmente de una circunstancia: “la aptitud, destreza y sensatez con que generalmente se ejercita el trabajo” (Smith, 1999: 3). Ahora bien, los niveles de “aptitud, destreza y sensatez” del trabajo dependen, a su vez, del desarrollo que tenga en la nación la división del trabajo. De aquí que las condiciones, causas y consecuencias de la división del trabajo se conviertan en algunas de las temáticas más importantes de la obra.

El principal efecto positivo que genera la división del trabajo consiste en el aumento de la productividad, ilustrado mediante el famosísimo ejemplo de la fábrica de alfileres (Smith, 1999: 8-9)⁵. Tres son las causas que producen tal incremento:

1. La mayor destreza que cada obrero adquiere al dedicarse a una única tarea,
2. El ahorro de tiempo por no tener que cambiar de ocupación,
3. El incentivo para la invención de maquinarias que faciliten los trabajos (Smith, 1999: 10-12).

Resulta importante notar que para Smith el propio proceso de innovación tecnológica depende de la división del trabajo. A propósito, afirma: “[e]l hombre adquiere una mayor aptitud para descubrir los métodos más idóneos y expeditos, a fin de alcanzar un propósito, cuando tiene puesta toda su atención en un objeto, que no cuando se distrae en una gran variedad de cosas” (Smith, 1999: 12). De esta manera, el ejercicio de enfocarse en una tarea que produce la división del trabajo aguza, para Smith, el ingenio de los trabajadores para desarrollar maquinarias que faciliten sus tareas. En este sentido, resulta igualmente significativa la afirmación smithiana según la cual estos primeros innovadores no fueron grandes filósofos o científicos, sino, precisamente, los propios trabajadores que debían que esforzarse en realizar la tarea y, de esta manera, trataron de lograr una solución inmediata a un problema práctico:

Una gran parte de las máquinas empleadas en esas manufacturas, en las cuales se halla muy subdividido el trabajo, fueron al principio invento de artesanos comunes, pues hallándose ocupado cada uno de ellos en una operación sencilla, toda su imaginación se concentraba en la búsqueda de métodos rápidos y fáciles para ejecutarla (Smith, 1999: 12-13).

Después de señalar este tipo de innovación propia de los trabajadores, Smith reconoce que no solamente estos han sido capaces de producir adelantos tecnológicos, sino también aquellas personas que, si bien no operan las maquinas, están habituadas a fabricarlas y, por último, “los llamados filósofos y hombres de especulación, cuya actividad no consiste en hacer cosa alguna sino observarlas todas y, por esta razón, son a veces capaces de combinar o coordinar las propiedades de los objetos más dispares” (Smith, 1999: 13). En este pasaje Smith parece reconocer distintos niveles de innovaciones, desde las más simples, concretas y prácticas a las más complejas, abstractas y teóricas, y dentro de estas últimas, aparece nuevamente el tópico de la conexión de objetos dispares que, como se vio, es la clave según la cual Smith entiende tanto la génesis y evolución de la ciencia como del arte.

En el último párrafo del primer capítulo del Libro I de la *Riqueza*, Smith describe con gran fuerza retórica la enorme cantidad de personas que intervienen en el proceso de intercambio que permiten, en un país civilizado, que hasta los trabajadores más humildes tengan a disposición los productos que requieren para la vida:

[S]i nos detenemos, repito, a examinar todas estas cosas y a considerar la variedad de trabajos que se emplean en cualquiera de ellos, entonces nos daremos cuenta de que sin la asistencia y cooperación de millares de seres humanos, la persona más humilde en un país civilizado no podría disponer de aquellas cosas que se consideran las más indispensables y necesarias (Smith, 1999: 15).

Esta afirmación pone en el centro de la cuestión de la división del trabajo la idea de interacción social del proceso de intercambio, es decir, la naturaleza intrínsecamente social de la actividad económica. Pero una vez señalado esto, Smith pasa a preguntarse, en el segundo capítulo, por la causa de la división del trabajo.

Allí se apresura a señalar que no corresponde a la sabiduría humana ser causa eficiente de la división del trabajo, ya que los individuos no pueden prever los efectos positivos de su acción individual para el incremento de la riqueza de la nación. Por tanto, la respuesta es la siguiente: “[e]s la consecuencia gradual, necesaria aunque lenta, de una cierta propensión de la naturaleza humana que no aspira a una utilidad tan grande: la propensión a permutar, cambiar y negociar una cosa por otra” (Smith, 1999: 16).

Inmediatamente después de explicitar el origen de la división del trabajo, Smith aclara que no se ocupará en ese texto del problema relativo al estatuto de dicha propensión a trocar, es decir, si se trata propiamente de un principio innato del ser humano o, más bien, un efecto de sus facultades discursivas. No obstante, en las *Lecturas sobre jurisprudencia* había dicho:

Si investigáramos sobre el principio de la mente humana sobre el que se basa esta disposición al cambio, sería claramente la inclinación natural, que cada uno tiene, a persuadir. La oferta de un chelín, que para nosotros parece que tiene un sentido tan claro y simple, es ofrecer un argumento, en realidad, para persuadir a alguien de hacer tal o cual cosa porque le interesa. Los hombres siempre se esfuerzan en persuadir a los otros de que sean de su opinión, incluso cuando el asunto no les afecta (Smith, 1996: 400).

En este pasaje la disposición a trocar se entiende como un efecto de una propensión anterior, la inclinación a persuadir. De esta manera, todo intercambio comercial estaría guiado, en última instancia, por un deseo natural de hacer que los demás acepten el punto de vista personal, lo que remite a algunas importantes consideraciones sobre la estructuración social y la acción humana en *Teoría de los sentimientos morales* (Montes, 2019).

Dado que el ser humano es naturalmente social y simpatético, su propia felicidad dependerá inevitablemente del tipo de vínculo que establezca con los demás. Como es bien sabido, precisamente esta cuestión tema constituye el punto de partida de la *Teoría*, en clara oposición a los planteos egoístas-racionalistas de posturas como la hobbesiana-mandevilleana. A propósito, Smith no solamente afirma que a los individuos nos importa la felicidad de los demás, sino que un aspecto de la propia felicidad consiste en ser considerados por los demás y tener conciencia de ello (Smith, 2004: 106). Esto significa, en un primer momento, el mero hecho de ser tenido en cuenta por las otras personas y, posteriormente, la

búsqueda de la emoción derivada de la aprobación de sus acciones y motivos: “¿Qué mayor felicidad hay que la de ser amado y saber que lo merecemos? ¿Qué mayor desgracia que la de ser odiado y saber que lo merecemos?” (Smith, 2004: 225).

De acuerdo con lo anterior, la comunicación dialógica y la cooperación en términos socio-económicos entre los seres humanos están intrínsecamente relacionadas para Smith, dada su concepción imaginativo-pasional de la naturaleza humana. En este sentido, la persecución del interés individual está siempre mediada por los vínculos simpatéticos, más o menos intensos según grados de proximidad, establecidos entre los miembros de una sociedad. Esto implica, a su vez, que los procesos de creación e innovación, tanto a nivel teórico (hipótesis explicativas) como práctico (obras de arte y maquinarias), que ayudan a entender el progreso de las naciones, deben entenderse y promoverse a partir de dicho basamento antropológico. La interpretación de la problemática del crecimiento económico en Smith, por tanto, requiere un abordaje complejo y multidimensional que, por una parte, aboga por la recuperación del pensamiento del autor desde una visión de conjunto, y, por otra, adquiere una especial relevancia para analizar y comprender el devenir de las sociedades y economías contemporáneas.

V. A modo de conclusión

A través de este artículo intentamos mostrar que una lectura integral de la obra de Adam Smith no solo resulta importante para reinterpretar sus ideas en el ámbito de la economía, sino también para aportar sugerencias relevantes a cuestiones actuales relativas a los procesos de crecimiento y desarrollo. Argumentamos que la concepción generalizada sobre crecimiento económico en la *Riqueza de las naciones*, mediante la división del trabajo y la expansión de mercados competitivos, conlleva una complejidad poco reconocida al vincular la teorización económica de Smith con sus ideas epistemológicas, estéticas, lingüísticas y ético-sociales.

Desde dicho amplio marco de comprensión se vio que la génesis y aceptación de explicaciones científico-filosóficas depende de la relación entre, por una parte, los sentimientos de sorpresa, asombro y admiración, y, por otra, la acción de la imaginación, dada su capacidad creativa para establecer conexiones entre fenómenos que aparecen como distantes y desconectados. Esta aproximación epistemológica implica entender las hipótesis explicativas a la manera de artefactos creados principalmente para

tranquilizar a la propia imaginación, de manera tal que, en tanto productos de elaboración humana, el elemento estético de los sistemas explicativos resulta valorado para comprender no solo la creación de una teoría sino también su aceptación por la sociedad. Así, el enfoque smithiano torna borrosas las fronteras entre los criterios epistémicos, estéticos y técnicos, para comprender las teorías científico-filosóficas, las obras de arte y las máquinas que permiten incrementar la productividad en términos económicos.

Teniendo en cuenta lo anterior, se insistió en el proceso de incorporación de innovaciones tecnológicas a partir del fenómeno de la división del trabajo, señalando el hecho de que, para Smith, personas imbricadas en diversas esferas del mundo laboral, desde los ámbitos más prácticos y concretos hasta los más teóricos y abstractos pueden introducir distintos tipos de innovaciones. Pero principalmente se hizo hincapié en la observación smithiana acerca del fundamento lingüístico de la división del trabajo, ya que esto implica el reconocimiento de la naturaleza intrínsecamente social y simpatética de la naturaleza humana, cuestión que Smith desarrollara particularmente en la *Teoría de los sentimientos morales*, y que encuentra en la facultad del habla y la persuasión un nexo comunicante, no solamente entre los dos grandes textos publicados por el escocés, sino entre toda su obra.

Entendemos que esta interpretación de la concepción smithiana de la dinámica del crecimiento económico resulta importante en la actualidad puesto que plantea la integración de aristas esenciales de la acción humana, tanto individual como social, cuyas relaciones con los procesos de desarrollo a nivel local, regional, nacional y transnacional, se están analizando en profundidad desde hace no mucho tiempo. Entre estos, cabe destacar, en primer lugar, la relevancia del factor imaginativo y emocional en su impacto sobre la creatividad y la innovación, así como también de la dimensión comunicacional, en comprensión de la evolución de las economías (Loasby, 2002, 2014; Wight, 2009). En segundo lugar, la importancia de la apreciación y formación estética-artística en los procesos de desarrollo, tanto a partir del estímulo de la propia creatividad como de los vínculos simpatéticos que se generan y refuerzan en los espacios comunes destinados a la cultura (Sacchetti, Sacchetti & Sugden, 2009). En tercer lugar, la necesidad de una mayor y mejor comunicación y cooperación entre agentes innovadores, a diferentes niveles y de diferentes ámbitos, es una idea que han sido puesta en el centro de las discusiones actuales sobre las economías

basadas en el conocimiento a partir de la noción de *Innovación abierta* (Chesbrough, 2003; 2020). Por último, el anclaje territorial de los procesos de desarrollo local-regional, implícita en la noción smithiana de la estructuración social a partir de vínculos simpatéticos entre individuos condicionados por su espacio vital, es destacada en la actualidad desde el denominado *Enfoque del desarrollo territorial* (Alburquerque, 2013; Costamagna, 2015). De este modo, la perspectiva filosófico-antropológica y socio-económica smithiana muestra su potencial, todavía hoy, como un marco de referencia abierto, complejo y dinámico para poner en diálogo e integrar estos y otros enfoques analíticos contemporáneos y avanzar, así, en la comprensión teórica y la concreción práctica de procesos de crecimiento y desarrollo.

Referencias Bibliográficas

- Alburquerque, F. (2013). *Economía del Desarrollo y Desarrollo Territorial*. Recuperado de: <http://www.conectadel.org/wp-content/uploads/downloads/2015/03/E%C2%AADesarrollo-y-Desarrollo-Territorial-3.01.pdf>
- Andersson, Å. E. (2009). "Economics of Creativity". En Karlsson, C. *et al.* (Eds.). *New Directions in Regional Economic Development* (pp. 79-95). Berlin: Springer.
- Ballor, J. & Claar, V. (2019). "Creativity, innovation, and the historicity of entrepreneurship". *Journal of Entrepreneurship and Public Policy*, 8(4), 513-522.
- Carrión, G. (2016). "Estructura imaginativo-pasional de la naturaleza humana y economía en David Hume". *Filosofía de la Economía*, Vol. 5, 5-26.
- Carrión, G. (ed.) (2017). *Escritos preliminares de la Riqueza de las Naciones y consideraciones sobre la primera formación de las lenguas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Chesbrough, H. W. (2003). *Open Innovation: The new imperative for creating and profiting from technology*. Boston: Harvard Business School Press.
- Chesbrough, H. W. (2020). *Open Innovation Results: Going Beyond the Hype and Getting Down to Business*. New York: Oxford University Press.
- Costamagna, P. (2015). *Política y formación en el desarrollo territorial. Aportes al enfoque pedagógico y a la investigación*. Bilbao: Orkestra-Instituto Vasco de Competitividad.
- Gutiérrez Rojas, C. & Baumert, T. (2018). "Smith, Schumpeter y el estudio de los sistemas de innovación". *Economía y Política*, 5(1), 93-111.

- Legros, P., Newman, A. & Proto, E. (2014). "Smithian Growth Through Creative Organization". *The Review of Economics and Statistics*, 96(5), 796–811.
- Loasby, B. J. (2002). "The evolution of knowledge: beyond the biological model". *Research Policy*, 31(8-9), 1227–1239.
- Loasby, B. J. (2014). "The Evolution of Knowledge and Knowledge of Evolution". *Jahrbücher f. Nationalökonomie u. Statistik*, Vol. 234/2+3, 142–157.
- Montes, L. (2019). "Adam Smith's foundational idea of sympathetic persuasion". *Cambridge Journal of Economics*, 43(1), 1–15.
- Nakamura, L. (2000). "Economics and the New Economy: The Invisible Hand Meets Creative Destruction". *Business Review (Federal Reserve Bank of Philadelphia)*, July-August, 15–30.
- Pol, E. (2013). "Reconciling the Invisible Hand and innovation". *Economics of Innovation and New Technology*, 22(5), 431–446.
- Rosenberg, N. (1965). "Adam Smith on the Division of Labour: Two Views or One?". *Economica*, 32(126), 127–139.
- Sacchetti, F., Sacchetti, S. & Sugden, R. (2009). "Creativity and socio-economic development: space for the interests of publics". *International Review of Applied Economics*, 23(6), 653–672.
- Schliesser, E. (2005). "Wonder in the Face of Scientific Revolutions: Adam Smith on Newton's 'Proof' of Copernicanism". *British Journal for the History of Philosophy*, 13(4), 697–732.
- Smith, A. (1995). *Lecciones sobre jurisprudencia (Curso 1762-3)*. Granada: Comares.
- Smith, A. (1996). *Lecciones sobre jurisprudencia [Reporte de 1766]*. Madrid: BOE/CEC.
- Smith, A. (1998). *Ensayos filosóficos*. Madrid: Pirámide.
- Smith, A. (1999). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México: FCE.
- Smith, A. (2004). *Teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza.
- Smith, A. (2017). "Consideraciones sobre la primera formación de las lenguas y el diferente genio de las lenguas originales y compuestas". En Carrión, G. (ed.). *Escritos preliminares de la Riqueza de las naciones y consideraciones sobre la primera formación de las lenguas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Wight, J. (2009). "Adam Smith on Instincts, Affection, and Informal Learning: Proximate Mechanisms in Multilevel Selection". *Review of Social Economy*, 67(1), 95–113.

¹ Sobre la famosa advertencia del Libro V de la *Riqueza* y su relación con lo expuesto en la primera parte de la obra puede verse el ya clásico artículo de Rosenberg (1965).

² Más adelante incluye entre las condiciones de las artes imitativas la velocidad con que permiten pasar el objeto imitador al imitado: "En las artes imitativas, aunque no es en absoluto necesario que el objeto imitador se parezca al imitado tan exactamente que se confunda con este, es sin embargo necesario que ambos se asemejen al menos de modo que uno sugiera rápidamente al otro" (Smith, 1998: 193).

³ Resulta interesante notar que en el contexto de discusión acerca de los efectos pasionales ejercidos por la música, Smith describe lo que ya en la *Historia de la astronomía* había denominado “estado natural de la mente” como una situación de equilibrio entre un estado jovial y otro de aflicción, es decir, como un estado de tranquilidad; que no se caracteriza solamente por el placer que genera sino también por un modo particular de transición entre ideas (Smith, 1998: 194).

⁴ Sobre la importancia de este texto dentro del corpus smithiano remitimos a nuestro “Estudio Introductorio” (Carrión, 2017).

⁵ Este ejemplo ya había sido utilizado en Smith (1995: 388-389, 1996: 136-137) y en el “Borrador” de la *Riqueza de las naciones* (Carrión, 2017: 137-138).

Adam Smith: el capitalismo y su frustrado proyecto de civilización¹

Ariadna Cazenave*

Universidad de Buenos Aires
ariadnacazenave@gmail.com

Revista Cultura Económica

Año XXXIX • N°101

Junio 2021: 50-66

<https://doi.org/10.46553/cecon.39.101.2021.p50-66>

Pablo Enrique Levín

Universidad de Buenos Aires

Resumen: En el presente trabajo nos proponemos reconstruir el problema que interpretamos guía la obra de Adam Smith: la pregunta por la viabilidad histórica de la sociedad moderna. Para tal fin, procuramos argumentar: 1) que tanto *La teoría de los sentimientos morales* como *La riqueza de las naciones* ponen de relieve que el pleno despliegue del comercio es a la vez necesario y problemático, hasta gravemente peligroso, como fundamento de la nueva sociedad; 2) que ambas obras apuntan a argumentar, desde ángulos complementarios, en qué sentido y bajo qué condiciones la sociedad moderna es viable. Si de suyo es de interés comprobar que Smith había reflexionado sobre tal problema, aún más relevante es la solución misma en la que trabajó a lo largo de toda su carrera, sin alcanzarla: el desarrollo de un fundamento científico y filosófico para una teoría de la jurisprudencia moderna que posibilite la gestación y maduración de una sociedad bien gobernada.

Palabras clave: Adam Smith; Economía política; Historia del pensamiento económico; Valor; Filosofía de la ilustración

Adam Smith: capitalism and its frustrated project of civilization

Abstract: *In this paper we aim to address the problem that we interpret as guiding Adam Smith's work: the question of the historical viability of modern society. To this end, we seek to argue: 1) that both The Theory of Moral Sentiments and The Wealth of Nations show that the full deployment of trade is both necessary and problematic, even seriously dangerous, as the foundation of the new society; 2) that both works discuss, from complementary angles, in what sense and under what conditions modern society is viable. If it is of interest to note that Smith reflected on such a problem, even more relevant is the very solution on which he worked throughout his career, without reaching it: the development of a scientific and philosophical foundation for a theory of modern jurisprudence that would make possible the conception and progress of a well-governed society.*

* Recibido: 08/04/2021 – Aprobado: 01/06/2021

Keywords: Adam Smith; Political economy; History of economic thought; Value; Philosophy of enlightenment

I. Introducción

En vísperas de una transformación irreversible de la historia, el Siglo de las Luces tuvo la pretensión de reunir la totalidad de la experiencia social de su época en una síntesis filosófica: esta sería el fundamento de un proyecto político y jurídico civilizatorio. La época de la Ilustración asumió la misión de forjar un compendio de todo el conocimiento relevante de su tiempo, ya no basándose en la revelación sino en la filosofía y la ciencia, que no solo le permitiera tener una imagen coherente y abarcadora del mundo, sino que oficiara de guía para la concreción de una sociedad donde reinaran las promesas modernas (Levín *et al.*, 2018: 24). Para sus protagonistas, se trataba de la liberación humana a través de la ciencia y la filosofía, de la emancipación de las cadenas del dogmatismo, de la superstición, de la “tutela”. El hombre alcanzaría por fin la mayoría de edad a condición de que tuviera el valor de servirse de su propia razón (Kant, 1985: 25). Retrospectivamente advertimos que se trató de un proyecto inconcluso, no cabalmente realizado, y con más urgencia que entonces debemos comprender en qué radicó su incompletitud.

En el presente trabajo nos embarcamos en la reconstrucción de un problema que recorre la obra de uno de los grandes exponentes de aquel proyecto, Adam Smith: su fina y meticulosa investigación sobre la viabilidad histórica de la sociedad moderna. Smith, como se sabe, no emplea la palabra “capitalismo”, pero basta reformular la pregunta para que quede patente la actualidad del problema: ¿es compatible la civilización democrática con el capitalismo?

Tanto *La teoría de los sentimientos morales (TSM)* como la *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones (RN)* ponen de relieve que el pleno despliegue del comercio (para nosotros, capitalista) es a la vez necesario y problemático, hasta gravemente peligroso, como fundamento de la nueva sociedad. Y ambas obras apuntan a argumentar, desde ángulos complementarios, en qué sentido y bajo qué condiciones la sociedad moderna es viable. Si suyo es de interés comprobar que Smith había reflexionado sobre tal problema, aún más relevante es la solución misma en la que trabajó a lo largo de toda su carrera, sin

alcanzarla: el desarrollo de un fundamento científico y filosófico para una teoría de la jurisprudencia moderna que posibilite la gestación y maduración de una sociedad bien gobernada.

Procuraremos mostrar que la reconstrucción de esta pregunta y la identificación de los límites con los que choca Smith en su intento por responderla nos ofrece ocasión para reflexionar acerca de los lazos entre la economía política y otros campos de la ciencia y la filosofía, e imaginar la posibilidad de un nuevo proyecto de síntesis en el campo de las ciencias sociales. Nos interesa particularmente una pista que sigue el autor: el papel que juega en su proyecto filosófico la economía política y, especialmente, uno de sus conceptos fundamentales, el de valor.

Para Smith, sus desarrollos en los campos de la moral y de la economía política no son autónomos, sino que forman parte de un ambicioso proyecto filosófico que tiene la pretensión de que el conjunto de la ciencia y la filosofía constituya un cuerpo coherente para que el pensamiento teórico sea cabalmente práctico. En su obra se pueden apreciar las reflexiones de un autor que proyecta las posibilidades de gestación y nacimiento de una civilización universal. Su obra es la de una época de transición histórica, en la que generaciones de filósofos procuraron hallar en la filosofía claves para la proyección de la máxima aspiración de la sociedad humana y de cómo alcanzarla.

Intentaremos una destilación conceptual conjunta de ambas obras, la *TSM* y la *RN*, con el objetivo de reconstruir dos importantes problemas teóricos que Smith formula respectivamente en cada una de las obras. El trabajo está dividido en tres partes. En primer lugar, presentamos el problema que, interpretamos, guía las dos obras de Smith: la pregunta por los principios de la naturaleza humana capaces de asegurar la armonía y factibilidad de la sociedad moderna. En segundo lugar, reconstruimos el principio general sobre el que el autor apoya una primera respuesta a esa pregunta: la simpatía. En tercer lugar, dirigimos la mirada hacia la *RN* para reconstruir lo que interpretamos como una segunda respuesta a la pregunta que no había logrado responder en la *TSM*, apoyada en el principio general de valor como mecanismo de articulación de la sociedad mercantil. Por último, enunciamos algunas conclusiones prospectivas de nuestra investigación.

II. El proyecto filosófico de Adam Smith. Introducción a sus principales preguntas de investigación

Abarcando las dos obras de Smith en una sola mirada, advertimos un motivo común a ellas: la moderna sociedad civil, tal como a la sazón, en vísperas de la transformación del capitalismo comercial en capitalismo industrial, parecía a punto de florecer. La nueva “sociedad internacional” venía gestándose a fuego lento en el mundo antiguo y comienza a configurarse desde la caída del Imperio Romano. La mercancía del capital configura un entramado de relaciones sociales que abarca virtualmente la totalidad de la población humana en el planeta (Levín, 1997: 17–44).

El hombre moderno entabla su relación social en esa nueva estructura. De hecho, no hay otra relación social *general* entre los individuos que la mercancía, ni otra forma de circulación *general* de la riqueza social que el mercado (Levín, 2010: 253–254). Tal es, en efecto, la novedad de la sociedad moderna. Y la mercancía, una relación social reificada, impersonal, ha cobrado la forma objetiva de universalidad. Sin embargo, la mercancía del capital no ha eliminado las relaciones sociales directas: las ha transformado, subsumiéndolas. Pero la experiencia cotidiana del hombre mercantil (a la que apela Smith) desmiente su propia verdad esencial, y su conciencia así obnubilada solo reconoce relaciones más próximas, (al parecer) inmediatas. De esta suerte, el *homo mercator*, el primer hombre histórico que entabló una relación humana objetivamente universal, ignora su propia realización suprema y vive de espaldas a su novísima dimensión.

En la *TSM*, Smith retrata una vida moral que no se desenvuelve en el reino natural ecuménico de la mercancía del capital, sino en un ámbito más restringido, donde la fragmentación mercantil de la comunidad no se ha consumado por completo, donde los individuos no son entidades recíprocamente indiferentes que solo entablan un vínculo social evanescente en el acto de compraventa; donde no se relacionan como “personas impersonales”, de suerte que cada uno no considera a los demás como otros tantos instrumentos virtuales de los que podría valerse oportunamente (Marx); donde el hombre no es el lobo del hombre (Hobbes); y donde, en definitiva, todos los hombres y mujeres son aceptados y reconocidos. Esta esfera de relaciones humanas sobrevivió al derrumbe de las sociedades antiguas y, en parte, al efecto erosivo y deletéreo de las relaciones mercantiles, dinerarias y capitalistas.

La *TSM* remite entonces a un ámbito de relaciones sociales que no está afectado por la dicotomía ilustrada, resumida a comienzos del siglo XIX por Hegel, entre dos esferas de relaciones sociales *generales*: la sociedad civil y la sociedad política. Considerada abstractamente circumscripita a tal ámbito, la sociedad moderna no puede prescindir de ciertos valores morales. Pero la armonía (o la estabilidad) social general de una sociedad compleja y ecuménica no podrá reposar sobre las virtudes que cultivaban las filosofías antiguas y medioevales. Estas, explica Smith, se tornan superfluas o incluso contraproducentes (Fitzgibbons, 1995: 45–52).

El proyecto ilustrado de civilización moderna en el que se inscribe la investigación de Smith es incompatible con el poder despótico, incluso si es ejercido por sabios, héroes o santos, de modo que las virtudes en las que puede fundarse esta sociedad deben ser asequibles a los hombres y mujeres comunes y, más aún, deben ser connaturales a sus temperamentos e inclinaciones espontáneas (Levín, 2000). El siglo de la filosofía inquiere sobre la naturaleza y el entendimiento humano² porque considera que la suerte de la sociedad moderna está a merced del hombre desencadenado, libre de las ataduras de la esclavitud y de todo vínculo de dependencia personal. Pero ¿es viable la armonía social si el hombre se libera de las cadenas milenarias? Smith sostiene que la criatura humana socialmente emancipada no es necesariamente una bestia narcisista y egoísta, insensible al interés del prójimo, pero tampoco un ser incondicionalmente consagrado al amor altruista.

En búsqueda de un principio universal de armonía para un mundo de hombres libres, Smith presenta el escenario de los “sentimientos morales” valiéndose para ello de la metáfora del teatro (Griswold, 1999: 65–70). El *teatro del mundo* se centra en la relación entre actor y espectador. Esta relación no es extrínseca; pero posee carácter polar, de modo que, a la vez que interactúa con espectadores externos, el actor se desdobra interiormente en actor y espectador.

El individuo moderno, en tanto su actividad es actuación, entabla una relación esencial a su condición humana con el espectador. Sus necesidades, sus deseos, sus metas y objetivos, en tanto son necesidades, deseos, etc., de carácter humano, son naturalmente mediados por la aprobación, ora de un espectador, ora de otro, hasta que gradualmente, por medio de una elaboración que coincide con el proceso madurativo y la elevación de la personalidad del individuo, este construye en su espíritu una representación *más o menos* acabada, del espectador social. En la capacidad individual de

interpretar la opinión común para construir la figura del “espectador imparcial” se conjugan la imaginación y los sentimientos de sociabilidad. Pero, como desarrollaremos en el próximo apartado, el espectador imparcial, así como imprime autoridad sobre la conducta del individuo, e influye sobre sus motivos más profundos, también limita su capacidad de tomar en consideración valores universales y amenaza su equidad.

En el sistema de Smith los valores morales no provienen (como sí en la filosofía crítica kantiana) de una razón que, desplegándose con arreglo al concepto inmanente, dicta al individuo máximas de carácter necesario y universal; sino que estas son elaboradas por el individuo para satisfacer su necesidad emotiva de complacer al espectador. El individuo se desprende de la inmediatez de la aceptación, del reconocimiento o del aplauso, aprende a no ser presa de la lisonja o el agravio; pero, aunque mediada, la aprobación del espectador es aún una necesidad fundamental. El carácter cabalmente representativo del espectador figurado, su universalidad, y, en definitiva, su imparcialidad, admiten grados, y están sujetos a la inestabilidad e incluso a sufrir una reversión desastrosa: el sistema que debía ofrecer un fundamento a la civilización moderna se torna entonces virtualmente en su contrario, y se vuelve cómplice de una exacerbación de sentimientos que favorecen intereses colectivos, pero no universales (Griswold, 1999: 19–20; 77; Piqué, 2017: 130).

En la *TSM*, la universalidad del mundo moderno no brota del amor cristiano, porque es abstracto y porque supone una igualdad igualmente abstracta, ni de las virtudes estoicas, porque son particulares y niegan la igualdad, ni del egoísmo universal, porque los intereses privados son la negación de toda virtud; de modo que por el lado negativo la crítica es contundente y completa. Pero si Smith busca el fundamento natural de esa universalidad en los sentimientos morales connaturales al individuo determinado por lazos de simpatía y benevolencia, no es eso lo que encuentra. Será en la *RN* donde se asomará a tal condición por medio de la exposición de los fundamentos de la sociedad comercial y de los fundamentos jurídicos para que esta devenga en una sociedad bien gobernada.

III. La teoría de los sentimientos morales. Reconstrucción retrospectiva del argumento smithiano

1. La simpatía como fundamento de la armonía social

En la *TSM* Smith se propone estudiar los principios que gobiernan la conducta de las personas y que hacen posible la vida social³. No en cualquier sociedad, sino en la novedosa sociedad comercial que se desplegaba a lo largo y a lo ancho del mundo existente, en la cual la persecución del interés individual ocupaba un lugar cada vez más destacado. ¿Qué principios de la naturaleza humana garantizan la paz y la prosperidad en una sociedad de estas características, en la cual la proliferación de las conductas egoístas supone una amenaza al orden social? ¿Qué mecanismo asegura la armonía social de una sociedad que deja atrás la moral cristiana, que pretende librarse del tutelaje y que trae consigo la promesa de una civilización universal? En la primera oración de la *TSM* Smith introduce el principio general sobre el que apoyará una primera respuesta a la pregunta acerca de la viabilidad de la sociedad moderna, la simpatía (*sympathy*):

por más egoísta que se pueda suponer al hombre, existen evidentemente en su naturaleza principios que le hacen interesarse por la suerte de otros y hacen que la felicidad de éstos le resulte necesaria, aunque no derive de ella nada más que el placer de contemplarla (Smith, 2013: 49).

Smith se esfuerza por mostrarle al lector que el hombre no es un ser eminentemente egoísta como lo retrataban autores como Mandeville o Hobbes⁴. Por el contrario, sostiene que todo ser humano posee una disposición natural a interesarse por la suerte de los demás, a alegrarse con sus alegrías y a entristecerse con sus penas. Es decir, a simpatizar, entendida la simpatía como la compañía en el sentimiento ante cualquier pasión. Mientras que la virtud de la benevolencia requiere una sensibilidad mayor a la que posee el común de las personas, “ni el mayor malhechor ni el más brutal violador de las leyes de la sociedad” se ve desprovisto de la disposición natural a simpatizar (Smith, 2013: 49; 75). En ocasiones, la simpatía se produce por la simple contemplación de una emoción, como ser el sonreír al observar un rostro risueño o encogerse al presenciar un golpe, pero en ese caso, aclara Smith, es sumamente imperfecta. El concepto de simpatía que Smith se esfuerza por erigir como el principio que guía la conducta humana y que explica la armonía social requiere de la mediación de la imaginación⁵.

Para identificarse y simpatizar, el individuo necesita conocer las circunstancias que originaron las pasiones del otro. Ello le permite imaginarse en su situación y comprobar o no si los sentimientos y las conductas del otro coinciden con los que él desarrollaría si estuviera en esa

situación. Para ello, se basa en el conocimiento que tiene sobre experiencias pasadas, tanto vividas por él mismo como por personajes de obras literarias, familiares, amigos, conocidos. Pero no solo es el ser humano capaz de simpatizar, sino que todo ser humano busca y desea la simpatía como actor y como espectador: no se trata del interés propio, no se espera de la compañía más que la satisfacción que ocasiona.

La simpatía se convierte así en una guía para juzgar la conducta propia y ajena. Movidos por el deseo de obtener simpatía y de simpatizar, actores y espectadores moderan y corrigen sus pasiones para que puedan ser acompañadas y juzgadas correctas⁶. El hombre nace y se cultiva en sociedad observando los juicios que realizan los individuos sobre la conducta de otros y, de esa manera, aprende a juzgar tanto a los otros como su propia conducta⁷. Así, mide y ajusta su propia conducta colocándose en el lugar de un “espectador imparcial”, que sintetiza lo que es socialmente correcto o incorrecto⁸. “Nuestra continua observación de la conducta ajena nos conduce insensiblemente a formarnos unas reglas generales sobre lo que es justo y apropiado hacer o dejar de hacer” (Smith, 2013: 282–283). Por medio de este proceso, los sentimientos devienen morales, modelados y moderados en una cultura social específica (Rodríguez Braun, 2013: 13). Se logra así “corregir las tergiversaciones del amor propio con relación a lo que es justo y apropiado hacer” (Smith, 2013: 285).

Hasta aquí, el principio de simpatía oficia de fundamento de la armonía y paz social. Sin embargo, el propio autor reconoce el alcance limitado de la simpatía en una “sociedad de extraños”⁹. Como hemos señalado más arriba, Smith busca explicar los principios que guían la conducta de los hombres en la nueva sociedad comercial que tiende a la universalidad, en la cual se funden culturas particulares distintas y en la cual se van perdiendo los lazos de proximidad que permiten una identificación común y simpatía natural¹⁰. El principio de simpatía que desarrolla Smith tiene vigencia en el contexto de una “sociedad pequeña”, relativamente estática, en la que sus miembros se conocen y tienen trato constante. Pero estas son, por supuesto, características opuestas a aquellas de la sociedad comercial, dinámica, cambiante, universal. A medida que la sociedad se expande y se convierte en una sociedad de extraños, el principio de simpatía e identificación común deja de tener vigencia como principio general. Su alcance se circunscribe a ámbitos sociales reducidos, particulares, en los cuales el individuo elabora sus nociones sobre lo

aprobable y no aprobable, observando el comportamiento de otros miembros de ese grupo social específico.

La exposición del concepto de simpatía, fuente de cohesión en culturas locales y potencialmente también de graves tensiones en la sociedad comercial, puede comprenderse como una de las razones que lleva a Smith a incursionar en el campo de la jurisprudencia, en el que se inscribe su economía política (Piqué, 2017: 165). Una de las claves del sostenimiento de una sociedad en la cual los individuos conviven pacíficamente sin amor o afecto mutuo, como la de sociedad de comerciantes, es la prevalencia de la justicia (Piqué, 2017: 133)¹¹. Si esto no ocurriera, “la destrucción de la sociedad sería completa”¹². Aparece así una virtud que puede ser exigida por la fuerza.

En su búsqueda de los fundamentos de una sociedad viable que disfrute de los beneficios del comercio moderno Smith se sumerge en el estudio de la jurisprudencia, donde espera dar con “los principios generales de la legislación y el gobierno”, las “reglas naturales de la justicia”, que “debían constituir los fundamentos de las leyes de todas las naciones” (Smith, 2013: 577–578), en un mundo internacional donde hombres extraños entre sí convivan pacíficamente a partir del intercambio de buenos oficios¹³. Allí Smith apuntará a bosquejar las leyes e instituciones que permitan una civilización donde prime la identificación común y por tanto se evite el daño entre los miembros de la sociedad.

Es precisamente ese proyecto el que conduce a Smith a incursionar en los terrenos de la economía política. En su investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones busca el fundamento científico que serviría a legisladores y gobernantes en el arte del buen gobierno¹⁴. La economía política tiene la misión de guiar a los gobernantes y legisladores en la consecución de un sistema de jurisprudencia que resguarde a la sociedad de los posibles males que podían devenir del desarrollo capitalista. En la sexta revisión de la *TSM* indica que en la *RN* cumplió en parte con sus objetivos, al menos en lo concerniente a la administración, las finanzas públicas y la defensa, pero que sigue pendiente una teoría de la jurisprudencia, “un proyecto largamente acariciado” (Smith, 2013: 44) que no podrá completar.

IV. La riqueza de las naciones. Reconstrucción retrospectiva del argumento smithiano

1. Concepto de valor: nuevo mecanismo de articulación social

En la *RN* el hombre no procura su sustento invocando los sentimientos humanitarios del resto de los miembros de la sociedad: debe apelar al interés del otro para proveerse de las cosas necesarias y convenientes para la vida.

En una sociedad civilizada necesita a cada instante la cooperación y asistencia de la multitud, en tanto su vida entera le basta para conquistar la amistad de contadas personas [...] La conseguirá con mayor seguridad interesando en su favor el egoísmo de los otros y haciéndoles ver que es ventajoso para ellos hacer lo que les pide (Smith, 2004: 16).

No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas (Smith, 2004: 17).

La expansión del comercio convierte al mundo en un gran mercado y “el hombre vive así, gracias al cambio, convirtiéndose, en cierto modo, en mercader, y la sociedad misma prospera hasta ser lo que realmente es, una sociedad comercial” (Smith, 2004: 24). El hombre se libera de las ataduras de los vínculos de dependencia personal y se relaciona con el resto del mundo a través del intercambio mercantil. La extensión del mercado permite una división del trabajo y un aumento de la productividad inéditos y prometedores. Ese desarrollo de la mercancía trae consigo la opulencia de las naciones y las promesas de libertad y progreso, pero Smith no olvida en la *RN* el problema que quedó planteado en la *TSM*: solamente en una sociedad “bien gobernada”, dice en la *RN*, el desarrollo del comercio se traduce en progreso universal¹⁵. La necesidad de una “evaluación consensuada” que había sido planteada en la *TSM* se refuerza en la *RN*, que tiene como protagonista a la relación mercantil y, por consiguiente, a la búsqueda del interés privado.

Las tensiones entre el capitalismo y la promesa de una sociedad civilizada aparecen a lo largo de la obra. En lo que respecta a la división del trabajo, además de sus famosos elogios en las primeras páginas del Libro I, escribe en el Libro V que la especialización puede también embrutecer la mente y el espíritu:

Con los progresos en la división del trabajo la ocupación de la mayor parte de las personas que viven de su trabajo, o sea, la gran masa del pueblo, se reduce a muy pocas y sencillas operaciones [...] Adquiere, pues, la destreza en su oficio peculiar, a expensas de sus virtudes intelectuales, sociales y marciales. Aún en las sociedades civilizadas y progresivas, este es el nivel a que necesariamente decae el trabajador pobre, o sea la gran masa del pueblo, a no ser que el gobierno se tome la molestia de evitarlo (Smith, 2004: 687).

En la nueva sociedad comercial, no lo dice Smith, pero lo sabemos nosotros, los dos momentos de la producción, el momento de transformación técnico material mediado por el trabajo humano y el momento de intercambio social, se encuentran escindidos (Levín, 2003). En el mercado se completa el proceso por el cual el producto individual se convierte en producto social y el trabajo individual en trabajo social. La relación mercantil, un tipo históricamente específico de intercambio social, se distingue de toda otra forma de intercambio por su carácter voluntario, impersonal, evanescente, fugaz y universal. A diferencia de las relaciones directas y jerárquicas características de otras sociedades humanas, la relación mercantil se caracteriza por la ausencia de todo poder de planificación: requiere la conjunción de dos voluntades libres y socialmente iguales. ¿En qué proporción se intercambian las mercancías? ¿Qué fuerzas determinan qué y cuánto se produce para llevar al mercado? ¿Qué leyes garantizan el equilibrio del sistema económico? En otras palabras, ¿cómo se asigna el trabajo en una sociedad de individuos recíprocamente extraños, en la cual no existe una planificación económica de conjunto? ¿Qué mecanismo regula la reproducción de la vida social? Smith intenta desarrollar una explicación del proceso de reproducción de mercancías (incluido el intercambio mercantil) fundada en la noción de valor, que el autor recoge del pensamiento antiguo y medieval y de la experiencia práctica común de su época¹⁶. En el principio general del valor apoya una nueva respuesta a la pregunta acerca de la viabilidad de la sociedad de extraños que no había logrado responder en la *TSM*, pero también en esta empresa fracasa a poco de andar.

En el estado rudo y primitivo de la sociedad, que precede a la acumulación del capital y a la apropiación de la tierra, la única circunstancia que puede servir de norma para el cambio recíproco de diferentes objetos parece ser la proporción entre las distintas clases de trabajo que se necesitan para adquirirlos. Si en una nación de cazadores, por ejemplo, cuesta usualmente el doble

trabajo matar un castor que un ciervo, el castor, naturalmente, se cambiará por o valdrá dos ciervos. Es natural que una cosa que generalmente es producto del trabajo de dos días o de dos horas valga el doble que la que es consecuencia de un día o de una hora (Smith, 2004: 47).

En una sociedad pequeña, simple y estática, con un mercado incipiente, donde los procesos técnicos son conocidos por todos sus miembros, los productos son pocos y sus técnicas no varían significativamente en el tiempo, los individuos tienen una percepción práctica basada en su experiencia de la cantidad social promedio de trabajo que se necesita para reproducir cada mercancía. Es decir, tienen una noción práctica del valor de las mercancías. En ese contexto, las mercancías no se cambian necesariamente de acuerdo con sus valores, ya que la escasez relativa de una u otra mercancía en el mercado altera la relación de cambio. Sin embargo, como los productores conocen las “penas y fatigas” que suponen los distintos trabajos, saben qué mercancías se están intercambiando por encima de sus valores y cuáles por debajo. Si el trabajo es para ellos un instrumento, es decir un medio para alcanzar un fin, entonces se comportarán de manera tal de ahorrar trabajo o energía. Algunos individuos optarán por dejar de producir aquellas mercancías cuya relación de cambio es menor que su relación de valor y destinarán su tiempo de trabajo a producir las que se venden por encima de su valor. Al aumentar la oferta de las primeras y disminuir la de las segundas, las relaciones de cambio en el mercado tenderán a igualarse a las de valor.

Es imperioso que los individuos conozcan los tiempos de trabajo necesarios para la reproducción de las mercancías para que opere la ley del valor tal como está formulada en la *RN*. Solo en ese contexto es posible explicar a través de qué mecanismo las relaciones de cambio en el mercado gravitan en torno a la relación entre sus respectivos valores. Smith es consciente de que ese supuesto tiene vigencia solamente en una sociedad pequeña, simple y estática, pero a él le interesa explicar el desenvolvimiento de la sociedad comercial que tiende a la universalidad. Mientras en las primeras páginas de su obra había explicado que la mercancía no puede desarrollarse si no se despliega en un ámbito que tiende a abarcar el mundo entero, su ley del valor solamente puede explicar de qué manera el valor rige el movimiento de los precios en un mercado hipotético, simple, diminuto, estático; a saber, en “la sociedad ruda y primitiva”. Al pasar a la sociedad comercial, universal y dinámica, no consigue explicar de qué manera opera

o tiene efecto práctico la ley del valor, y, en consecuencia, la abandona¹⁷. El concepto de valor desaparecerá en el resto de su obra.

V. Conclusiones y perspectivas

El problema al que se había enfrentado Smith en la *TSM* reaparece, *mutatis mutandis*, en la *RN*. En ambas obras intenta brindar una respuesta al problema de la viabilidad y sostenibilidad de la sociedad moderna apoyándose sobre un principio de la vida práctica: el principio de simpatía y el principio de valor. Smith se esfuerza por partir de experiencias prácticas ordinarias, procurando no cortar el lazo con esa experiencia a medida que va desarrollando su argumento, pero en ambas obras las nociones de simpatía y de valor no alcanzan un grado de maduración suficiente como para convertirse en conceptos articuladores de una teoría general sobre el comportamiento de la sociedad moderna. Ambos principios, no cabalmente desarrollados, tienen vigencia en una sociedad pequeña y simple, pero resultan insuficientes para explicar el desenvolvimiento de una sociedad universal.

Ambos “fracasos” ponen de relieve el problema, abordado, pero no resuelto cabalmente para el campo de las ciencias sociales por la filosofía del siglo XVIII: el de la producción de conceptos teóricos universales en una sociedad compleja, en constante transformación y que aspira a la universalidad. El esfuerzo de Smith por partir de nociones de la experiencia práctica y convertirlas en conceptos teóricos se inscribe en la aspiración de la Ilustración de alcanzar una síntesis de conocimientos generales que no reposara en principios últimos inmutables inaccesibles a la experiencia humana.

Retrospectivamente encontramos que ambos tropiezos de Smith, primero en la *TSM* y luego en la *RN*, constituyen invaluable aportes, importantes problemas teóricos irresueltos, largamente desatendidos, que hoy se vuelve urgente retomar y completar. Si de suyo es relevante para la economía política el problema de cómo opera la ley del valor en la sociedad capitalista¹⁸, más aún lo es como parte integrante del proyecto general del autor: desarrollar por medio de una teoría de la jurisprudencia el fundamento de las instituciones políticas que permitieran concretar un proyecto civilizatorio.

Nos hacemos hoy la misma pregunta que abordó y no resolvió la Ilustración de hace dos siglos. ¿Son compatibles con el capitalismo las

promesas de la Revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad, democracia, progreso y justicia universales? Si se realizara la Democracia, las restantes vendrían de suyo. Entonces, ¿es compatible el capitalismo con la democracia? Y nuevamente en términos inspirados más directamente en Smith, ¿cómo convertir la simpatía particular en solidaridad universal no abstracta ni mítica? ¿Puede una sociedad de carácter universal planificar democráticamente su reproducción, su vida social, en definitiva, su historia próxima? ¿Cuál es la relación de la economía política con otros campos de las ciencias sociales, y especialmente con la filosofía?

Hoy, el Estado moderno reducido a Estado nacional es la negación de su propósito universal, la democracia no lo es, la civilización universal es solo abstractamente universal, la filosofía no ha logrado desprenderse de la metafísica¹⁹. La revolución burguesa tuvo dos caras: de un lado las luces, los derechos del hombre moderno, el progreso universal. Del otro la oscuridad, el saqueo del resto del mundo, la servidumbre, la explotación. Pero aun con todos sus espantos, instaló un progreso irreversible: sus promesas pasaron a formar parte del concepto irrenunciable de condición humana.

Si bien no fue el propósito de su autor, la *RN* marcó el nacimiento de la economía política como ciencia autónoma, encargada de develar las leyes del sistema económico. A partir de entonces la economía política se iría configurando como la ciencia de la sociedad civil, divorciada de la filosofía y del resto de las llamadas ciencias sociales. Aquel proceso de fragmentación permitió invaluable avances en la comprensión de la sociedad capitalista. Entre ellos, destacamos especialmente el desarrollo del concepto de la génesis del dinero de Carlos Marx, quien, partiendo de la ficción sociedad civil-Estado moderno, desarrolló la teoría de la mercancía de la sociedad civil hasta el punto de subvertirla y mostrar su agotamiento²⁰. Hoy, cuando la ficción de la sociedad civil resulta anacrónica y la fragmentación de la economía política en pos de la especialización alcanza límites insostenibles, encontramos inspiración en la obra de Smith para repensar –con la ventaja retrospectiva teórica e histórica de los siglos XIX, XX y XXI– los lazos de la economía política con otros campos de las ciencias sociales, y más relevante aún, su posible papel, en perspectiva programática, en la producción de una estrategia histórica de transformación social. Esta tarea avizora los prolegómenos de una nueva Ilustración.

Referencias Bibliográficas

- Fitzgibbons, A. (1995). *Adam Smith's system of liberty, wealth, and virtue: The moral and political foundations of "The wealth of nations"*. Oxford: Clarendon Press.
- Griswold, C. L. (1999). *Adam Smith and the virtues of enlightenment*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hobbes, T. (2004) [1651]. *Leviatán o La materia, forma y poder de un estado eclesiástico y civil*. Madrid: Alianza.
- Hume, D. (2011) [1739]. *A treatise of human nature* (First publ. in paperback). Oxford: Clarendon Press.
- Kant, I. (1985). *Filosofía de la historia* (1. ed., 4. reimpr). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Levín, P. (1997). *El capital tecnológico*. Buenos Aires: Catálogos.
- Levín, P. (2000). "Political economy at the close of its subject matter". *The Journal of Management and Economics*, 4(4), 1-28.
- Levín, P. (2003). "Ensayo sobre la Cataláctica". *Revista Nueva Economía*, 13(20), 1-21.
- Levín, P. (2010). "Esquema de la ciencia económica". *Revista de Economía Política de Buenos Aires*, 4(7 y 8), 247-289.
- Levín, P., Piqué, M. del P. & Cazenave, A. (2018). "Ensayo sobre el posible aporte de la economía política a la filosofía de la aspiración". *RInERS. Revista de Investigación en Economía y Responsabilidad Social*, 1(2), 19-34.
- Mandeville, B. de (1982) [1714]. *La fábula de las abejas o Los vicios privados hacen la prosperidad pública* (1. ed. en español). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Piqué, P. (2017). *La obra de Adam Smith en el estudio y en la enseñanza de la historia del pensamiento económico* [Tesis doctoral]. Universidad de Buenos Aires.
- Rodríguez Braun, C. (2013). Estudio preliminar. En Smith, A. *La teoría de los sentimientos morales* (pp. 7-35). Madrid: Alianza.
- Screpanti, E. & Zamagni, S. (2005). *An outline of the history of economic thought* (2nd ed. rev. and expanded). Oxford: Oxford University Press.
- Smith, A. (2004) [1776]. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Smith, A. (2013) [1759]. *La teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza.

¹ El Dr. Pablo Enrique Levín falleció habiendo sido ya presentado este artículo a los editores.

² Si a la sazón la filosofía moral iba a la zaga de la filosofía de la naturaleza, el esperado progreso en el conocimiento de las capacidades cognitivas del hombre, y más ampliamente en la "ciencia de la naturaleza humana", denominada así por David Hume, había de inaugurar una nueva época para todas las ciencias. En palabras del mismo Hume, "es imposible decir cuántos avances y mejoras podríamos realizar en esas ciencias si lográramos familiarizarnos por

completo con el alcance y la fuerza del entendimiento humano, y si pudiéramos explicar la naturaleza de las ideas que empleamos y de las operaciones que llevamos a cabo en nuestros razonamientos” (Hume, 2011: 4, trad. propia).

³ Como señala Griswold (1999: 44), Smith no incluye en la *TSM* una introducción en la cual se presente el propósito de la obra. Recién en la Parte VII el autor señala dos problemas que deben considerarse al abordar los principios de la moral: en qué consiste la virtud y mediante qué poder o facultad de la mente resulta recomendable dicho carácter (Smith, 2013: 459–460). Asimismo, en el Libro V de la *RN* Smith se refiere a la filosofía moral como la ciencia que investiga los principios generales que rigen la conducta de los individuos y permiten la vida social, del mismo modo que la filosofía natural hace lo propio con los fenómenos de la naturaleza (Smith, 2004: 678). En la cuarta edición de la *TSM* Smith añadió un subtítulo que luego quitó de las ediciones siguientes y que también explicaba el problema que abordaba (Rodríguez Braun, 2013: 13): *La teoría de los sentimientos morales, o un ensayo de análisis de los principios por los cuales los hombres juzgan naturalmente la conducta y personalidad, primero de su prójimo y después de sí mismos*.

⁴ Smith alude explícitamente a estos autores en la Parte VII de la *TSM*, en la cual realiza una reconstrucción de los progresos realizados en el campo de la filosofía moral hasta la publicación de su obra. Antes que Smith, otros autores de la Ilustración escocesa como Hutcheson y Hume también habían buscado rebatir aquella postura y mostrar que no era el egoísmo el principio que guía la conducta humana.

⁵ “La imaginación nos permite situarnos en su posición, concebir que padecemos los mismos tormentos, entrar por así decirlo en su cuerpo y llegar a ser en alguna medida una misma persona con él y formarnos así alguna idea de sus sensaciones e incluso sentir algo parecido, aunque con una intensidad menor” (Smith, 2013: 50).

⁶ “La naturaleza, cuando formó al ser humano para la sociedad, lo dotó con un deseo original de complacer a sus semejantes y una aversión original a ofenderlos. Le enseñó a sentir placer ante su consideración favorable y dolor ante su consideración desfavorable. Hizo que su aprobación le fuera sumamente halagadora y grata por sí misma, y su desaprobación muy humillante y ofensiva” (Smith, 2013: 230).

⁷ “Aprobamos o desaprobamos nuestra propia conducta si sentimos que, al ponernos en el lugar de otra persona y contemplarla, por así decirlo, con sus ojos y desde su perspectiva, podemos o no podemos asumir totalmente y simpatizar con los sentimientos y móviles que la influyeron” (Smith, 2013: 221).

⁸ “Solo por él conocemos nuestra verdadera pequeñez y la de lo que nos rodea, y las confusiones naturales del amor propio solo pueden ser corregidas por la mirada de este espectador imparcial” (Smith, 2013: 260). “El hábito y la experiencia nos han adiestrado para hacer esto de forma tan sencilla y pronta que apenas nos damos cuenta de que lo hacemos” (Smith, 2013: 258–259).

⁹ “Aunque los hombres tienen simpatía natural, sienten muy poco hacia alguien con quien no mantienen una conexión especial en comparación con lo que sienten hacia sí mismos; la miseria de alguien que sólo es un semejante resulta de importancia insignificante para ellos en comparación a una minúscula comodidad propia” (Smith, 2013: 183–184).

¹⁰ Smith había advertido que las personas que no logren simpatizar mutuamente pueden volverse recíprocamente intolerables (Smith, 2013: 69).

¹¹ “Aunque entre los distintos miembros de la sociedad no haya amor y afecto recíprocos, la sociedad, aunque menos feliz y grata, no necesariamente será disuelta. La sociedad de personas distintas puede subsistir, como la de comerciantes distintos, en razón de su utilidad, sin ningún amor o afecto mutuo; y aunque en ella ninguna persona debe favor alguno o está en deuda de gratitud con nadie, la sociedad podrá sostenerse a través de un intercambio mercenario de buenos oficios de acuerdo a una evaluación consensuada” (Smith, 2013: 182).

¹² “La sociedad puede mantenerse sin beneficencia, aunque no en la situación más confortable; pero si prevalece la injusticia, su destrucción será completa. [...] [La beneficencia] es el adorno que embellece el edificio, no la base que lo sostiene [...] La justicia, en cambio, es el pilar fundamental en el que se apoya todo el edificio. Si desaparece entonces el inmenso tejido de la sociedad humana [...] en un momento será pulverizada en átomos” (Smith, 2013: 183).

¹³ En el último párrafo de la *TSM* anuncia: “en otro estudio procuraré explicar los principios generales del derecho y el estado, y los grandes cambios que han experimentado a lo largo de

los diversos períodos y etapas de la sociedad, no sólo en lo relativo a la justicia sino en lo que atañe a la administración, las finanzas públicas, la defensa y todo lo que cae bajo el ámbito legislativo. Por consiguiente, no entraré ahora en ningún detalle ulterior acerca de la historia de la jurisprudencia” (Smith, 2013: 578).

¹⁴ “La Economía Política, considerada como uno de los ramos de la ciencia del legislador o estadista, se propone dos objetos distintos: el primero, suministrar al pueblo un abundante ingreso o subsistencia o, hablando con más propiedad, habilitar a sus individuos y ponerles en condiciones de lograr por sí mismos ambas cosas; el segundo, proveer al Estado o República de rentas suficientes para los servicios públicos. Procura realizar, pues, ambos fines, o sea enriquecer al soberano y al pueblo” (Smith, 2004: 377).

¹⁵ “La gran multiplicación de producciones en todas las artes, originadas en la división del trabajo, da lugar, en una sociedad bien gobernada, a esa opulencia universal que se derrama hasta las clases inferiores del pueblo” (Smith, 2004: 14).

¹⁶ El gran progreso de los primeros pensadores modernos que tratan los fenómenos económicos había sido precisamente despojar la pregunta sobre el movimiento de los precios de la justicia conmutativa teológica (Screpanti & Zamagni, 2005: 31–32). El costo de ese progreso fue el abandono del concepto de valor.

¹⁷ En el capítulo VI del Libro I de la *RN* Smith adopta los costos de producción como fundamento de los precios.

¹⁸ Desarrollamos este problema en Levín (1997) y (2010).

¹⁹ Estas afirmaciones constituyen problemas de investigación que exceden a este trabajo, en los que estamos incursionando y que esperamos retomar en trabajos futuros.

²⁰ Ver Levín (1997) y (2010).

Acerca de la posibilidad y de la viabilidad de la civilización capitalista.

Adam Smith y Henri Bergson

Pilar Piqué*

Universidad de Buenos Aires
pilarpique@gmail.com

Revista Cultura Económica

Año XXXIX • N°101

Junio 2021: 67-84

<https://doi.org/10.46553/cecon.39.101.2021.p67-84>

Resumen: El trabajo compara el lugar que ocupa la pregunta sobre la posibilidad y la viabilidad de la civilización capitalista en los proyectos filosóficos de Adam Smith y de Henri Bergson. Se reconstruye cómo, y hasta qué punto, estos dos autores conciben el tránsito entre sociedades humanas particulares y una sociedad humana de alcance mundial mediada por la relación mercantil; qué esperanzas y peligros consideran que se ciernen en aquel proceso, y si examinan (o no) necesario y pertinente integrar a sus respectivos proyectos filosóficos la pregunta acerca de las condiciones y circunstancias históricas que pueden hacer posible la realización de las promesas de la modernidad.

Palabras clave: Adam Smith; Henri Bergson; Historia del pensamiento económico; Filosofía; Civilización capitalista

On the possibility and viability of capitalist civilization. Adam Smith and Henri Bergson

Abstract: *This paper compares the place occupied by the question of the possibility and viability of capitalist civilization in the philosophical projects of Adam Smith and Henri Bergson. It is reconstructed how, and to what extent, these two authors conceive the transition between particular human societies and a worldwide human society of world mediated by the commercial relationship; what hopes and dangers do they consider to be looming in that process, and if they examine (or not) necessary and pertinent to integrate into their respective philosophical projects the question about the historical conditions and circumstances that can make the realization of the promises of modernity possible.*

Keywords: Adam Smith; Henri Bergson; History of economic thought; Philosophy; Capitalist civilization

I. Introducción

La pregunta sobre la posibilidad y la viabilidad de la civilización capitalista no figura en el nombre del título de ninguno de los libros compuestos por Adam Smith, ni de aquellos escritos por Henri Bergson. Tampoco aparece formulada con estas mismas palabras en ninguna de las páginas por estos redactadas. Sin embargo, la prefiguración de esa pregunta, y el consecuente bosquejo de una respuesta, despunta en el desarrollo conceptual de ambos pensadores, de maneras bien distintas. El presente trabajo se propone reflexionar sobre tales diferencias.

Es necesario precisar aquí el significado que en este escrito se le imprime al término principal de tal pregunta. Se entiende por civilización capitalista a aquel arreglo social que resultaría de la plena realización de las promesas de la modernidad delineadas y anunciadas con fervor por los autores de la ilustración del siglo XVIII: una cultura humana universal y universalmente libre, igual, fraterna y próspera, basada en el intercambio generalizado de mercancías y en la plena vigencia de las leyes formuladas en instituciones políticas democráticas.

Adam Smith y Henri Bergson trabajan indudablemente en distintas instancias históricas del desarrollo de este concepto. La carrera intelectual del primero está preñada de la esperanza, la ansiedad y el temor propios de una situación de transición histórica, de parición de un mundo históricamente novedoso. La civilización capitalista es allí la promesa por cumplir, el rostro del mundo por venir (Levín, 1999). La empresa de investigación del segundo también está grávida de sensaciones y sentimientos específicos de una época histórica de transición, pero de una que engendra guerras industriales mundiales y que está presta a firmarle a la civilización capitalista su acta de defunción (Skidelsky, 2011).

Cada uno de estos dos autores apuesta a la indagación filosófica como medio o como vía para elaborar las grandes preguntas de su época. Pero he aquí que la filosofía, como institución también históricamente específica, es y no es la misma en una época y en otra. En la época de Smith, la filosofía es inseparable del proyecto de civilización capitalista. Es decir, la filosofía (que por entonces incluye dentro de sí a todo el campo de las ciencias) es la institución encargada de conformar una imagen proyectada de tal civilización, y de las maneras y los medios para alcanzarla. En los tiempos históricos de Bergson, la filosofía está sumida en un proceso de fragmentación que prácticamente le impide formular su objeto de una

manera determinada, y por el cual se suceden encarnizadas disputas doctrinarias (v. gr. Schnädelbach, 1991; Beiser, 2014). Ya no es la madre de las ciencias, sino que se declara distinta (y muchas veces distante) de estas; ya no es la gestora de la ilusión de las promesas de la modernidad, sino que las observa crepitar con halos de resignación y de sospecha (García Morente, 1972).

El presente trabajo indaga sobre el lugar que ocupa en las empresas intelectuales de Smith y de Bergson, respectivamente, la pregunta sobre la posibilidad y la viabilidad de la civilización capitalista. En el caso de Smith, se tratan las únicas dos obras que publicara en vida: *La teoría de los sentimientos morales* (1759) y *La riqueza de las naciones* (1776)¹. Respecto a Bergson, se pone el acento en una de las últimas obras por él producidas: *Las dos fuentes de la moral y de la religión* (1932). Específicamente, se explora cómo, y hasta qué punto, estos dos autores conciben el tránsito entre sociedades humanas particulares y una sociedad humana de alcance mundial mediada por la relación mercantil; qué esperanzas y peligros consideran que se ciernen en aquel proceso, y si examinan (o no) necesario y pertinente integrar a sus respectivos proyectos filosóficos la pregunta acerca de las condiciones y circunstancias históricas que pueden hacer posible la realización de las promesas de la modernidad.

Habida cuenta de la complejidad del tema tratado, no se espera aquí agotarlo, sino hacer una presentación provisoria lo más exhaustiva y rigurosa posible para quien lo escribe. Se espera que esta pueda profundizarse y fructificarse en futuros trabajos de investigación. Se realizarán comentarios adicionales al respecto en las páginas finales.

II. Sociedad pequeña y sociedad comercial en la obra de Adam Smith

Adam Smith forma parte de un linaje de pensadores que sienten el profundo convencimiento de la necesidad de transformar el objeto de la filosofía recibida, de realizar aquel “golpe de timón” que le permitiera estar a la altura de las exigencias intelectuales y políticas de su época. Si el lema emblema de la ilustración, formulado por Kant en los tiempos de Adam Smith, es atreverse a saber, y, por ende, liberar al pensamiento de toda tutela externa, la filosofía no podía estar a merced de elementos que estuvieran fuera del alcance de la razón (las célebres sustancias, causas o fuerzas últimas metafísicas que cumplieron un rol estelar en los sistemas

filosóficos del siglo XVII). La principal protagonista y hacedora de la indagación filosófica debía ser la experiencia humana (Solomon, 1983).

Adam Smith no escribe voluminosos tratados dedicados a la gnoseología (solo pueden leerse algunas reflexiones smithianas sobre este campo en ensayos compuestos en sus primeros años de carrera, que se compilaron de manera póstuma bajo el título de *Essays on philosophical subjects* (v. gr. Smith, C., 2016). Las dos obras a las que consagra su vida, *La teoría de los sentimientos morales* y *La riqueza de las naciones*, versan sobre otro subcapítulo de la indagación filosófica: la filosofía moral, en la cual germinarían los campos de la teoría de los sentimientos morales, la teoría de la virtud y la jurisprudencia y, como rama de esta última, la naciente economía política². En todos esos campos, no sin tropiezos, apuesta a mediar a la razón con la experiencia común, a construir sistemas provisorios de pensamiento articulado partiendo de y elaborando nociones de la experiencia ordinaria.

En su primera obra, Smith se encomienda a desarrollar una teoría sobre el proceso por el que los sentimientos devienen morales. Es decir, cuál es el mecanismo por el que una persona individual logra sentir, y, con ello, juzgar y actuar guiada no por su puro y unilateral interés propio, sino por el criterio de la sociedad a la que pertenece y con el que se identifica. Cabe indicar aquí que Smith imagina una sociedad de personas individuales libres, donde ninguna voluntad individual o colectiva, como tampoco ningún sujeto extrasocial, puede fijar o imponer un determinado sentimiento o juicio moral: las personas individuales, procura argumentar Smith, forman sus sentimientos y juicios morales como resultado de las interacciones sociales que llevan adelante en su vida ordinaria. Quien apueste a filosofar debe tejer los hilos necesarios para explicar ese proceso como un todo; el individuo moral corriente no necesita realizar esta tarea para desenvolverse en su cotidianeidad (Griswold Jr., 1999; Haakonssen, 2002).

Que sus miembros sean individuos libres no es la única condición o característica que le atribuye Smith al tipo de sociedad en la que se originan y cultivan los sentimientos morales. El autor se figura asimismo un tipo de sociedad cuya fisonomía, estructura y extensión están al alcance de la percepción y del entendimiento de cada una de las personas singulares que la componen, como puede ser el caso de una familia moderna, un grupo social reducido de parientes, amigos o conocidos próximos, o un pequeño vecindario (v. gr. Smith, 2002: 402-404). En arreglos sociales de esas

características, arguye Smith, prima y aflora en los individuos una disposición natural a interesarse por la suerte de los demás, para la que el autor emplea el nombre de simpatía. La simpatía, título del primer capítulo de *La teoría de los sentimientos morales* y concepto estelar de esa obra, es invocada por Smith para argumentar que el ser humano no es un sujeto movido exclusivamente por su propio interés individual y se constituye en una pieza clave para explicar la vida moral en grupos sociales de las características ya descriptas.

El argumento que desarrolla Smith es tan simple como explicativamente poderoso. El individuo que este retrata está naturalmente dispuesto a interesarse por los otros; tiende a alegrarse con sus alegrías, a entristecerse con sus tristezas, a acompañar sus enojos, sus desencantos, sus risas. Tal compañía en el sentimiento se realiza por medio de su imaginación. Es decir, el individuo solo puede ponerse en lugar del otro imaginándose en la situación que este atraviesa, y simpatizar solamente si logra identificarse con los sentimientos y acciones que en el otro se suscitan. Simpatizar es un sentimiento que agrada al individuo, así como también a este le es agradable obtener de otros simpatía (v. gr. Smith, 2002: 47-62).

Esa capacidad de imaginarse en el lugar de otro y de simpatizar está mediada por la pertenencia a su grupo social. Es allí donde el individuo elabora sus nociones sobre lo correcto y lo incorrecto, lo propio y lo impropio, lo meritorio y lo no meritorio, lo justo y lo injusto. Lo hace, eminentemente, observando en su vida cotidiana y desde su más temprana infancia, los sentimientos, los juicios y las acciones de los otros (v. gr. Smith, 2002: 228). De allí que pueda progresivamente conformar con su imaginación a un espectador distinto de él mismo, quien lo guiará en la toma de sus decisiones respecto al juicio y a la acción. No juzgará entonces sus sentimientos y comportamientos y los de los otros imaginándose cómo se sentiría o actuaría él, como individuo aislado. Lo hará imaginándose cómo lo haría aquel espectador distinto, recto e imparcial, el cual sintetiza de manera aproximada el juicio moral de la sociedad en la que se formó y a la que pertenece.

El desarrollo de la etiología individual y social de la noción de simpatía por parte de Smith lo conduce a vislumbrar una tensión inherente en esta: la simpatía es aquella inclinación que hace que el individuo se interese por la suerte de otros, pero esos “otros” son aquellos miembros del mismo grupo social de pertenencia. El individuo experimentará dificultades para simpatizar o bien se verá completamente imposibilitado de hacerlo con

individuos que se hayan desarrollado dentro de otro grupo social (Forman-Barzilai, 2009). Aquí parece resonar el célebre adagio popularmente atribuido a Hobbes, en su usualmente desconocida versión completa (creada por el comediógrafo Plauto): *Lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit* [Lobo es el hombre para el hombre, y no hombre, cuando desconoce quién es el otro]. Esta tensión aparece desde las primeras páginas de *La teoría de los sentimientos morales* (v. gr. Smith, 2002: 70).

Smith es un agudo observador de la naciente “sociedad comercial”³. En sus primeros pasos como filósofo moral en *La teoría de los sentimientos morales*, reconoce a dicha sociedad como una donde se funden sociedades humanas particulares distintas, y donde el amor y el afecto recíprocos no guían la novedosa relación social que en esta florece: el comercio o intercambio de mercancías (v. gr. Smith, 2002: 185-186). Esto supone un desafío para su teoría de los sentimientos morales y más en general, para su proyecto de filosofía moral. ¿Cómo florece una sociedad de personas libres y distintas que no sienten ningún amor o afecto mutuo? ¿Acaso en una sociedad de esas características los individuos, movidos por su simpatía, se inclinan a defender a (e identificarse con) sus respectivos grupos sociales y rechazar a otros conjuntos sociales distintos? ¿No significa esto una amenaza y un peligro para la preservación del orden y la armonía de esa novedosa configuración social que Smith observaba y procuraba comprender?

Se interpreta aquí que, de preguntas próximas a las bosquejadas, Smith se dirigiera a trabajar en otros subcampos conexos de la filosofía moral (amén del dedicado a desarrollar una teoría sobre la aprobación de la conducta moral, en donde se inscribe el desarrollo del concepto de simpatía): la jurisprudencia, entendida como aquella encargada de formular “una teoría de los principios generales que deberían permear y ser el fundamento del derecho de todas las naciones” (Smith, 2002: 594)⁴; y la teoría de la virtud, entendida como el estudio del conjunto de reglas éticas sobre las que podría apoyarse un “sistema práctico de moralidad” de la sociedad moderna civilizada (v. gr. Shinohara, 1992)⁵.

Smith deja escrito en la Advertencia a la edición de 1790 de *La teoría de los sentimientos morales* que sus avances (inconclusos) en el terreno de la jurisprudencia fueron por él plasmados en *La riqueza de las naciones*, específicamente al fundamento de las leyes sobre la policía, los ingresos y las armas (*police, revenue and arms*)⁶ en la sociedad comercial y sobre sus transformaciones a lo largo de distintas épocas históricas. En esa misma

Advertencia, anuncia la inclusión de una nueva parte dedicada al estudio del carácter de la virtud (Parte VI) y de un nuevo capítulo (añadido a la Parte I) sobre la corrupción de los sentimientos morales. ¿Qué fuentes conceptuales para el desarrollo de estos campos halla en segunda obra (*La riqueza de las naciones*), a la que le dedicara más de una década de trabajo para su composición?

El contenido de *La riqueza de las naciones* corresponde, según Smith, a una rama de la jurisprudencia o de la ciencia del legislador, que a partir de su obra comenzaría definitivamente a reconocerse como una ciencia que adquiriría autonomía teórica: la economía política (Smith, 2006: 377). Para Smith, la protagonista excluyente de tal campo es la sociedad comercial, aquella que mancomuna a todos aquellos que comercien o intercambien mercancías (v. gr. Smith, 2006: 15).

El despliegue de la relación comercial es para Smith condición *sine qua non* para la opulencia y el progreso sociales en su presente histórico. Pero el autor no interpreta que tal misión esté libre de peligros o de amenazas para el orden y la cohesión de tal sociedad universal. Lidar con esta tensión constituye el nervio vivo de su empresa en la economía política y empapa toda su investigación en el campo de la filosofía moral (Levín, 1999).

La riqueza de las naciones no contiene una colección de máximas indubitables o de recetas infalibles tal que, si se aplicasen, conducirían a una sociedad comercial “bien gobernada” (Smith, 2006: 14). Tampoco reside en ella un concepto maduro y plenamente coherente para una teoría general de los precios, el dinero y el capital, ni para una teoría general del derecho moderno (v. gr. Piqué, 2017). Pero sí alberga un conjunto de finas y penetrantes observaciones que abreviarían en los rudimentos de la economía política y la filosofía del derecho modernas. Y quizás más importante aún, aunque concomitante a lo anterior, sí deja planteada una pregunta que todavía hoy resuena: ¿es compatible el desarrollo de la sociedad comercial con la civilización moderna? (Levín & Cazenave, 2017). Su respuesta comienza indudablemente con un sí, pero con la precaución y la convicción de que la sociedad comercial no se sostiene solamente a base de la extensión del comercio, sino en una trama de instituciones jurídicas, políticas, educativas en donde la relación comercial pueda explotar al máximo su potencial y al mínimo sus defectos (Fitzgibbons, 2003). Según Smith, las instituciones jurídicas y políticas deben contener los “abusos” en el mercado por parte de comerciantes, capitalistas, corporaciones comerciales o

monopolios o bien de políticos que quieran favorecer una determinada rama de los negocios, así las “extralimitaciones” de las autoridades judiciales en la impartición de la justicia (v. gr. Smith, 2006: 240-241; 613; 639). Las instituciones educativas, por su parte, deben formar ciudadanos que estén en condiciones de cultivar la virtud, y que sean capaces de contrarrestar los efectos nocivos que ciertas ocupaciones derivadas del desarrollo del comercio pueden tener sobre el cultivo de su simpatía y su pensamiento (Smith, 2006: 671-693). Se interpreta aquí que, producto de lo anterior, en la última edición de *La teoría de los sentimientos morales*, Smith, en la Parte VI y en agregados a la Parte VI, se dedicara asimismo a revisar la teoría clásica de la virtud, surgida y desenvuelta en el marco de las civilizaciones comerciales antiguas como la griega y la romana, a la luz de los caracteres novedosos que a su juicio el pleno despliegue del comercio introducía en la fisonomía de la nueva sociedad (v. gr. Hanley, 2009; Piqué, 2019).

La respuesta a la pregunta sobre la posibilidad y la viabilidad de una sociedad comercial civilizada no queda “saldada” ni en la obra de Smith ni en la de ninguno de los autores de la Ilustración del XVIII. Con el desarrollo del capitalismo industrial a lo largo del siglo XIX, dicha pregunta no podría ser ya formulada ni respondida de la misma manera. Esta condición se constituye en uno de los parteaguas que se explora en este trabajo para dividir a la filosofía de la Ilustración de la que se gestaría en la segunda mitad del siglo XIX. Sin desmerecer la complejidad del problema a ser abordado, el trabajo procura distinguir dimensiones conceptualmente relevantes de esta escisión a partir de la reconstrucción de dicha pregunta y de su respuesta en la obra de uno de los exponentes de la filosofía en la transición del siglo XIX al XX: Henri Bergson.

III. Sociedad cerrada y sociedad abierta en la obra de Henri Bergson

Henri Bergson comienza su extensa carrera filosófica un siglo después de que Smith culminara la suya⁷. Si del segundo autor se dijera ya que formó parte de una generación de investigadores que, en las vísperas del capitalismo industrial, procuraron poner en acto la consigna kantiana sobre la Ilustración y, con ello, de concebir por medio de la filosofía (conjugada con la ciencia) las bases de una civilización universal moderna por constituir; del primero cabe, en principio, una caracterización distinta. Bergson escribe en el marco de una larga agonía de aquel concepto ilustrado de filosofía, iniciada con el desenvolvimiento del capitalismo industrial en la

primera mitad del siglo XIX y profundizada en la segunda mitad de ese siglo y en las primeras décadas del siguiente, con la gestación y concreción histórica de guerras industriales mundiales. La civilización capitalista que soñó la Ilustración del XVIII colisionó con el desarrollo del capitalismo (Levín, 1997; Horkheimer & Adorno, 2002). Los peligros y las amenazas resultantes de la expansión del comercio que vislumbró Smith se acentuaron espectacularmente, como así también lo hicieron los progresos científicos y tecnológicos de la mano de un vertiginoso proceso de acumulación del capital. Desdeñada por las ciencias particulares, que progresaron profesionalizándose y especializándose cada una de manera independiente y desentendiéndose del resultado de conjunto de sus interacciones, la filosofía, también progresivamente profesionalizada y especializada, se astilló en pedazos correspondientes a fragmentos de campos conceptuales otrora en permanentes vías de integración, así como de nuevos campos descubiertos por el avance científico (Schnädelbach, 1991).

No cabe entonces imaginarse a Bergson como un filósofo ilustrado, à la Smith o à la Kant, que contemple a la gnoseología (o lógica), a la ética (o filosofía moral) y a la estética como las ramas naturales a las que se consagra la filosofía en conjunción a la ciencia, pugnando por compaginar en una totalidad conceptual concreta a la razón con la experiencia (García Morente, 1972). Bergson entiende que dichos campos, y otros, fueron colonizados, conquistados y transformados por las “ciencias positivas”, y estima entonces que corresponde a la filosofía penetrar en aquellos rincones de la experiencia inaccesibles a estas (Durant, 1994). Solo puede hacerlo empuñando otras armas (o valiéndose de otros métodos) distintas de las de las ciencias. Para ello, la intuición acude a la cita, aunque tampoco ya en la acepción de la ciencia y la filosofía ilustradas. La intuición no refiere a la experiencia práctica inmediata, en los tiempos de Bergson celosamente analizada por las nacientes fisiología, psicología y disciplinas conexas. La intuición es para Bergson la vía para tomar contacto con la evolución creadora de la vida. Esta es irreversible e inefable y, por ende, Bergson procura argumentar que no puede ser captada por las ciencias (que se ocupan de captar momentos de lo materialmente existente). Ni siquiera por aquella ciencia a la sazón rutilante que tiene a la vida como objeto: la biología. Ni tampoco por aquella otra ciencia en aquel tiempo pronta a ocasionar una revolución intelectual, que tiene como una de sus principales incumbencias al tiempo: la física⁸. La filosofía para Bergson no se ocupa de entender a la vida como un mecanismo o como el desarrollo de una finalidad preestablecida. En cualquier caso, eso es tarea de las ciencias que,

con fines prácticos, ponen en acto la inteligencia humana (la cual, como el instinto, es una creación de la vida y está al servicio de esta). La ciencia opera sobre lo que se figura que ha de repetirse y progresa en el desarrollo de las técnicas; la filosofía se ocupa de representarse lo irreductible y lo irrepetible de la vida (en los términos de Bergson, la duración pura), de hacer coincidir la conciencia humana con el esfuerzo creador, con el *élan vital* del que emana ella misma (Bergson, 1963: 463).

Las dos fuentes de la moral y de la religión, escrita por Bergson quince años después de publicada su obra más célebre⁹, no es un texto que quepa en el género de la filosofía moral tal como la entendían Smith y los filósofos del siglo XVIII por los motivos que se han estado exponiendo aquí. En el XVIII, la filosofía moral pugnaba por obtener el crédito ganado por la filosofía natural con la formulación de la ley de gravitación universal por parte de Isaac Newton: para ello apostaba a dar una explicación de los “principios de la naturaleza humana” que guían el comportamiento moral, así como de los posibles arreglos institucionales que posibilitasen la cohesión social no solamente de grupos reducidos sino de la primera sociedad de alcance mundial.

Bergson se forma en historia de la filosofía moral, incluso brinda clases sobre esta materia en el Lycée Henry-IV a finales del siglo XIX, donde ya por entonces reniega de las distintas tradiciones forjadas en el período ilustrado (sentimentalismo, utilitarismo, intelectualismo, etc.)¹⁰. También toma contacto y discute con investigaciones en los campos de las nacientes antropología y sociología, como Émile Durkheim y Lucien Lévy-Bruhl, pero, y a diferencia de Smith, no parece haber rastros de que se haya adentrado en el campo de la economía política. La misión de Bergson en *Las dos fuentes de la moral y de la religión* no es ofrecer una explicación “científica” de la moral y la religión apelando a presuntos principios intrínsecos al ser humano. Su intención es comprenderlas como partes del devenir creador de la vida.

Ya en *La evolución creadora* Bergson había procurado retratar las características salientes del desarrollo de la especie humana en el proceso evolutivo. El impulso vital, según Bergson, dio nacimiento a los reinos vegetal y animal, y produjo, como parte de este último, a los artrópodos y vertebrados (Bergson, 1963: 550). Los primeros progresaron por el desarrollo del instinto; los segundos, por la inteligencia. Dentro de los vertebrados, la especie humana fue la que llevó más lejos el avance de la inteligencia y, con ella, de la libertad. La inteligencia humana satisface

necesidades y crea a la vez nuevas. Si bien la inteligencia no capta la totalidad del impulso vital por ser un engendro de ella, sin ella, no habría sido posible la intuición y, por ende, la conciencia de tal impulso (Gallagher, 1970: 46-52).

La vida, en su marcha creadora, dio origen a esta especie, la humana, que en su progreso se tornó capaz de realizar actos morales y religiosos. La intención de Bergson es indagar sobre las fuentes de la moral y de la religión propias de este trasfondo evolutivo creativo. De allí que, según el autor, tanto la moralidad como la religión no pueden comprenderse sin asimilar cómo prosperan, en los comportamientos morales y religiosos, el instinto, la inteligencia y la intuición.

En *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, en pos de procurar su objetivo, Bergson distingue dos tipos de moral: la moral cerrada y la moral abierta. A la primera le corresponde una religión estática; a la segunda, una dinámica. La primera es propia de sociedades cerradas, exclusivas y excluyentes, y posibilita su preservación y cohesión. Esta moral se funda en lo que Bergson denomina “el todo de la obligación” (Bergson, 1962: 49-58), en el conjunto de hábitos sociales que están internalizados en la conciencia de cada uno de los individuos de un grupo social como obligaciones que deben cumplirse: de hecho, cada uno de los individuos del grupo social las cumple sin reflexionar sobre ellas¹¹. Estos comportamientos impersonales semejan, *mutatis mutandis*, a los que tienen los integrantes de sociedades de insectos, como el lazo que une a las abejas de una colmena o a una colonia de hormigas. La moral estática logra que la sociedad humana, por más de que no sea instintiva como la de hormigas o de abejas, y que haya desarrollado la inteligencia y la libertad, pueda preservarse biológicamente. La moral cerrada, según Bergson, activa entonces una suerte de instinto virtual y es por ello infrarracional. Esto no significa que la inteligencia no medie en el cumplimiento de las obligaciones del individuo: denota que la fuente de la totalidad de la obligación no es racional, sino que es impuesta por la sociedad. Las religiones particularistas, creadoras de mitos, son vistas por Bergson como propias de este tipo de moral (Gallagher, 1970).

Las características distintivas de la especie humana, que afloran en su progreso vital, hacen que esta sea capaz de producir una moral distinta a la moral cerrada: la moral abierta o moral de la aspiración. Si la moral de la obligación era propia de grupos sociales cerrados, impersonal, infrarracional y garante de su preservación social, la moral de la aspiración atañe a la humanidad, es personal y superracional, pues pone en acto la

emoción y la intuición humanas y, con ellas, el *élan vital*: no apunta a la conservación sino al progreso y la creación. Tal moral está encarnada en grandes personajes individuales, que Bergson llama héroes o místicos, quienes con su ejemplo infunden en otros individuos la aspiración a salir del círculo determinado por la moral cerrada y sentir una emoción de amor que abarca a toda la humanidad. Bergson juzga como uno de los grandes hitos del desarrollo de la moral abierta al cristianismo, que, en sus términos, es una religión dinámica, que predica el amor no por un grupo social sino por la humanidad, y una justicia presidida por la igualdad de derechos¹², la cual luego se convertiría en pieza clave de las instituciones democráticas de la modernidad.

¿Qué lugar ocupa la sociedad capitalista en el desarrollo histórico y evolutivo de la moralidad y la religión? ¿Es posible y es viable que en dicha sociedad se realicen las promesas de la modernidad? Estas preguntas no aparecen formuladas de este modo en Bergson, quien ni siquiera emplea el término capitalismo en *Las dos fuentes de la moral y de la religión*. Pero sí es posible reconstruir su interpretación sobre el grado de desarrollo moral alcanzado por la sociedad humana y los peligros que esta enfrenta en la época en que escribe su libro, lo que indirectamente conducirá a retrabajar las preguntas planteadas.

Una manera de recrear la interpretación de Bergson es indagando si el autor considera posible que la moral cerrada quede atrás y que impere la moral abierta presidida por el impulso creador y el amor general a la humanidad. Para ello, es necesario indicar aquí que Bergson interpreta que los dos tipos de moral no se hallan de manera pura en la historia de la especie humana, sino que se entremezclan e interpenetran (Bergson, 1963: 83)¹³. Los cambios llevados adelante por la moral de la aspiración son asimilados por la moral cerrada: esta última se transforma por el influjo de la moral de la aspiración, pero vuelve a cerrarse para garantizar la cohesión. El autor entonces no interpreta que el paso de una moral cerrada a una abierta sea una mera expansión, sino un salto, en tanto son dos estructuras de distinta naturaleza (Bergson, 1963: 101-102). Tampoco piensa que la moral abierta pueda retratarse ex ante como una finalidad a alcanzar sino como una en constante creación.

A juzgar por sus fuentes en el devenir creador de la vida, según Bergson, la moral cerrada primó en el desarrollo de la especie humana, y, con ella, también prevaleció la guerra. El desarrollo de la inteligencia condujo a la progresiva creación de instrumentos y a la disputa entre grupos

sociales (o la unión transitoria de algunos grupos en contra de otros) por su apropiación. A esas sociedades primigenias correspondieron arreglos políticos de tipo oligárquicos o monárquicos (Vassallo, 1945).

A juzgar de Bergson, en la sociedad contemporánea, que ha abandonado su carácter puramente agrícola y ha desarrollado la industria, esas disputas persisten y se profundizan: quizás el rostro más claro de ese proceso para este autor fuera la guerra industrial entre naciones (la Primera Guerra Mundial) cuyos exterminios generaron un horror en una escala jamás imaginada. Pero también Bergson considera que el progreso de la industria, y con ella de la tecnología, ha posibilitado la unificación de los seres humanos en una sociedad y ha hecho aflorar los ideales de la democracia. La democracia es captada por Bergson como aquel cuerpo institucional que, al menos como promesa, procura trascender los lindes de la sociedad cerrada, pero también como uno que no puede ser definido porque está sujeto a transformaciones que no pueden saberse antes de realizadas.

La tendencia a futuras guerras no parece, según Bergson, difuminarse, por más que surjan instituciones internacionales destinadas a evitarlas (como la Sociedad de las Naciones, en la que el propio autor participara como presidente de la Comisión de Cooperación Intelectual) (Bergson, 1963: 277-278). La ilusión de que el desarrollo de la industria brindaría prosperidad a toda la humanidad queda bajo evidente sospecha. No significa esto para Bergson que crea implícito un destino fatal para la humanidad, la cual para este autor está permanentemente creando y transformándose (Bergson, 1963: 288). El futuro de la humanidad es indeterminado, dice Bergson, porque, aunque ella misma no se dé lo suficientemente cuenta, está en sus manos y es obra suya (Bergson, 1963: 287-288; 303). La empresa bergsoniana, que no puede ni pretende bosquejar ningún fundamento para un programa de reforma o de creación institucional en el que se concrete una sociedad civilizada, atraería en las décadas de 1920 y 1930 a corrientes de cuño particularista que cimentarían sus discursos sobre la base del rechazo a las creaciones y promesas de la modernidad, como la ciencia y la democracia (v. gr. Schnädelbach, 1991; Skidelsky, 2011).

IV. Adam Smith vis a vis Henri Bergson

El lugar que ocupa la pregunta sobre la posibilidad y la viabilidad de la civilización capitalista en los proyectos filosóficos de Adam Smith y de Henri

Bergson no fue representado hasta aquí como el contrapunto de dos simples “puntos de vista” o posiciones cerradas. Pues tanto Adam Smith como Henri Bergson son filósofos que se esfuerzan por exponer exhaustivamente sus respectivas perspectivas hasta (estar al borde de) transfigurarlas. Procuran hacerlo con los medios intelectuales que les ofrecen sus respectivas épocas, en los cuales se forman y contribuyen a transformar.

En Smith, el afán por desarrollar una teoría de los sentimientos morales que pueda dar una explicación laica y no metafísica acerca de los principios que guían el comportamiento moral en sociedades de individuos libres debe ser revisada por el propio autor para explicar el caso de una sociedad de personas libres y a la vez recíprocamente indiferentes (la sociedad comercial o mercantil) en la se albergan enormes potencialidades para el progreso social así como notables amenazas para su cohesión y viabilidad. Su programa filosófico no se limita solamente a ofrecer una explicación articulada y coherente del funcionamiento de la sociedad mercantil, sino a encontrar en tal explicación fuentes para concebir un conjunto articulado de instituciones que le posibiliten devenir en una sociedad universalmente civilizada. En esa empresa se conexionan sus investigaciones sobre ética, jurisprudencia y economía política. La economía política cobra en su proyecto un papel notablemente importante (a tal punto que posteriormente se asociará la obra de Smith a su nacimiento como ciencia y se reconocerá mayormente al autor como un “economista”) en tanto comprender los resortes de esa novísima configuración social se convierte en una misión fundamental para dilucidar los fundamentos de una legislación en la que se asiente una sociedad comercial “bien gobernada”. Si junto con varias generaciones de filósofos ilustrados, Smith colabora en la delineación de las grandes promesas de la modernidad y de las maneras y los medios para realizarlas, la vida de todos ellos se extingue con la esperanza y la ansiedad de la llegada de una nueva época cuya forma históricamente madura no alcanzan siquiera a vislumbrar.

Bergson no puede ni quiere ser un filósofo del XVIII. Por eso, contrastarlo con Smith requiere captar diferencias entre conceptos homófonamente semejantes pero procedentes de medios filosóficos distintos, e interpretar el papel de la filosofía en ambas fases de su devenir histórico. La intención de Bergson es, por medio de la filosofía, abarcar campos de la experiencia que, si bien se volvían cada vez más reconocibles gracias al progreso de las ciencias especializadas, no podían ser plenamente captados por estas.

El avance de las ciencias “positivas”, especialmente el desarrollo de la teoría de la evolución, obliga a la filosofía, a juicio de Bergson, a resignificar todos los aspectos de la vida humana: sus capacidades de intuición y de inteligencia, su vida anímica consciente e inconsciente, moral y religiosa, su relación con otras especies, su lugar como especie en la evolución de la vida. La filosofía, ya entonces escindida de las ciencias, se ocupa del devenir (y deja librado a las ciencias captar los mecanismos y las finalidades) y se ocupa de intuir la evolución creadora los progresos que como parte de esta realiza la especie humana gracias al avance de su inteligencia: su despliegue de libertad y el desarrollo de su capacidad de intuición. Estas le permiten trasponer el círculo cerrado (o moral cerrada) que crea la evolución para que la especie humana se preserve y reproduzca biológicamente como otras sociedades de insectos y animales. Bergson interpreta que el desarrollo de la industria (otra criatura de la inteligencia), y con ella, de la sociedad industrial, coincide con el movimiento creativo de la moral abierta y con la proliferación de sus ideales de amor a la humanidad. Pero también convive en esa sociedad la tendencia a la exacerbación de comportamientos de la moral cerrada, de guerras de naciones no ya de pequeña sino de gigantesca escala. Bergson considera que del contacto intuitivo con el *élan vital* se desprende que el destino de la humanidad no está a cargo sino de ella misma. No piensa en un destino predeterminado sino uno en permanente creación. De allí que no haya rastros en su obra de las maneras o las vías por las cuales la humanidad como un todo tomaría, de manera consciente, las riendas de su destino.

V. Comentarios finales

No existen prácticamente registros de trabajos académicos anteriores que se hayan ocupado de ensayar una comparación de las empresas filosóficas de Adam Smith y de Henri Bergson. Esto le agrega una dosis adicional de cautela y de provisionalidad al tema escogido y a los resultados preliminares obtenidos.

Cabría pensar que la vertiginosa transformación del capitalismo y de sus instituciones históricas en el transcurso del siglo que va desde el último trabajo de Smith al primero de Bergson tornan seriamente dificultosa a cualquier tipo de comparación de sus respectivas obras. Ni el capitalismo, ni la empresa de capital, ni el estado, ni la moral, ni la justicia, ni la ciencia, ni la filosofía, por nombrar a algunas de las instituciones capitalistas, son las mismas de un siglo al otro, y eso puede conducir a tratar a Smith y a

Bergson como dos perfectos desconocidos, o bien como dos autores que no merecen ser comparados.

Este trabajo, sin embargo, buscó en la pregunta misma sobre la naturaleza del capitalismo y de su proyecto civilizatorio un ángulo desde el cual reconstruir el objeto y el alcance de las empresas filosóficas de estos autores, así como de la filosofía de una época y de la otra. La investigación aquí presentada no ha sido agotada y exige seguir siendo desarrollada. Se espera continuarla en trabajos futuros.

Referencias Bibliográficas

- Beiser, F. C. (2014). *After Hegel. German philosophy. 1840-1900*. Princeton & Oxford: Princeton University Press.
- Bergson, H. (1960). *Introducción a la metafísica*. México D. F.: Centro de Estudios Filosóficos, UNAM.
- Bergson, H. (1962). *Las dos fuentes de la moral y de la religión*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Bergson, H. (1963). *Obras escogidas. Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia. Materia y memoria. La evolución creadora. La energía espiritual. Pensamiento y movimiento*. Madrid: Aguilar.
- Bergson, H. (1965). *Duration and simultaneity. With reference to Einstein's theory*. Indianapolis: The Bobbs-Merrill Company Inc.
- Bergson, H. (1992). *Cours, tome 2: Leçons d'esthétique : Leçons de morale, psychologie et métaphysique*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Canales, J. (2015). *The physicist and the philosopher. Einstein, Bergson and the debate that changed our understanding of time*. New Jersey: Princeton University Press.
- Campbell Mossner, E. & Simpson Ross, I. (Eds.) (1987). *The correspondence of Adam Smith*. Indianapolis: Liberty Fund.
- Copleston, F. (1996). *Historia de la filosofía. Vol. IX: De Maine de Biran a Sartre*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Durant, W. (1994). *Historia de la filosofía. La vida y el pensamiento de los más grandes filósofos del mundo*. México: Editorial Diana.
- Fitzgibbons, A. (2003). *Adam Smith's system of liberty, wealth and virtue. The moral and political foundations of The Wealth of Nations*. New York: Oxford University Press.
- Forman-Barzilai, F. (2009). *Adam Smith and the circles of sympathy. Cosmopolitanism and moral theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gallagher, I. (1970). *Morality in evolution. The moral philosophy of Henri Bergson*. The Hague: Springer.
- García Morente, M. (1972). *La filosofía de Henri Bergson*. Madrid: Espasa-Calpe.

- Griswold Jr, C. L. (1999). *Adam Smith and the virtues of enlightenment*. New York: Cambridge University Press.
- Haakonssen, K. (2002). "Introduction". In Smith, A. (2002). *The theory of moral sentiments*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hanley, R. P. (2009). *Adam Smith and the character of virtue*. New York: Cambridge University Press.
- Horkheimer, M. & Adorno, T. W. (2002). *Dialectic of enlightenment. Philosophical fragments*. Stanford: Stanford University Press.
- Levín, P. (1997). *El capital tecnológico*. Buenos Aires: Ediciones Cooperativas.
- Levín, P. (1999). "La economía política en el ocaso de su objeto". *Enoikos*, vol. 7, 28-43.
- Levín, P. & Cazenave, A. (2017). "Ciencia y filosofía. Problemas de economía política. Adam Smith: el capitalismo y su frustrado proyecto de civilización". En De Ronde, C. (Ed.) (2017). *Universidad, ciencia, tecnología y política. un debate interdisciplinario*. Florencio Varela: UNAJ-CLACSO (mimeo, en prensa).
- Piqué, P. (2017). *La obra de Adam Smith en el estudio y en la enseñanza de la historia del pensamiento económico* [Tesis doctoral]. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas.
- Piqué, P. (2019). "The Theory of Moral Sentiments and The Wealth of Nations. Ethics, jurisprudence and political economy throughout the intellectual history of Adam Smith". *Journal of Philosophical economics: Reflections on Economic and Social Issues*, 2(2), 75-96.
- Schnädelbach, H. (1991). *Filosofía en Alemania 1831-1933*. Madrid: Cátedra.
- Shinohara, H. (1992). "The practical system of morality in Adam Smith". In Mizuta, H. & C. Sugiyama (Eds.). *Adam Smith. International perspectives*. London: The Macmillan Press.
- Skidelsky, E. (2011). *Ernst Cassirer: The last philosopher of culture*. New Jersey: Princeton University Press.
- Smith, A. (2002). *La teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Smith, A. (2006). *La riqueza de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Smith, C. (2016). "The Essays on philosophical subjects". In Hanley, R. P. (Ed.) (2017). *Adam Smith. His life thought and legacy*. New Jersey: Princeton University Press.
- Solomon, R. (1983). *In the spirit of Hegel*. New York: Oxford University Press.
- Vassallo, A. (1945). "La ética de Bergson". *Universidad* 18, 7-43. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/11185/3496>

¹ La primera obra fue reeditada con modificaciones por el autor en cinco oportunidades, en los años 1761, 1767, 1784, 1787 y 1790. La segunda, en cuatro oportunidades, en los años 1778, 1784, 1786, 1789. A los fines del desarrollo del objeto de este trabajo, se abordará oportuna y

especialmente el significado de las incorporaciones introducidas por el autor a la última edición de *La teoría de los sentimientos morales*.

² Para una clarificadora reconstrucción del corpus filosófico proyectado por Adam Smith, ver Griswold (1999).

³ Smith no emplea el término “capitalismo” a lo largo de su obra.

⁴ Smith dejó expuesta su decisión de indagar en ese campo en el último párrafo de las seis ediciones de *La teoría de los sentimientos morales*.

⁵ Smith usa el término “sistema práctico de moralidad” para referirse al contenido de la Parte VI de *La teoría de los sentimientos morales* en una carta que le escribiera a su editor Thomas Cadell el 31 de marzo de 1789 (Mossner & Simpson Ross, 1987: 424). Smith entiende que las reglas de todas las virtudes (con excepción de la justicia) son flexibles, vagas e indeterminadas, por lo que no se pueden establecer criterios precisos a ser respetados sin excepción. De allí que considere que la misión de la ética consiste eminentemente en retratar virtudes y vicios, observando los sentimientos en los que se basan. Dichos retratos tienen para Smith un carácter pedagógico y protréptico: invitan y animan a quien los lee a la práctica de la virtud (v. gr. Smith, 2002: 571-596; Griswold, 1999: 179-230).

⁶ C. Rodríguez Braun traduce dicho sintagma al castellano como “la administración, las finanzas públicas y la defensa” (v.gr. Smith, 2002: 44 y 595).

⁷ Bergson escribe su primera obra filosófica, *Essai sur les données immédiates de la conscience* en 1889; Smith realiza la última edición de *La teoría de los sentimientos morales* en 1790. La última obra que Bergson publicara en vida, *La pensée et le mouvant*, fue escrita en el año 1934.

⁸ En *La Evolución creadora*, Bergson desarrolla las que considera como las principales limitaciones para comprender el concepto filosófico de vida por parte de Darwin y Spencer (Bergson, 1963). En *Durée et Simultanéité* hace lo propio con Einstein en relación con el concepto filosófico de tiempo.

⁹ *La evolución creadora*, escrita en 1907, lo haría a Bergson acreedor de fama y renombre internacionales. Ese estatus se iría difuminando en el correr de las décadas siguientes. El presente trabajo no se ocupará de reconstruir los motivos del eclipse de su figura en la filosofía y la ideología de su época. Al respecto, ver Canales (2015).

¹⁰ En sus lecciones sobre moral (compiladas en Bergson (1992: 77-84), Bergson dedica una lección a exponer la “moral del sentimiento” centrándose en lo que llama “la moral de la simpatía de Smith”. Allí sostiene que el concepto smithiano de simpatía: a) no puede ser la base de la obligación moral, en tanto Smith reduce tal obligación al deseo de simpatizar, pero no puede explicar cómo tal deseo puede prevalecer por sobre el interés personal; b) no es indispensable a menos que se considere a la vida social como una condición necesaria querida por la naturaleza. Por tanto, según Bergson, el concepto de simpatía no puede sostenerse sobre sí mismo como principio fundamental.

¹¹ En el primer capítulo, al referirse a ese “yo social” que se impone al “yo individual”, Bergson hace mención del “espectador imparcial” de Smith, pero solo para indicar que no considera que esa sea la ocasión para dilucidar si el primero coincide o no con el “yo social” (Bergson, 1963: 55). Es la única mención a Smith que aparece en toda su obra.

¹² Para la época en que escribe *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, Bergson se sentía crecientemente atraído por las creencias de la Iglesia Católica. En su testamento confesaría que no se convirtió al catolicismo para permanecer junto a sus correligionarios judíos durante las persecuciones sufridas en Alemania y en distintas partes de Europa a lo largo de la década de 1930 (Copleston, 1996).

¹³ La distinción analítica es necesaria, según el autor, para superar las limitaciones de las tradiciones morales racionalistas (que buscan el fundamento en la razón en vez de entender cómo la inteligencia es un simple medio en los procesos morales, tanto de la sociedad cerrada como de la sociedad abierta) y de las corrientes sociológicas (que, sin saberlo, limitan su estudio a solo una de las fuentes de la moral, la concerniente a la moral cerrada) (Gallagher, 1970).

La conciliación entre virtud y comercio en Adam Smith

Ruth Pustilnik*

CIECE. Universidad de Buenos Aires¹
rpustil@hotmail.com

Revista Cultura Económica

Año XXXIX • N°101

Junio 2021: 85-103

<https://doi.org/10.46553/cecon.39.101.2021.p85-103>

Resumen: En este artículo mostraremos que de acuerdo con Adam Smith, virtud y comercio se estimulan mutuamente de forma mecánica y acumulativa. Aunque podríamos pensar que son cuestiones contrapuestas porque la actividad comercial persigue el lucro y no la virtud, veremos que Smith no solo concilia ambas cuestiones, sino que muestra que son complementarias, que una requiere a la otra y la refuerza. Para demostrarlo comenzaremos por tratar la naturaleza propia de este mecanismo que vincula virtud y comercio, diferenciándolos de otros mecanismos. Para ello trabajaremos la noción de consecuencias no intencionales que propone Merton y los aportes de sus continuadores. Luego, aplicando esta concepción mertoniana, reconstruiremos el mecanismo económico según el cual Adam Smith vincula virtud y comercio. Finalmente, concluiremos haciendo un análisis detallado de la prudencia en tanto virtud que promueve y a la vez es promovida por el comercio.

Palabras clave: Adam Smith; Consecuencias no intencionales; Virtud; Comercio

The conciliation between virtue and commerce in Adam Smith

Abstract: *In this article we will show that according to Adam Smith, virtue and commerce stimulate each other mechanically and accumulatively. Although we might think that they are opposing questions because commercial activity pursues profit and not virtue, we will see that Smith not only reconciles both question, but also shows that they are complementary, that one requires the other and reinforces it. To demonstrate this, we will begin by treating the own nature of this mechanism that links virtue and commerce, differentiating them from other mechanisms. To show this, we will work on the notion of unintended consequences proposed by Merton and the contributions of his co-workers. Then, applying this mertonian conception, we will reconstruct the economic mechanism according to which Adam Smith links virtue and commerce. Finally, we will conclude by doing a detailed analysis of prudence as a virtue it promotes and the same time is promoted by trade.*

* Recibido: 14/05/2021 – Aprobado: 03/06/2021

¹ Miembro del Centro de Investigación de Epistemología de las Ciencias Económicas (CIECE). Facultad de Ciencias Económicas (FCE). Universidad de Buenos Aires (UBA).

Keywords: *Adam Smith; Unintended consequences; Virtue; Trade*

I. Introducción

En la obra de Adam Smith se fusionan dos tradiciones respecto de la manera de concebir la sociedad. Por un lado, una tradición que podríamos denominar “clásica” que remonta a la antigüedad en la cual la concepción de la sociedad implica o está implicada en una moral y, por otro lado, una tradición moderna en la cual la sociedad es concebida como algo que requiere ser explicado a través un mecanismo que es independiente de la moral. En este artículo mostraremos que en la obra de Smith se fusionan ambas tradiciones respecto de la manera de concebir la sociedad. Veremos que en la obra del autor, por una parte, existe una cierta moral de la virtud, la cual se liga al comercio, a través de una virtud específica que interviene en este. Por otra parte, según nuestro autor esta virtud y el comercio se estimulan uno al otro de forma mecánica y acumulativa, satisfaciendo de este modo la aspiración a una ciencia social mecanicista. Aunque podríamos pensar que son cuestiones contrapuestas porque la actividad comercial persigue el lucro y no la virtud, veremos que Adam Smith no solo concilia ambas cuestiones, sino que muestra que son complementarias, que una requiere a la otra y la refuerza. Para mostrar esto comenzaremos por tratar la naturaleza propia de este mecanismo que vincula virtud y comercio diferenciándolos de otros mecanismos. Para ello trabajaremos la noción de consecuencias no intencionales que propone Merton y los aportes de sus continuadores. Luego, aplicando esta concepción mertoniana, reconstruiremos el mecanismo económico según el cual Adam Smith vincula virtud y comercio. Finalmente, concluiremos haciendo un análisis detallado de la prudencia en tanto virtud que promueve y a la vez es promovida por el comercio.

1. La naturaleza específica del mecanismo económico

Se suele indicar que, de acuerdo a Smith, de las acciones “egoístas” de los agentes económicos, a través de un cierto mecanismo, se arriba a un resultado beneficioso para toda la sociedad. Una primera reflexión crítica que podemos hacer sobre esta difundida manera de concebir la economía smithiana, consiste en detenernos sobre la diferencia entre los mecanismos naturales y aquellos mecanismos sociales que presupone Smith.

Se ha sostenido que en Adam Smith subyace una concepción naturalista, para algunos, mecanicista newtoniana; para otros, mecanicista

evolucionista del tipo darwiniana. Creemos que es posible que Adam Smith se haya inspirado en Newton¹ de modo general y también es posible encontrar algunos rasgos evolucionistas que pueden asimilarse al posterior pensamiento darwiniano. Sin embargo, cuando se intenta aplicar esas metodologías, no ya en forma general, sino de manera concreta a la obra de Smith, tales intentos naufragan. Smith sostiene que los precios de mercado gravitan en torno a los precios naturales. Sin embargo, el mismo Smith no ahonda en la comparación con el comportamiento planetario. Quien sí lo hace es Lord Kames², quien se pregunta: “¿Puede el hombre posiblemente ser un libre agente algo más de lo que pueda ser un planeta girando en su órbita?” Y si esto es así, afirma el autor: “¿qué deviene de su propagada moralidad que presupone la libertad de elección?” Su respuesta es la que sigue: “en cuanto el hombre es gobernado por las leyes de la naturaleza, que es la ley de su propia naturaleza, sus acciones son estrictamente causadas como cualquier movimiento de los planetas” (Lord Kames, 1971: 54).

Ahora bien, si analizamos la analogía con detalle vemos que muy difícilmente sea aplicable a Adam Smith. Como veremos, una característica central que el autor atribuye a la naturaleza humana es que el hombre busca mejorar su propia condición. En ese sentido no es pasivo como podría serlo un planeta. Y, del mismo modo, la competencia, si bien conduce a un resultado no intencional, implica una búsqueda activa y reflexiva del hombre.

Por otra parte, cuando Smith refiere su admiración por Newton nos dice:

Tal el sistema de Sir Isaac Newton, un sistema cuyas partes están más estrechamente conectadas que las de ninguna otra hipótesis filosófica. Si se admite este principio, la universalidad de la gravedad, y que disminuye como incrementa el cuadrado de la distancia, todas las apariencias que une a través de él se siguen necesariamente (Smith, 1998: 111).

Pero Smith nunca sostiene que esto sea aplicable a su teoría moral o su teoría económica. A diferencia del principio de atracción gravitatoria newtoniana, Smith no pretende enunciar un principio con tal nivel de precisión para ninguna actividad humana.

Asimismo, encontramos dificultades insalvables a la hora de analizar con detalle la posibilidad de interpretar el método de Smith a través del evolucionismo darwiniano. Tal como afirma Bellolio:

Lo que funciona para la vida económica no funciona en el campo de la biología. La corriente principal de la teoría de la evolución explica que las mutaciones a nivel genotípico no tienen ninguna relación con las necesidades presentes, el interés propio o las ventajas competitivas del organismo en cuestión. No hay espacio para decisiones conscientes. A nivel genotípico, el azar es el principio rector. Por azar se entiende, en este sentido, que las mutaciones genéticas se producen con independencia del eventual beneficio derivado para el organismo (Bellolio, 2019: 21).

Acabamos de mostrar las dificultades que encontramos en dos formas posibles de interpretación mecanicista de la obra de Smith. Sin embargo, entendemos que, en efecto, en la obra del autor subyace algún tipo de mecanicismo, pero este no es idéntico o asimilable al de las ciencias naturales. Smith gestó un nuevo método o forma explicativa, mecanicista, pero específica para una ciencia social. Este método, como veremos a continuación, puede ser asimilado a la concepción mertoniana de *consecuencias no intencionales de la acción*.

2. Las consecuencias no intencionales de Merton

La noción de consecuencias no intencionales fue abordada por Merton en su conocido artículo de 1936 “Las consecuencias no anticipadas de la acción social intencional”, el cual fue continuado y profundizado contemporáneamente en distintas ramas de las ciencias sociales, como la sociología y la economía.

Merton nos provee de un sistema conceptual que permite clasificar las acciones intencionales respecto de las posibilidades que tiene el actor social de anticipar las consecuencias de su acción. Para ello divide las posibilidades de acción social en dos clases: (a) no organizadas (b) formalmente organizadas. Lo que caracteriza a las acciones formalmente organizadas es que los actores sociales persiguen un objetivo común formalmente explicitado. Por el contrario, en las acciones no organizadas los actores no se proponen perseguir un objetivo en común. En los dos casos pueden ocurrir consecuencias no anticipadas.

El autor menciona tres motivos por los que las acciones de los actores sociales pueden producir consecuencias no intencionales o no anticipadas: (1) Por falta o dificultad en el conocimiento de alguno de los múltiples factores que intervienen. En ese caso la posibilidad de anticipar el resultado de la acción tiene dificultades de tipo probabilístico. (2) Un segundo motivo por el que pueden generarse consecuencias no intencionales o no anticipadas de la acción es por un error de evaluación de la situación por parte del actor social. Por ejemplo, puede actuar como lo hizo anteriormente, por costumbre o hábito, sin percatarse que algún aspecto de la situación objetiva cambió. (3) Un tercer motivo es la preponderancia del interés más inmediato por sobre ulteriores consecuencias de su acción. Merton cuando explica este tercer motivo, refiere explícitamente a Smith, aunque sin desarrollarlo:

La doctrina económica clásica según la cual el individuo que se esfuerza por emplear su capital donde sea más rentable para él y, por lo tanto, tiende a hacer que los ingresos anuales de la sociedad sean los más grandes posibles es, para citar a Adam Smith, dirigido “por una mano invisible a promover un final que no era parte de su intención”, puede servir como ejemplo de un interés económico que conduce a esta secuencia (Merton, 1936: 902).

A esta taxonomía de Merton debemos sumar tres elementos más que han sido propuestos por los continuadores de su enfoque³, a saber: el aspecto cognoscible de los resultados de la acción, el aspecto deseable de los mismos y la descripción del aspecto interno. El “aspecto cognoscible” refiere a si el fenómeno no intencional puede ser conocido de forma anticipada por el teórico o por el individuo, el aspecto “deseable”, refiere a si favorece o no a algunos individuos o a todos y “la descripción del aspecto interno” se refiere a la explicación sobre cómo o de qué forma específica, determinadas acciones intencionales llevan a determinadas consecuencias no intencionales específicas.

Este último aspecto describe el contenido interno del mecanismo, sin limitarse solo a describir su punto de partida y de llegada. Tal como lo define Cristiano, el aspecto interno pretende ser explicativo porque:

La clasificación [tradicional] aborda, sin embargo, sólo, el aspecto externo del fenómeno. Nos dice genéricamente “qué son” consecuencias no intencionales, cuáles son sus principales manifestaciones, pero aporta poco al esclarecimiento de cómo se

producen, esto es, cómo se disponen⁴ acciones e interacciones para dar lugar a resultados no intencionales (Cristiano, 2011: 361).

Como veremos a continuación, la preponderancia del interés más inmediato, sumado a estos tres elementos están presentes en el mecanismo económico smithiano, ya que Smith sostiene que los resultados no intencionales de la acción son cognoscibles por el teórico, que estos son además deseables y describe también el aspecto interno de este mecanismo.

II. Mecanismo económico smithiano, acción recíproca entre virtud y comercio

Esta sección trata de cómo funciona internamente el mecanismo económico, abriendo la “caja negra” del mecanismo smithiano. Es común referirse al mecanismo económico a través de la metáfora de la “mano invisible”. Esto aparenta transformar el mecanismo económico en una especie de “caja negra”, cuyo funcionamiento desconoceríamos. Mostraremos que esto no es cierto y que el propio Smith nos proporciona una descripción detallada de los “engranajes” internos del mecanismo económico. En nuestro trabajo, hemos postulado la naturaleza específicamente social de este mecanismo (sección I), y en esta sección intentaremos una reconstrucción detallada del funcionamiento del mecanismo smithiano, que comienza con la acción egoísta⁵ y desemboca en las acciones prudentes de los agentes a través de las cuales la sociedad alcanza un beneficio en su conjunto.

Se dice que según Smith el hombre es egoísta, pero como consecuencia de las acciones motivados por ese egoísmo la sociedad obtiene un beneficio. Esto es solo parcialmente correcto. Mostraremos que del proceso que resulta del desarrollo del comercio no se debe a un egoísmo desenfrenado sino un egoísmo guiado por una virtud: la prudencia o parsimonia.

Mostraremos también que este mecanismo no se ajusta a una explicación que busque una causa primera, sino a un proceso cuyos componentes son muy pequeños al principio, casi insignificantes, y su misma interacción es la que les da entidad.

Esquemáticamente el sistema de Smith parte de tres propensiones naturales comunes a todos los hombres pero que se encuentran aún, antes del desarrollo del comercio, en un estado incipiente o poco desarrollado: la propensión a mejorar su propia condición, la propensión a intercambiar y

una virtud natural, que tienen solo algunos de ellos: la prudencia. Smith sostiene que la búsqueda individual por mejorar su propia condición, lleva al individuo a buscar la actividad más redituable, esto conduce a la división del trabajo. Pero la división del trabajo requiere a su vez de la generación de un cierto capital, lo cual no es posible sino a condición de que individuo posea algún grado de prudencia. Finalmente, la división del trabajo, el mercado y la acumulación de capital, a través de un cierto mecanismo que describiremos, genera el mayor rendimiento para la sociedad en su conjunto.

Siguiendo la conceptualización mertoniana que hemos visto en la sección anterior, podemos describir este mecanismo que, según Smith, genera este proceso en los propios términos que utilizan ese autor y sus seguidores. El *interés primordial e inmediato* del individuo es la búsqueda por mejorar la propia condición. Esto dará como resultado, a través de un mecanismo económico, una mejora de la condición de la sociedad en su conjunto debido al aumento de la producción de bienes. Un resultado *deseable para todos y no intencional*. Finalmente, como describiremos a continuación, la competencia es el aspecto interno del mecanismo, en el que *la acción intencional conduce al resultado no intencional*. El que podamos describir el aspecto interno del mecanismo y que se pueda aseverar que su resultado es deseable, muestra que este resultado es *cognoscible para el teórico*.

Todos estos factores que intervienen en el proceso descrito son muy pequeños en el comienzo, pero se irán incrementando a través de la interacción. Estos factores no solo se modifican entre sí, cuantitativamente sino también cualitativa o conceptualmente. Smith no busca un fundamento último de la sociedad ni una explicación causal –pese a que eso pareciera indicar el título de su obra *Investigación de la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*–, sino que explica el proceso por el que se desarrolla la sociedad comercial. Cada uno de los factores que intervienen interactúa con otro, en un proceso acumulativo que se acelera. Un ejemplo de ello, es la modificación cualitativa o conceptual que se opera en la prudencia. Esta tiene múltiples y variados rasgos, los cuales son descritos en *La teoría de los sentimientos morales* (TSM), pero en su interacción con el comercio, se transforma en un concepto más estrecho pero aún virtuoso.

En el libro I de *La riqueza de las naciones* (RN) Smith nos dice que el ser humano tiene por naturaleza una tendencia a intercambiar, y supone también que es natural al hombre intentar mejorar su propia condición, es

este su interés más inmediato. El ser humano encuentra que la división del trabajo le permite mejorar su propia condición, ya que obtiene más dedicándose a una sola actividad y luego intercambiando, que produciendo él mismo todo lo necesario para su vida. Pero, nos señala el autor, que el hombre para poder dedicarse a una sola ocupación necesita al menos contar con los medios que le permitan sobrevivir mientras produce, hasta que esté terminado el producto y logre intercambiar este por el resto de las cosas necesarias para su vida. Este primer capital será muy escaso y poco sofisticado. Tal como adelantamos, este factor comienza siendo muy pequeño, casi insignificante. Consistirá mayormente en la comida que consumirá en el lapso de tiempo que requiere para elaborar e intercambiar lo que produce y eventualmente alguna herramienta muy básica. Sin embargo, con ese poco alcanza, tal como dice: “Cuando se ha ganado un poco, fácilmente se consigue más: la gran dificultad estriba en conseguir ese poco” (Smith, 2012: 91). Aunque, quien no cuente con al menos un pequeño capital no podrá disfrutar de las ventajas de esa primitiva división del trabajo. El capital es entonces, condición necesaria para la división del trabajo. Pero debemos esperar al libro II para que Smith nos diga de qué depende que algunas personas puedan proveerse o acumular ese primer capital. Allí nos dice que depende exclusivamente de que la persona sea frugal, parsimoniosa, prudente⁶. Como afirma en la *TSM* la persona parsimoniosa o prudente es aquella que puede contener el impulso al consumo presente, en aras de una ganancia futura. Pero ¿de qué depende que una persona sea prudente? La prudencia, tal como sostiene Smith en la *TSM* es una virtud. Entonces, ¿cómo es que hay personas con esa virtud? Explicar esto no es necesario para el argumento de Smith. No es importante por qué algunas personas tienen esa virtud, sino simplemente es suficiente asumir que algunas personas la tendrán, aunque sean muy pocas y en muy poca cuantía. Pero incluso una cuantía ínfima de esa virtud se verá reforzada y se incrementará por la existencia misma del intercambio del que deviene el comercio propiamente dicho. El comercio a su vez premia mediante el beneficio a los dueños del capital, y este premio reforzará la aparición de personas prudentes. Así, el relato de Smith da cuenta del transcurso de la sociedad desde los tiempos rudos y primitivos hasta la sociedad comercial desarrollada. Veamos de manera más detallada dos de los condicionantes que, junto con la propensión a mejorar la propia condición, inician este proceso y se retroalimentan a través de él: la propensión a intercambiar y la prudencia.

1. La propensión a intercambiar

En el primer capítulo de la *RN* se explica que la mejora en la eficiencia del trabajo se debe a la división del trabajo. En el segundo capítulo se sostiene que esta división del trabajo es consecuencia de una característica inherente a la naturaleza humana, la propensión a permutar cambiar y negociar una cosa por otra:

Esta división del trabajo, no es la consecuencia de la sabiduría humana, que tantas ventajas reporta, que prevé y se propone alcanzar aquella general opulencia que de él se deriva. Es la consecuencia gradual, necesaria, aunque lenta de una cierta propensión de la naturaleza humana que no aspira a una utilidad tan grande: la propensión a permutar, cambiar y negociar una cosa por otra (Smith, 2012: 16).

Queremos destacar que Smith no se va a ocupar de explicar el origen de la propensión de la naturaleza humana a permutar o negociar. Sostiene que podría ser consecuencia de las facultades discursivas del lenguaje, pero no se propone investigarlo:

No es nuestro propósito, de momento, investigar si esta propensión es uno de los principios innatos en la naturaleza humana, de los que puede darse una explicación ulterior, o si como parece más probable, es la consecuencia de las facultades discursivas del lenguaje. Es común a todos los hombres y no se encuentra en otras especies animales (Smith, 2012: 16).

Sin embargo, Smith en su obra *Consideraciones sobre la formulación del lenguaje*, donde justamente analiza cómo se originó el lenguaje humano, no hace ninguna referencia explícita de la relación entre el lenguaje y propensión a permutar, cambiar o negociar. Y más importante aún, no publicó ningún escrito dónde indague sobre los orígenes de esa propensión a permutar, cambiar, negociar. Esto avala una de las hipótesis de este trabajo, que sostienen que Smith está preocupado por un proceso donde los distintos componentes se interrelacionan, y no así por una teoría que se centre en la causa primera o fundamento de la sociedad.

Sin indagar entonces sobre el origen de esta cualidad humana que es la propensión a intercambiar Smith, en la *RN*, sostiene simplemente que a través de esta cualidad, unida a la práctica efectiva del comercio, el individuo descubre que dedicarse a una sola actividad, primera forma de la división del trabajo, mejora su propia condición:

En una tribu de cazadores o pastores un individuo, pongamos por caso, hace flechas o los arcos con mayor presteza y habilidad que otros. Con frecuencia los cambia por ganado o por caza, con sus compañeros, y encuentra al fin, que por este procedimiento consigue una mayor cantidad de las dos cosas que si él mismo hubiera salido al campo para su captura. Es así como siguiendo su propio interés, se dedica casi exclusivamente a hacer arcos y flechas [...] (Smith, 2012: 17).

Desde esta primera división del trabajo de la sociedad ruda y primitiva donde unos solo fabrican flechas, mientras otros solo crían ganado, se llega a la división del trabajo de la sociedad comercial moderna que Smith ilustra con el famoso ejemplo de las distintas tareas que se desarrollan dentro de una fábrica de alfileres⁷. ¿Cómo es el proceso por el que de la división del trabajo rudimentaria se llega a una división del trabajo desarrollada, donde realizar un alfiler conlleva dieciocho operaciones distintas? Nos interesa destacar que no es el aumento de la productividad como tal lo que nos ocupa, sino su intensificación a lo largo del tiempo, tal como señala Wences Simons:

No me refiero a la especialización ocupacional y a la división de tareas que Platón ya conocía, sino a la intensificación de este proceso cuyo resultado es la idea de que la división del trabajo es una fuerza que incrementa la productividad e intensifica el desarrollo material (Wences Simons, 2006a: 185).

Esa intensificación es específica de una sociedad comercial. En ella la búsqueda de mejorar la propia condición conduce a la división del trabajo. Esta división del trabajo requiere capital. A su vez quien emplea su capital, buscando mejorar su propia condición a través del lucro, aumenta y perfecciona la división del trabajo para lograr un aumento de productividad.

Este proceso continúa retroalimentándose e intensificándose. La división del trabajo aumenta la extensión del mercado, pues todos quienes producen pasan a obtener lo necesario para la vida a través del intercambio. Esta extensión del mercado permite absorber la creciente cantidad de bienes producida por una división del trabajo más desarrollada y requerirá de una mayor cantidad de capital, ya que por conllevar más tareas requerirá más trabajadores. A su vez la acumulación del capital aumenta nuevamente la división del trabajo de esta forma este proceso continúa incrementando, mediante su retroalimentación, cada uno de los factores que participan en él. El resultante de este proceso es un aumento del desarrollo del mercado, o

tal como lo llama Smith, el comercio. Este aumento y constitución de un mercado desarrollado es una consecuencia no intencional del proceso que acabamos de describir.

2. La prudencia en tanto virtud que promueve y a la vez es promovida por el comercio

Como ya vimos la división trabajo requiere para generarse de un capital inicial, y la acumulación de este capital inicial requiere en el individuo de una virtud especial: la parsimonia o prudencia. Pero como veremos ahora con más detalle, el desarrollo del comercio estimula la aparición e incremento de dicha virtud.

De acuerdo con Smith, en la era comercial⁸ la proporción del ingreso que se destina a actividades productivas respecto de las improductivas es muy superior a épocas anteriores. Esto se debe a que la sociedad comercial provee un ambiente adecuado que estimula la inversión productiva, tal como sostiene Smith: “Nuestros antepasados eran ociosos porque carecían de un estímulo suficiente para desarrollar su actividad. Hay un antiguo proverbio que dice que: ‘para no ganar es preferible jugar’” (Smith, 2012: 304). Como indica el proverbio, cuando no es posible ganar en términos económicos es preferible dedicarse a placeres más inmediatos como el juego o el consumo. Pero la sociedad comercial brinda una gran cantidad de oportunidades seguras de actividad productiva. En ella la actividad productiva está asegurada porque la división del trabajo convierte, tanto a los trabajadores como a los dueños de capital, en potenciales compradores de sus productos.

Este mercado que funciona de manera certera va a estimular la aparición de la prudencia o parsimonia, no ya en algunas pocas personas, sino de manera generalizada. La razón de ello está dada en los propios rasgos de la prudencia o parsimonia que refiere Smith. La prudencia o parsimonia reside esencialmente en resignar el disfrute inmediato para lograr un disfrute mayor en el futuro, una vez que el capital haya dado sus frutos. En la *TSM* Smith describe esta propiedad de la prudencia o parsimonia en estos términos:

En su incesante sacrificio de la paz y disfrute del presente en aras de la expectativa probable de una holgura o gozo mayores en un período de tiempo más distante pero más duradero, la persona prudente siempre resulta apoyada y recompensada por la

aprobación total del espectador imparcial, el hombre dentro del pecho. El espectador imparcial no se siente agotado por el esfuerzo presente de aquello cuya conducta analiza, y tampoco requerido por los importunos llamamientos de sus apetitos presentes. Para él su situación actual y lo que probablemente sea su situación futura son casi idénticas: las contempla a la misma distancia y es afectado por ellos casi de la misma manera. Pero él sabe que para las personas principalmente concernidas están lejos de ser idénticas y naturalmente les afecte a ellas de forma muy distinta (Smith, 2013: 375).

Ese sacrificio del disfrute presente es lo que permite el ahorro que genera el capital que requiere toda actividad productiva:

La sobriedad o parsimonia y no la laboriosidad es la causa inmediata del aumento del capital. La laboriosidad, en efecto, provee la materia que la parsimonia acumula; pero por mucho que fuera capaz de adquirir aquella, nunca podría lograr engrandecer el capital, sin el concurso de esta última (Smith, 2012: 306).

El ahorro que genera la prudencia, permite mejorar nuestra condición porque convertido en capital nos dará ganancias futuras. Esto es un conocimiento que ya está establecido entre quienes participan de una sociedad comercial. En ella el ahorro destinado al capital como forma de mejorar la condición es una práctica altamente difundida y permanente:

Con lo que ahorra un hombre sobrio, no sólo mantiene un cierto número de manos adicionales productivas, en el año en curso y en el siguiente, sino que establece un cierto fondo permanente para el mantenimiento del mismo número de brazos productivos en lo venidero [...] (Smith, 2012:306).

Con lo antes expuesto, se ha logrado mostrar que la acción intencional que nos lleva a mejorar nuestra propia condición es en principio virtuosa e implica una forma de prudencia.

III. La competencia como mecanismo no intencional que conduce al bienestar de la sociedad en su conjunto. Retroalimentación competencia y prudencia

1. La competencia como mecanismo no intencional que conduce al bienestar de la sociedad en su conjunto

Smith explica que la búsqueda de nuestro propio interés redundará en el beneficio de toda la sociedad por la intermediación del comercio:

No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos a sus sentimientos humanitarios sino a su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades sino de sus ventajas (Smith, 2012: 17).

A su vez el autor nos provee de una descripción detallada de cómo partiendo del interés propio se llega a la situación más conveniente para todos. Lo que nos permite, en terminología mertoniana, acceder un *aspecto interno o explicativo del proceso*, el cual como veremos a continuación se basa en la competencia.

El funcionamiento del mecanismo de la competencia se explica de la siguiente forma: cuando la demanda de un bien supera la oferta del mismo, los que quieren comprar ese bien estarán dispuestos a pagar más por él con tal de obtenerlo, de esa forma hacen subir su precio de mercado, incluso por encima de su precio natural. Esto generará que más capitales se apliquen a la producción de ese bien, lo que aumentará su oferta y por tanto para vender toda la cantidad ofertada tendrán que vender incluso a quienes no estén dispuestos a pagar por encima de su precio natural. De esta forma frente a la escasez de un producto, la competencia entre quienes compran puede hacer subir su precio de mercado por sobre su precio natural y la competencia entre quienes venden hace descender el precio de mercado al precio natural.

En la explicación anterior podemos ver que, a través de los compradores, con la intención de satisfacer sus gustos o necesidades, y los vendedores, con la intención de obtener ganancias –todas intenciones vinculadas a mejorar su propia condición–, se produce una interacción por la cual los precios de mercado convergen a un precio determinado: el precio natural. Esto ilustra la importante noción de competencia a la que Smith le atribuye un rol clave en el funcionamiento del comercio o como se denomina contemporáneamente en economía: el mercado. El mercado se explica través de un detallado análisis de los precios a los que el autor dedica siete capítulos del libro I de la *RN*. En ellos distingue entre precio mercado y el precio natural. Smith muestra que este precio natural depende de la tasa natural de salarios beneficios, y le dedica un capítulo a cada uno. Pese a este esfuerzo, el autor sin embargo no logra explicar claramente “la naturaleza” o

“qué son” los precios naturales⁹. Aun cuando el autor no logra pronunciarse claramente sobre “qué son” los precios de naturales, nos deja en claro cuál es el proceso por el que se llega a ellos. Tal como hemos sostenido en la sección II, el autor no indaga la naturaleza del fenómeno, no dilucida la naturaleza o “qué son” los precios naturales. Podemos apreciar que, para el argumento de Smith, es más importante el proceso que la causa, naturaleza o fundamento.

En una de sus posibles acepciones, los precios naturales son los que, al buscar cada cual mejorar su propia condición, nadie sale perjudicado. Veamos cómo sucede.

De acuerdo con Smith, los precios de mercado gravitan alrededor de los precios naturales. Nos dice Smith que el precio natural es el precio mínimo que puede tener un bien sin que ninguno de los factores que interviene¹⁰ resulte dañado o pierda en ese trato. Pues si pierde, por ejemplo, no cubren los costos. Recuérdese que el pago de beneficios al capital es parte de los costos; esos capitales se retirarían de esa actividad e invertirían en otra, o bien terminarían desapareciendo pues no lograrían reponer los materiales, el pago de salario que adelantan o lo que requiere el dueño del capital para vivir. Si intentan vender a un precio superior que el precio natural, otros capitales se verían atraídos y la competencia entre capitales haría descender el precio hasta el precio natural. Vemos cómo, sin que intervenga la intención de los capitalistas, los precios de mercado tienden a los precios naturales. Ese es un nivel de precios al que nos llevaría una mano invisible que promueve el interés de toda la sociedad. Como afirma Smith:

Como cualquier individuo pone todo su empeño en emplear su capital en sostener la industria doméstica y dirigirla a la consecución del producto que rinde más valor, resulta que cada uno de ellos colabora de una manera necesaria en la obtención del producto anual máximo para la sociedad. Ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve. Cuando prefiere la actividad económica de su país a la extranjera, únicamente considera su propia seguridad, y cuando dirige la primera de tal forma que su producto represente el mayor valor posible, solo piensa en su ganancia propia; pero en este como en muchos casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones (Smith, 2012: 402).

En cada rama de la producción solo permanecerán quienes logren posicionarse en el nivel de productividad competitivo; como consecuencia de ello la sociedad obtiene el mayor producto posible.

2. La retroalimentación de la prudencia a través del mecanismo no intencional de la competencia

La competencia genera que los bienes se vendan en torno a sus precios naturales. Tal como vimos en la sección anterior, estos se sitúan en el nivel mínimo, por lo cual el beneficio que obtiene el dueño del capital se sitúa igualmente en el nivel mínimo. Veamos detalladamente cómo sucede:

A tenor que aumentan los capitales en un país los beneficios resultantes de su empleo disminuyen necesariamente. Cada vez se hace más difícil encontrar un procedimiento para colocar de forma rentable el nuevo capital. Surge por tal causa, la **competencia** entre los diferentes capitales, porque los dueños de estos buscan aquella colocación que ya está ocupada por otros [...]. No solo es necesario vender algo más barato [el producto que está a la venta], sino que en ocasiones se compra a veces más caro [insumos] [...]. La demanda de trabajo aumenta diariamente con el incremento de los fondos que se destina a su sostenimiento [...]. La competencia encarece los salarios del trabajo y disminuye los beneficios del capital. (Smith 2012:320)

A medida que el sistema comercial se desarrolla, debido a la competencia, el beneficio es cada vez menor, hasta el punto que representa solo lo que el dueño del capital utiliza para cubrir sus propias necesidades. Esto hace que se produzca un aumento de la prudencia requerida. El hombre prudente debe conformarse cada vez con un beneficio menor, esto requiere una continencia cada vez mayor. Su prudencia lo induce a contener el consumo presente, y no solo reponer sino aumentar el capital. Debe aumentar el capital porque las técnicas productivas en permanente perfeccionamiento así lo requieren. El dueño del capital debe ser cada vez más prudente, invertirá mucho para obtener cada vez menos. La tentación al consumo presente cada vez será más grande. Así, lo que la prudencia busca, entendemos, está más en relación a la regularidad del beneficio que con su magnitud. Lo que el sistema comercial asegura al hombre prudente es esa regularidad. El hombre prudente pondera su seguridad, no aspira a grandes beneficios sino a beneficios certeros o seguros. Esto nos permite conectar el atributo de resignar el consumo presente en aras del beneficio futuro con otros atributos que el autor le atribuye en la *TSM* a la prudencia, a saber: la

preocupación por preservar lo que se tiene más que a obtener grandes ganancias y la seguridad, tal como sostiene Smith: “cuando caemos de una situación mejor a una peor sufrimos más de lo que nunca disfrutamos al pasar de una peor a otra mejor. La seguridad, por consiguiente, es el primer y principal objetivo de la prudencia” (Smith, 2013: 372).

IV. Comentarios finales

Creemos que a Adam Smith le preocupa especialmente mostrar que la era comercial es una era virtuosa para la humanidad, más aún cuando otros miembros de la ilustración escocesa como Adam Ferguson sostienen lo contrario. Tal como afirma Wences Simons:

Ante este panorama de desastrosas consecuencias éticas, sociales y políticas generadas por la intensificación de la división del trabajo, de la opulencia y el lujo, de la llegada del interés y de una inmovilización progresiva de aquello que hace actuar a los hombres y que les convierte en prisioneros de los fines directamente utilitarios y competidores, conduciéndoles a la despreocupación del bien público, Ferguson se pregunta cómo evitar que se corrompa el espíritu público de los hombres, la virtud, y se expandan los excesos de la riqueza, el comercio con lujo. Cómo hacer para armonizar a la virtud con el comercio [...] (Wences Simons, 2006b: 7).

Smith logra conciliar virtud y comercio mostrando que del mismo brota la virtud de la prudencia. Mediante el proceso de retroalimentación que hemos descrito en la sección II, el comercio estimula a la prudencia y la prudencia, a su vez, estimula a la actividad comercial. En una sociedad comercial, la búsqueda por mejorar la propia condición a través de la división del trabajo y el comercio, se traduce en la conformación de hombres prudentes. Esta transformación de la búsqueda de mejorar la propia condición en prudencia, como así la multiplicación de hombres prudentes, son consecuencias no intencionales en sentido de Merton. La conciliación entre virtud y comercio termina de establecerse cuando el autor configura en la *TSM* una teoría moral en la que la prudencia tal como surge en una sociedad comercial es una virtud.

De acuerdo con la teoría desarrollada en la *TSM*, la virtud está basada en la simpatía de un espectador imparcial. Un espectador imparcial es una persona normal en todos los aspectos pero que no tiene intereses en juego en esa situación. Una acción es virtuosa si cumple con dos requisitos: uno de

ellos ser correcta y el otro ser meritoria, esto es, contar con la simpatía del espectador imparcial y ser digna de recompensa, respectivamente. Simpatizamos con la acción de otra persona si al ponernos en su lugar imaginamos que tenemos los mismos sentimientos que esa persona tiene en esas circunstancias. Una acción es correcta si un espectador imparcial simpatiza con ella. Por otro lado, una acción es meritoria si un espectador imparcial la considera digna de recompensa.

El dueño del capital es virtuoso tal como hemos mostrado en este trabajo, pues se comporta como lo haría el espectador imparcial, aquel que no es “requerido por los importunos llamamientos de sus apetitos presentes” (Smith, 2013: 375). Es decir que, para él tal como lo evaluaría un espectador imparcial “su situación actual y lo que probablemente sea su situación futura son casi idénticas” (Smith, 2013: 375), por lo cual puede resignar el consumo presente para obtener un beneficio mayor en el futuro. Esta coincidencia del comportamiento del hombre prudente con la evaluación que haría de su situación un espectador imparcial es lo que hace que la acción sea correcta. Por otro lado, el comportamiento del hombre prudente merece recompensa por el esfuerzo que implica su continencia (Smith, 2013: 454) al resignar el disfrute del presente. Sumado a lo anterior, entendemos, también merece recompensa pues no solo genera su propio bienestar, sino que lo genera, aunque de forma no intencional, para la sociedad en su conjunto.

Nos habíamos propuesto mostrar que para Smith la actividad comercial es una actividad virtuosa. Griswold (1999: 206), sostiene que la virtud de la prudencia en la *TSM* no se limita a ser una virtud económica¹¹, pero en la *RN*, como hemos visto, se reduce casi exclusivamente a esto. Sin embargo, para nuestro objetivo es suficiente destacar que aún la versión restringida de la prudencia centrada en lo económico continúa siendo una virtud en sentido de Smith.

Asimismo, sugerimos que ciertos rasgos del carácter del hombre prudente presentados en la última edición de la *TSM*, como la búsqueda de la seguridad, están implicados en el comportamiento del hombre prudente dentro del mecanismo económico.

Smith está preocupado, tal como sostienen Dickey (1998), por la cuestión moral del comercio, y esta preocupación no solo se mantiene, sino que se agudiza, después de escribir la *RN* en 1776. Una prueba en esa dirección, es que la sección VI titulada “Del carácter de la virtud” se agrega

en la sexta edición de 1790 y está casi en su totalidad dedicada a la prudencia. En la *RN* el autor describe con gran lucidez y detalle la sociedad comercial naciente. Si bien queda más que satisfecho en lo que refiere a la producción material de bienes, creemos, le preocupa su aspecto moral. Entendemos que la virtud de la prudencia fue desarrollada en respuesta a las dificultades morales que intuye en la descripción de la sociedad comercial luego de escribir la *RN*.

Smith fue un filósofo moral, de una moral basada en la virtud. También fue precursor de la disciplina económica, descubre y anticipa la gran transformación que implica la división del trabajo y el desarrollo comercial de la sociedad. Rápidamente entiende que en una sociedad comercial, la relación entre las personas no estará basada en la benevolencia. No por eso concluye que esta nueva sociedad carece de virtud, niega o intenta modelar las características que le atribuye a la naturaleza humana, tampoco sostiene que la virtud debe ser impuesta por alguna autoridad. Sino que encuentra que una manera de resolver la cuestión moral en una sociedad comercial: gestando en su *TSM*, virtudes que no sólo sean compatibles con el comercio, sino que surgen de él y lo promueven.

Referencias Bibliográficas

- Bellolio, C. (2019). “La mano invisible y el relojero ciego: los límites del paralelo Smith-Darwin”. *Economía y Política*, 6(1), 5-29.
- Carrasco, A. (2004). “Reinterpretación del espectador imparcial impersonalidad utilitarista o respeto a la dignidad”. *Revista Hispanoamericana de Filosofía*, 46(137), 61-84.
- Cristiano, J. (2011). “Acciones y resultados”. *Revista Internacional de Sociología*, 69(2), 354-369.
- Dickey, L. (1998). “Historicizing the ‘Adam Smith Problem’: Conceptual, Historiographical, and Textual Issues”. *Journal of Modern History*, 58(3), 579-609.
- Griswold, Ch. (1999). *Adam Smith and the Virtues of Enlightenment*. New York: Cambridge University Press.
- Hume, D. (1998). *Tratado de la naturaleza humana*. Madrid: Tecnos.
- Hurtado Prieto, J. (2003). “La teoría del valor de Adam Smith: La cuestión de los precios naturales y sus interpretaciones”. *Cuadernos de economía*, 22(38), 15-45.
- Lord Kames (1971). *Essays on the Principles of Morality and Natural Religion*. Edimburgo: printed by R. Fleming, for A. Kincaid and A. Donaldson.
- Meek, R. L. (1981). *Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de los cuatro estadios*. Madrid: Siglo XXI.

- Merton, R. (1936). "The Unanticipated Consequences of Purposive Social Action". *American Sociological Review*, 1(6), 894-904.
- Smith, A. (2012). *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Smith, A. (2013). *La teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza.
- Smith, A. (2018). *Consideraciones sobre la formación original de los lenguajes*. Oviedo: KRK ediciones.
- Smith, A. (1995). *Lecciones sobre jurisprudencia*. Granada: Comares.
- Smith, A. (1998). "Los principios que presiden y dirigen las investigaciones históricas". En *Ensayos filosóficos*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Wences Simon, M. I. (2006a). *Sociedad Civil y virtud cívica en Adam Ferguson*. Madrid: Centro de estudios políticos y constitucionales.
- Wences Simon M. I. (2006b). "Adam Ferguson y la difícil articulación entre el comercio y la virtud". *Polis: Revista Latinoamericana*, N° 14.

¹ También Hume, integrante de la ilustración escocesa contemporáneo a Smith, en su *Tratado de la naturaleza humana* sostiene refiriéndose a las ideas que: "Hay aquí una especie de atracción, que se encontrará tiene en el mundo mental efectos tan extraordinarios como en el natural, y que se releva en formas tan múltiples como variadas. Sus efectos son visibles por todas partes, aunque sus causas sean en su mayor parte desconocidas y deban reducirse a las cualidades originarias de la naturaleza humana –cualidades que no pretendo yo explicar–" (Hume, 1998: 57). En la cita anterior, la "atracción" a que refiere Hume suele ser identificada por los comentaristas con la atracción gravitatoria de Newton.

² Integrante de la ilustración escocesa, contemporáneo a Smith.

³ Cfr. Cristiano (2011) sistematiza la concepción mertoniana y los aportes de sus continuadores a través de los siguientes pares de conceptos: acción intencional/no intencional, resultado deseable/no deseable, cognoscible/no cognoscible.

⁴ De aquí en más todos los resaltados de las citas son nuestros.

⁵ En este artículo referiremos a "egoísmo" y "propensión a mejorar la propia condición" indistintamente.

⁶ En la *RN* Smith se refiere al hombre frugal y en la *TSM* a hombre prudente. Como veremos más adelante el "hombre prudente" contiene todos los atributos del "hombre frugal", aunque el primero, tal como es descrito en la *TSM*, contiene también otros atributos.

⁷ Entendemos que Smith está preocupado por la división técnica del trabajo, pues su foco de atención es el aumento de productividad que produce. Por tal motivo no distingue entre división social y división técnica del trabajo.

⁸ Según Smith "hay cuatro distintos por lo que la Humanidad ha pasado: La era de los cazadores, la era de los cazadores, la era de los pastores, la era del comercio" (Smith, 1995: 47).

⁹ Respecto de los precios naturales en Smith y sus distintas acepciones puede consultarse Hurtado Prieto (2003). Allí se aprecia las dificultades que tiene el autor a la hora de definirlos.

¹⁰ Los factores de la producción son tres: trabajo, capital y tierra y reciben como pago salario, beneficio y resta respectivamente.

¹¹ En efecto Smith (2013: 272) sostiene que el hombre prudente anhela fortuna por la reputación y respeto que ello implica y no meramente para cubrir necesidades básicas. También, nos dice Smith (2013: 272), que la prudencia cuida que no arriesguemos nuestra salud, fortuna, rango o reputación. Además, el hombre prudente siempre es sincero, le horroriza la deshonra que acompaña la detección de la mentira.

ENSAYOS

Raíces filosóficas en el nacer de la Economía Política: la (in)completitud del proyecto de Adam Smith¹

Mauro Nicolás Ciani*

Universidad de Buenos Aires
mnciani96@gmail.com

Revista Cultura Económica
Año XXXIX • N°101
Junio 2021: 107-118

Resumen: En este trabajo recapitularemos el debate entre C. L. Griswold e I. S. Ross en torno a las razones por las cuales Adam Smith no logró completar, en el marco de la articulación de un sistema filosófico, el capítulo dedicado a la Jurisprudencia Natural. Este intercambio nos resulta oportuno para dar los primeros pasos en una aproximación al corpus filosófico smithiano, entendido como el proyecto intelectual de Adam Smith en el marco de la denominada *Ilustración del siglo XVIII*. El hecho de que Smith haya proyectado la articulación de un sistema filosófico que pudiera abarcar todos los campos de la experiencia humana, y que este haya quedado inconcluso, se presentan como puntos de relativo consenso entre Griswold y Ross. Sin embargo, estos autores difieren en torno a las razones de tal inconclusión. Griswold la atribuye a una aporía teórica. Ross, en cambio, sostiene que tal aporía es inexistente, y que Adam Smith no completó su proyecto por la sola razón de su muerte. Tal recapitulación se constituirá en un punto de partida para una futura investigación sobre el sistema smithiano, en el marco de una reaproximación al debate sobre los orígenes históricos y filosóficos de la Economía Política en el seno del proyecto filosófico del siglo XVIII.

Palabras clave: Adam Smith; Filosofía natural; Jurisprudencia natural; Historia del pensamiento económico

Philosophical roots in the birth of Political Economy: the (in)completeness of Adam Smith's project

Abstract: *On the present essay we present a recapitulation of the debate between C. L. Griswold and I. S. Ross regarding the reasons why Adam Smith was not able to conclude his studies on Natural Jurisprudence. This exchange is appropriate in order to re-examine Smith's intellectual project within the so-called Age of Enlightenment. Even though these two authors reach a common place when it comes to the general aims and ends of Smith's philosophical corpus –and to the fact that it remains incomplete–, they dissent on the reasons of such inconclusion: whereas Griswold alleges a theoretical aporia, Ross arguments that it was Smith's death what didn't allow*

* Recibido: 07/06/2021 – Aprobado: 22/06/2021

him to conclude his previously announced task. This exercise of recapitulation stands as a point of departure from which we inaugurate future investigations concerning the historical and philosophical roots of Political Economy's birth, among the Enlightenment philosophical aspirations.

Keywords: Adam Smith; Natural philosophy; Natural jurisprudence; History of economic thought

I. Comentarios iniciales

Al adentrarnos en la recepción de la obra de Adam Smith se evidencia una necesidad ineludible para todo aquel que se quiera referir a cualquier autor pretérito: ponderar algunos elementos de sus creaciones por sobre otras según el cuadro que hayamos bosquejado del conjunto de la obra. Es decir, al referirnos a cualquier autor pasado indefectiblemente estaremos priorizando algunos aspectos de “lo dicho” por sobre otros. El caso de A. Smith, dada la disparidad presente en la importancia y el rol atribuido a sus obras consagradas, resulta ilustrativo. Seguramente sorprenda a pocos sentenciar que, en líneas generales, *La riqueza de las naciones* ha eclipsado no solamente a *La teoría de los sentimientos morales*, sino también a una más profunda consideración de la empresa filosófica emprendida por el autor como piedra angular de estas dos grandes realizaciones.² Sin embargo, en contraposición a una lectura recortada del sistema que procuró edificar Adam Smith, podemos dar con autores que abogan por una mirada más amplia y abarcadora de este, contemplando a su vez, por ejemplo, los contextos históricos y las relaciones con autores contemporáneos en los que se enmarcaron sus escritos. En este último sentido, consideramos aquí que I. S. Ross, con una formación más dirigida hacia el estudio de la lengua inglesa y la literatura, y C. L. Griswold, con formación y estudios dedicados primordialmente a discusiones de índole filosóficas, manifiestan líneas interpretativas seductoras. Así, el encuentro entre ambos intérpretes puede arrojar pistas y problemas teóricos interesantes a discutir. A su vez, preguntarnos cuáles fueron las dificultades con las que se toparon autores como Smith nos permitirá vislumbrar en ellas disputas de carácter filosófico que indefectiblemente *hacen* al nacimiento de la Economía Política y pueden echar luz sobre cómo la misma se ha articulado a lo largo de los siglos subsiguientes. En tanto economistas, desde una óptica y con preguntas diferentes a la de estos dos exponentes, intentaremos bosquejar la relevancia de los planteos de uno y otro autor, e inquirir acerca de cómo las

controversias vislumbradas en esta discusión pueden contribuir a una mayor comprensión del nacimiento de nuestra disciplina y los obstáculos teóricos a sortear por autores como el mismísimo Adam Smith.

La tesis de C. L. Griswold en *Adam Smith and the Virtues of the Enlightenment* se sostiene sobre la concepción de Adam Smith como un fiel representante del liberalismo característico de la tradición ilustrada del siglo XVIII en Escocia y en quien retrospectivamente se puede ver reflejado el interés por “los grandes temas de la Ilustración” (Griswold, 1999: 9). Sus dos obras consagradas, *La teoría de los sentimientos morales* (1759) e *investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776) le supieron otorgar el reconocimiento de diferentes intelectuales de la época. No obstante, la segunda fue notoriamente más reconocida por generaciones posteriores (especialmente de economistas), implicando un desprendimiento de su análisis respecto de la primera como de todo el sistema que Smith procuró edificar en vida.

Griswold se propone contemplar tanto a todo documento, cuya publicación Smith haya consentido o delegado a la discreción de alguien en particular, como lo fue el caso de David Hume, como al entorno intelectual que lo supo rodear y del cual difícilmente podamos aislarlo. La tradición de la *Ilustración del siglo XVIII* es ineludible para este autor a la hora de pintar el cuadro en el que Smith ocupó un lugar importante. Para Griswold, indagar sobre la obra de Adam Smith contribuye a comprender problemáticas presentes en la actualidad, en tanto interpreta al postmodernismo, corriente de pensamiento a su juicio predominante de la época, como un eventual resultado de las propias premisas de la Ilustración. Para nosotros, como economistas, la motivación se desprende del hecho de que, sin proponérselo directamente, el célebre filósofo escocés estaba dando los primeros pasos en el nacimiento de la Economía Política. Esta lectura de los comienzos de nuestra disciplina abre el paso a una examinación de cuáles fueron las motivaciones y objetivos que Smith trazó en el articulado de su proyecto. La resignificación del corpus smithiano que Griswold propone y desarrolla en su libro se nos presenta como una propuesta interesante, puesto que, como comentáramos anteriormente, pone el foco de atención en las concepciones filosóficas no solo del propio Smith, sino también del entorno intelectual en el que se desplegaron sus contribuciones.

Por otro lado, I. S. Ross es reconocido por el propio Griswold como un autor al que recurrir para el estudio del *corpus* smithiano (especialmente en lo referente a la cuestión de la retórica, componente fundamental en la

articulación del sistema filosófico de Smith).³ Ross, en su primera respuesta al planteo de Griswold, deja en claro que se encuentra lejos de acordar con aquellas miradas de Smith como un promotor del egoísmo individual o de la ciega persecución por la ganancia, sino que ve en la propuesta de este autor pretérito la inspiración para lograr “la creación de un mundo más humano y más justo” (Ross, 2004: 57). En las publicaciones de Ross aquí atendidas, a diferencia de lo propuesto por su contraparte, hay un marcado énfasis en consideraciones biográficas, historiográficas y en el recorrido pedagógico de Smith, evidenciando una estrategia bien definida a la hora de abordar una controversia que apela tanto a las intenciones como al legado teórico de Adam Smith.

II. Jurisprudencia natural: asunto inconcluso

Previo a exponer las razones de la incompletitud de la teoría de la jurisprudencia del retórico escocés, Griswold se propone bosquejar su lugar en el corpus de pensamiento smithiano. Así, interpreta que el corpus filosófico en el que trabajó Adam Smith se dividía en dos grandes ramas: por un lado, la rama de la Historia Filosófica de las Ciencias Liberales y las Artes y, por el otro, la rama de la Filosofía Moral. Esta última se subdividía a su vez en el apartado destinado a la Ética –abordado principalmente en la *Teoría de los Sentimientos Morales* (en adelante, *TSM*), comprendiendo al análisis de las virtudes y la psicología moral– y en otro destinado a la Jurisprudencia Natural. La Jurisprudencia Natural abarcaba dos grandes áreas. La primera de estas áreas incluía un estudio de los principios generales, en tanto *reglas naturales*, que rigen a la justicia y la segunda, un repaso de la evolución que los principios de justicia atravesaron a lo largo de los siglos (englobando estudios acerca de la administración, las finanzas públicas, la defensa y demás elementos comprendidos por el derecho). Fue en el marco de estos estudios que surgió la *Investigación sobre la naturaleza y causas* de la riqueza de las naciones (en adelante, *RN*). En este apartado bajo el nombre de “Jurisprudencia Natural” –más particularmente, en la relación entre los dos propósitos que busca atender allí– del sistema filosófico smithiano, Griswold interpreta que Smith tropieza con una aporía teórica, lo que posteriormente será cuestionado por Ross. A esta altura debemos reparar que la puerta a la discusión en torno a la incompletitud de la teoría de la jurisprudencia smithiana la abre el propio Smith al anunciar, en el párrafo final de la primera edición de la *TSM* (1759), que la elaboración de un profundo estudio de la Jurisprudencia Natural constituye una cuenta pendiente.⁴ Treinta años más tarde, en la

Advertencia de la sexta edición (1790), pone sobre aviso que difícilmente pueda completar su cometido, pero que de todas formas hará todo lo posible por concretarlo. Ese mismo año el célebre autor falleció. Muchos de sus manuscritos, elaborados a lo largo de estos últimos años de vida y sobre los que algunos biógrafos e historiógrafos conjeturan se hallaban avances interesantes en este sentido, fueron quemados bajo su voluntad. De esta suerte se sembraron las dudas que dan pie a los debates entre autores como Griswold y Ross.

De aquel último párrafo de la *TSM* es que Griswold interpreta que “todo intento por dar con los principios de la Jurisprudencia Natural deberá partir de una narrativa que refiera a ‘los grandes cambios que han experimentado a lo largo de los diversos períodos y etapas de la sociedad’” (Griswold, 1999: 256-57). Así, en la quinta sección del sexto capítulo de su libro, dirigido al análisis de la Justicia en el sistema de Smith, Griswold se propone indagar acerca de las razones de la misión inconclusa de la Jurisprudencia Natural smithiana. Para ello extrae de la *RN* y de la *TSM* dos citas que arrojan pistas sobre aquello a lo que Smith se estaba refiriendo con “reglas naturales de la justicia”.⁵ Estas no son más que aquellos principios generales e inmutables conformados para regir y fundar el derecho de todas las naciones en todo tiempo y lugar.

Griswold objeta que, al abordar esta ambiciosa misión en esos términos, Smith desemboca en una aporía que puede reformularse como sigue: si el propio Adam Smith concibe a la historia como un proceso en constante formación, ¿cómo es posible que un sistema de principios naturales, generales y nunca cambiantes –del que se deben valer las naciones bajo el marco de la naciente sociedad industrial para fundamentar las bases de sus leyes– se desprenda de un estudio de la historia pasada? En otras palabras, si el filósofo escocés busca dar con un sistema de la Jurisprudencia Natural constituido por principios últimos a partir de una reseña sobre cómo se han desarrollado los principios básicos de la justicia a lo largo de la historia pasada, entonces estaría asumiendo que la historia futura resultará prácticamente inmutable respecto al pasado, que el devenir futuro no tiene nada para aportar en la búsqueda de dichos principios últimos. Más específicamente, a los ojos de Griswold la propuesta de que las naciones futuras erijan sus legislaciones a partir de un sistema de principios ahistóricos obtenido producto de la observación de regularidades pasadas en la materia no resulta fiel a la concepción de la historia que el propio Adam Smith profesa. Tal disruptiva representación de la historia implicaría

tener la certeza de que lo que vendrá en este nuevo formato de sociedad que se avecina no presentará características disímiles respecto a lo que ya se ha visto en el pasado. Puesto así, solamente valiéndose de dicha interpretación de la historia como un proceso de carácter repetitivo es que Smith podría dar tal tarea de presentación de un sistema de principios generales como cumplida. Aquí Griswold niega que esta última pueda ser la visión acerca de la historia del filósofo escocés y sostiene que, en realidad, para el autor escocés la historia se presenta como un proceso en constante formación, siendo imposible tener la completa certeza de que el futuro no vaya a divergir respecto de las trayectorias pasadas. De esta manera, Griswold opta por plantear que esta tensión emerge de una aporía que se vuelve ineludible en este punto, de la que asume que Smith es consciente, y que, en última instancia, resulta de una tensión presente en la vida y obra del propio autor. Esta tensión en Smith entre la compatibilidad de un sistema de principios *ahistóricos* frente a consideraciones históricas como fuente de la cual podríamos obtener tal sistema es, a su vez, el reflejo de profundos debates filosóficos de la época.⁶ Griswold sostiene entonces que esta aporía está por detrás de su intento frustrado de forjar un sistema “à la Newton” en el campo de la Jurisprudencia Natural, en el que se articulen principios generales con fenómenos históricos particulares, y le atribuye un rol preponderante a las influencias del escepticismo de Hume.⁷ Más aún, argumenta que, a partir de la herencia escéptica de Hume, Smith concibe a la creación de sistemas teóricos generales como el resultado de elucubraciones ideales –de la imaginación– para satisfacer la necesidad de integrar coherentemente el cúmulo de sensaciones derivadas de nuestra experiencia más directa con el mundo externo, lo cual corre del centro de la escena a la historia como fuente de la cual se pueden obtener los principios que fundamenten a dicho sistema.

Griswold profundiza su planteo en la misma dirección y retoma al espectador imparcial para advertir que esta figura no se encuentra exenta de la tensión anteriormente demarcada. En la *TSM* el espectador imparcial orienta a los individuos en el plano normativo y moral, siendo esta pieza la fuente *natural* de los principios generales que Smith está buscando, y no una providencia natural que los haya establecido *a priori* (en cuyo caso el rol de un espectador imparcial tal como el que se nos presenta en la *TSM* no tendría ningún rol relevante). No obstante, el problema planteado reside principalmente en que de este espectador imparcial podemos esperar, en realidad, normas de comportamiento morales que sean producto de contextos particulares. Momentos históricos diferentes, entornos

geográficos distintos, formas varias de interacción hacia dentro de cada comunidad particular, etc. serán determinantes a la hora de dar con la figura específica y particular del espectador imparcial del que cada comunidad concreta se servirá como guía (siendo la imaginación la que opera detrás de todos estos procesos mentales). Entonces, ¿cómo podemos obtener principios normativos generales, nunca cambiantes y ahistóricos de una construcción tal como el espectador imparcial de la *TSM*? Esta pregunta se complementa con el argumento inicial de Griswold, también surge de concebir una tensión entre principios nunca cambiantes y momentos históricamente particulares y es una que considera que no puede ser respondida por Smith si nos atenemos a su legado bibliográfico.

Por otro lado, I. S. Ross (2004), valiéndose de la concepción de la teoría filosófica por él recapitulada en los *Ensayos Filosóficos* de Smith, considera que la concepción filosófica inicial de este autor estaba basada en la delimitación, original de los antiguos estoicos griegos, de tres ramas de investigación filosófica: la Lógica, la Filosofía Natural y la Filosofía Moral. Pero, según Ross, el propio Smith se ocupó de exponer un nuevo concepto de sistema filosófico, en el que esas tres ramas se verían transformadas. La lógica era, según los estoicos, aquella rama abocada al estudio de los principios que rigen la forma en la que el ser humano razona. Según Ross, Smith transformaría esta rama con el desarrollo de una *nueva retórica* construida por el propio filósofo escocés. La Filosofía Natural era definida por los estoicos como aquella ciencia –regida por la metafísica y mediada por el atributo de la imaginación– que se ocupa de integrar los ‘principios de la naturaleza’ y, comenta Ross, Smith consideraba que esa rama había sido reemplazada por una *nueva ciencia* basada en los diferentes avances que habían acontecido en la materia (culminando hasta entonces en los aportes de Isaac Newton).⁸ Finalmente, la Filosofía Moral era el campo que estaba dedicado al estudio de la perfección y las virtudes del ser humano entendido como parte de un todo social. Para Smith la *nueva Filosofía Moral* contendría aportes referidos a la ética, la jurisprudencia y la propia economía política.

Luego, si bien el argumento de Ross se construye sobre un común acuerdo con Griswold respecto a la necesidad de resignificar el proyecto y la obra de Adam Smith, no da lugar a una interpretación como la que Griswold presenta. Para ello se propone recurrir a evidencia tanto biográfica como bibliográfica, buscando fundamentar que, de hecho, Smith había avanzado

mucho en la dirección de la completitud de su proyecto y que incluso lo habría podido terminar si hubiese dispuesto de más tiempo en vida.

En definitiva, al contraponerse al planteo de Griswold la estrategia de Ross se erige sobre la desestimación de la alegada existencia de intenciones platónicas en el armado del *corpus smithiano*. Ross se pregunta, entonces: ¿no resulta más sensato contemplar la vida y obra de Smith remitiéndonos directamente a quienes fueron influyentes y contemporáneos a su pensamiento? ¿Por qué recurrir a las ideas de Platón para evaluar el alcance de sus intenciones cuando el propio Smith las dejó expresadas de forma suficientemente clara en sus escritos? En este sentido, muy apoyado en los desarrollos del filósofo escocés en materia de retórica, Ross se ocupa de reconstruir cómo Smith entendía a los sistemas filosóficos, coincidiendo sin más con la descripción llevada a cabo por Griswold en cuanto a su función y su espíritu. De todas maneras, a diferencia de Griswold, vemos en Ross un marcado hincapié en consideraciones biográficas, en la estructuración de los cursos dictados (Edimburgo y Glasgow, principalmente), en apuntes de estudiantes (*Lecciones sobre Jurisprudencia y Lecciones sobre la Retórica y las Bellas Artes*) y en observaciones de personajes como Stewart, Millar y otros compiladores.

En suma, Ross busca argumentar que los avances hacia la completitud del corpus eran considerables, que pueden detectarse a lo largo de las diferentes etapas de su vida y que, al fin y al cabo, si Adam Smith llegó tan lejos y prometió concluir su proyecto, no habría razón para sospechar que no habría podido lograrlo por una paradoja teórica. Aún más, ante la sospecha de que los manuscritos quemados *post mortem* hayan contenido aportes relevantes en materia de Jurisprudencia Natural, Ross eleva a la autoexigencia de Smith como la razón fundamental por la que el propio autor no quiso que se conservaran.⁹

Interpretamos que Ross comprende el planteo de Griswold, pero parece estar determinadamente negado a conceder terreno frente a la interrogante que su contraparte plantea. En su segunda, y última respuesta, opta por atenuar la importancia de aquella afirmación destacada por Griswold ubicada en la *RN* y que refiere a “principios generales nunca cambiantes”. En su lugar, la concibe primordialmente como una mera estrategia discursiva, y no como declaración valiosa para comprender la perspectiva filosófica del autor. No obstante, al reformular la posición de Smith respecto a la vigencia y alcance de estas leyes de la Jurisprudencia – apoyado en la idea de un “sentimiento de justicia” inherente a la condición

humana—, concluye que “Smith parece avizorar el surgimiento de reglas generales del derecho a partir del infinito proceso de refinamiento de leyes particulares” (Ross, 2006: 189). En este punto Ross reexpresa aquella perspectiva cuestionada primeramente por Charles Griswold. Así, acaba dejando en evidencia lo dificultoso que resulta desestimar la interrogante desarrollada por aquel a partir de una reinterpretación (que aparenta ser) meramente biográfica y bibliográfica.

III. Reflexiones finales y perspectivas de investigación a futuro

Habiendo reconstruido los argumentos esgrimidos en este debate podemos ver que, en definitiva, hay puntos de acuerdo y otros que parecen irreconciliables. Una primera impresión de este intercambio podría sugerir que Griswold critica antojadizamente, a partir de una interpretación particular del proyecto de Smith, con cierto dejo platónico, deformando aquello que el autor dijo y quiso decir; mientras que Ross se encarga simplemente de testimoniar lo que el célebre filósofo escocés efectivamente dijo, absteniéndose de hacer un ejercicio “especulador” de reinterpretación.¹⁰ Sin embargo, consideramos aquí que una lectura como esta pasa por alto el hecho de que ambos autores efectivamente están llevando adelante un acto interpretativo.

Como comentamos al comienzo de este trabajo, tanto C. L. Griswold como I. S. Ross están haciendo un esfuerzo por resignificar el proyecto de este autor ilustrado, implicando que tal revalorización de la labor de Adam Smith sea un ejercicio activo de reconstrucción. Una tarea como esta se presenta como un ejercicio inseparable de cómo cada uno de ellos haya desarrollado conceptos como los de filosofía, ciencia, conocimiento, sistema, historia (entre otros) y de qué forma los interrelacionan cuando se prefiguran la imagen de una época y de un autor en particular. Cuando Ross le adjudica a aquella cita que Griswold toma como puntapié para plantear una aporía en la misión de Smith el ser un mero artilugio retórico —y nada más que eso— está practicando una labor de reinterpretación ligada a su perspectiva particular sobre las intenciones y los fines de Smith. Griswold, por su parte, también lleva a cabo una tarea similar, incluso cuando establece en la Introducción de su libro que va a regirse por el *principio de caridad*.¹¹

Interpretamos que Ian Ross, en su valioso esfuerzo por dotar de nuevo significado la vida y obra del filósofo escocés, se deja llevar por el afán de reivindicarlo. Ello deriva en un rechazo a la interpretación que ofrece

Griswold (en lo que refiere a la Jurisprudencia Natural), confundiéndola con un menosprecio a los aportes de Adam Smith en la materia. Más aún, clama que el planteo desarrollado por Griswold es una especulación, cuando lo mismo podría ser dicho del marcado énfasis que él mismo posa sobre las *Lectures* (que no dejan de ser notas y apuntes de estudiantes) o de depositar tanta confianza en que los manuscritos perdidos contenían avances sustanciales en lo que a Jurisprudencia refiere. Cuando menos, esta confianza no resulta congruente con el hecho de que el propio Adam Smith los haya mandado a suprimir, dada la atribución que el propio Ross hace de su autoexigencia y perfeccionismo a la hora de publicar.

Por otro lado, la propuesta de Griswold se erige sobre el planteo mismo anunciado por Smith y sobre la factibilidad de su completitud (más allá de si el escritor escocés era consciente o no de los problemas allí entreverados). Al preguntarse si Smith hubiese logrado o no sortear aquella aporía, siguiendo tanto a la *RN* como a la *TSM*, da con respuestas que le resultan insatisfactorias. Entonces, más allá de si Smith prometió completar con creces este apartado de su sistema filosófico, la interrogante no se posa sobre la presunta existencia de avances en esta sección del *corpus*, sino sobre su eventual coherencia respecto al resto del sistema y sobre la propia misión que Smith se propuso alcanzar.

La lectura que ofrece Griswold abre la posibilidad de explorar este y otros tropiezos en un ambicioso proyecto que no es exclusivo de un autor, ya que también es concerniente a un momento histórico particular, en el que se enmarcan las aspiraciones y el pensamiento Ilustrado del siglo XVIII. Estos conflictos y dilemas forman parte del surgimiento de un nuevo campo dentro de la Ciencia Económica, la Economía Política, conformándose como inherentes a ella. De esta forma, en futuras investigaciones nos propondremos explorar en qué sentido puede interpretarse que la Economía Política nace a partir de esta misión inconclusa, subsumiendo a este y otros conflictos filosóficos dentro de sí, volviéndolas parte de su objeto de estudio.

En suma, vemos que al abordar el estudio de la historia del pensamiento económico –y particularmente al posar nuestra atención sobre la Economía Política– se vuelve ineludible la necesidad de incorporar no solamente a la filosofía como parte de nuestras investigaciones, sino también a la historia de la filosofía. Nos interesa explorar en futuros trabajos si la ligazón presente entre la historia del pensamiento económico y la teoría económica se refleja en la relación entre la filosofía y su propia historia y si al fijar la mirada sobre la Economía Política, y al trabajar sobre

ella, se abren las puertas a una recapitulación de la filosofía. Intuimos que aquella tarea que podía pasar por una mera revisión retrospectiva de doctrinas económicas y filosóficas da pie a un ejercicio potente de reelaboración de la experiencia social, de continuación de un proceso activo de producción social y cultural, revelado bajo la forma de “nuevo conocimiento”.

Referencias Bibliográficas

- Clark, C. M. A. (1990). “Adam Smith and Society as an Evolutionary Process”. *Journal of Economic Issues*, 24(3), 825-844.
- Griswold Jr., C. L. (1999). *Adam Smith and the Virtues of Enlightenment*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Griswold Jr., C. L. (2006). “On the Incompleteness of Adam Smith’s System”. In Brown, V. (Ed.). *The Adam Smith Review* (vol. 2). London: Routledge.
- Piqué, P. (2017). *La obra de Adam Smith en el estudio y en la enseñanza de la historia del pensamiento económico* [Tesis doctoral]. Facultad de Ciencias Económicas. Universidad de Buenos Aires.
- Ross, I. S. (2004). “‘Great works upon the anvil’ in 1785: Adam Smith’s projected corpus of philosophy”. In Brown, V. (Ed.). *The Adam Smith Review*. London and New York: Routledge.
- Ross, I. S. (2006). “Reply to Charles Griswold ‘On the Incompleteness of Adam Smith’s System’”. In Brown, V. (Ed.). *The Adam Smith Review* (vol. 2). London: Routledge.
- Smith, A. (2017). *La teoría de los sentimientos morales* (Tercera, Segunda reimpresión). Madrid: Alianza Editorial.

¹ El presente trabajo constituye una primera aproximación al estudio del proyecto filosófico de Adam Smith, a profundizar bajo el proyecto UBACyT 2020 (Mod II): *El estudio y la enseñanza de la obra de Adam Smith en la formación universitaria del economista. Indagación sobre el proceso de selección y difusión de sus ideas por parte de los libros de texto consagrados de Historia del Pensamiento Económico*, dirigido por Leandro Habersfeld.

² Un análisis más detallado acerca del legado teórico de Adam Smith y la recepción de parte de los manuales de Historia del Pensamiento Económico puede encontrarse en Piqué (2017).

³ El propio Griswold cita al comienzo del primer capítulo de su libro el siguiente trabajo: I. Ross, “Adam Smith as Rhetorician,” en *Man and Nature*, vol. 2, ed. R. L. Emerson, W. Kinsley, and W. Moser (Montreal: Canadian Society for Eighteenth-Century Studies, 1984), pp. 61-74.

⁴ “En otro estudio procuraré explicar los principios generales del derecho y el estado, y los grandes cambios que han experimentado a lo largo de los diversos periodos y etapas de la sociedad, no sólo en lo relativo a la justicia sino en lo que atañe a la administración, las finanzas públicas, la defensa y todo lo que cae bajo el ámbito legislativo. Por consiguiente, no entraré ahora en ningún detalle ulterior acerca de la historia de la jurisprudencia” (Smith, 2017: 578).

⁵ “This part of the projected corpus would seem to amount to an account of the ‘natural rules of justice’ or principles that ‘ought to run through and be the foundation of the laws of all nations’ (TSM VII.iv.37), that is of ‘the general principles which are always the same’ (WN IV.ii.39). Presumably these would be the normative principles of commutative justice as such” (Griswold, 1999: 256).

⁶ Clark (1990) desarrolla esta temática de forma similar al contraponer el “espíritu naturalista” de Smith con la influencia de las ideas de Montesquieu en su pensamiento, las cuales

colaboraron para que el autor escocés articule una explicación del desarrollo de la sociedad principalmente a partir de transformaciones históricas, “como proceso evolucionario”, impidiendo la conformación de un sistema que logre integrar coherentemente estas dos perspectivas.

⁷ Así, el autor comenta que “the Humean background to Smith’s Newtonian ambitions does not commit him to the project to which troublesome words commit. For a Humean, everything must be –in theory– revisable in light of further ‘experimental’ evidence, even a view of the ‘principles of human nature’ we thus far find enormously persuasive” (Griswold, 2006: 184).

⁸ A los efectos de la controversia con Griswold, no resulta menor destacar que el propio Ross califica de escéptica a la postura de Adam Smith respecto a la finalidad perseguida por este campo de la filosofía: “[...] the ‘science of the connecting principles of nature’ (‘Astronomy’ II.12), and thereafter more sceptically as ‘that science which pretends to lay open the concealed connections that unite the various appearances of nature’ (III.3)” (Ross, 2004: 40).

⁹ Ross objeta que “Smith ordered his executors, Black and Hutton, to burn the manuscripts of his incomplete great works (Stewart, ‘Account’ V.8), to our great loss, because he was a perfectionist about composition, not because he had experienced cognitive perplexity in his thinking” (Ross, 2004: 56). A la luz de este reparo, resulta cuestionable el énfasis que Ross posa sobre las *Lectures*, puesto que estas no forman parte del cuerpo de escritos que gozaron de la aprobación de Smith para ser publicados.

¹⁰ En los párrafos finales de su última respuesta podemos dar con que el propio I.S. Ross se expresa así: “I think we should take him (Smith) at his word rather than speculate about an aporia in his thought, or invoke a problem with a Platonic formulation, which he eschewed” (Ross, 2006: 190).

¹¹ En el apartado dedicado a los supuestos interpretativos a adoptar, Charles Griswold advierte que, valiéndose del “principio de caridad”, supondrá que aquello que el autor dejó expresado en sus escritos es el fiel reflejo de un esfuerzo consciente y deliberado, fruto de una “labor de diseño”. Persigue la finalidad de presuponer que lo escrito es coherente, a menos que se demuestre lo contrario. Más importante aún a los fines del punto que queremos hacer aquí, aclara que no busca apelar a aquello que ocurría en la mente del autor y que, de percibir incongruencias en el mismo, buscará una respuesta contemplando su obra como un todo orgánico, identificando “estrategias conceptuales o argumentativas interesantes de parte de Smith” (Griswold, 1999: 26-27).

De la primera a la tercera edición de WN: la evolución del pensamiento económico de Adam Smith a la luz de sus textos

Álvaro Perpere Viñuales*

Pontificia Universidad Católica Argentina
aperpere@uca.edu.ar

Revista Cultura Económica

Año XXXIX • N°101

Junio 2021: 119-133

Resumen: La publicación de la *Riqueza de las Naciones* en 1776 es usualmente considerada como uno de los grandes hitos dentro de la historia del pensamiento económico. Sin embargo, esta obra tuvo por parte del propio autor sucesivas alteraciones y agregados a lo largo de diversas ediciones posteriores. Si bien no parece haber en ninguna de ellas cambios radicales o grandes modificaciones conceptuales respecto a la aproximación hecha en la primera edición, una mirada atenta a los agregados y alteraciones muestra que el pensamiento de Smith parece haber ido evolucionando con el correr de los años. Esto es particularmente significativo en el caso de la tercera edición, publicada en 1784, unos ocho años después de la primera, y en la que Smith trabajó con especial atención. En el presente ensayo me concentraré en comparar los agregados que hace Smith en su defensa al libre comercio en la tercera edición. A mi juicio, estos agregados son reveladores de la evolución intelectual vivida por el escocés a partir de su puesto como Comisionado de Aduanas. Para ello, no solamente compararé las dos ediciones de la obra, sino que prestaré especial atención a la *Correspondencia* de Smith. En sus epístolas, como intentaré mostrar, es posible percibir la evolución intelectual que va viviendo el escocés y que lo lleva a presentar esta nueva edición de la obra, revisada y completada.

Palabras clave: Riqueza de las Naciones – Ediciones; Adam Smith - Correspondencia; Ilustración escocesa; Libre comercio

From the first to the third edition of WN: the evolution of Adam Smith's economic thought in his texts

Abstract: The publication of the *Wealth of Nations* (WN) in 1776 is usually considered one of the great milestones in the history of economic thought. However, Adam Smith made alterations and additions throughout various subsequent editions. Although there do not appear to be radical changes or major conceptual modifications in any of them

in comparison to the approach made in the first edition, a careful look at the additions and alterations shows that Smith's thought seems to have evolved over the years. This is particularly significant in the case of the third edition, published in 1784, eight years after the first edition, and on which Smith worked with particular attention. In this essay I will concentrate on comparing the additions that Smith made in his defense of free trade in the third edition of WN. In my opinion, these additions reveal the intellectual evolution experienced by the Scotsman while he was working as Commissioner of Customs. I will not only compare the two editions of the work, but I will pay special attention to the Smith Correspondence. In his epistles, as I will try to show, it is possible to perceive the intellectual evolution that the Scotsman was going through and that led him to present this new edition of the work, revised and completed.

Keywords: *Wealth of Nations* - Editions; Adam Smith - Correspondence; Scottish illustration; Free trade

I. Introducción

En 1776 Adam Smith presentó la primera edición de un libro que es considerado fundacional para la ciencia económica. Aunque estudios posteriores han matizado esta afirmación, lo cierto es que su publicación todavía es un hito dentro del surgimiento de la ciencia económica moderna. Sin embargo, y a diferencia de lo que sucedió con la otra gran obra de Adam Smith, la *Teoría de los Sentimientos Morales*, son poco los trabajos que han prestado atención al hecho de que este libro fue revisado y corregido por el escocés a lo largo de sus diferentes ediciones. Se suele comparar la *Riqueza de las Naciones* con las *Lectures on Jurisprudence*, pero no hay una comparación entre las diferentes ediciones de la misma *Riqueza de las Naciones*. Esto hace que exista una clara conciencia de su evolución intelectual en temas de moral, pero no así en temas económicos. De algún modo, es como si se asumiera que una vez editada la *Riqueza de las Naciones* todo lo que Smith tenía para decir en esta cuestión hubiese sido escrito de una vez y para siempre. A esto se le agrega que el lector contemporáneo se acerca usualmente a la versión definitiva de la obra, por lo que esta evolución no es fácil de descubrir a primera vista. El ensayo que aquí presento sostiene como tesis central que así como la *Teoría de los Sentimientos Morales* nos muestra a lo largo de sus sucesivas ediciones la evolución de Smith en el plano de la moral, la *Riqueza de las Naciones* muestra también en sus sucesivas ediciones la evolución de Smith en su pensamiento económico.

El propósito de este trabajo, por lo tanto, es el de brindar una primera aproximación a la evolución intelectual que se observan entre las diferentes ediciones de la *Riqueza de las Naciones*, especialmente entre la primera de 1776 y la tercera de 1784¹. Aun cuando la sucesión de ediciones es más próxima en el tiempo que la que se puede ver en la *Teoría de los Sentimientos Morales*, lo cierto es que también en la *Riqueza de las Naciones* Smith hace, pasado un tiempo, una revisión de sus ideas, y es posible reconocer cierta evolución en su pensamiento, y sobre todo, en su forma de abordar la dinámica del comercio. En mi opinión, esta evolución ha sido muchas veces pasada por alto por los historiadores del pensamiento económico. Para completar esta aproximación, apelaré a la *Correspondencia* de Smith, la cual además de mostrarnos elementos más personales e íntimos del escocés, permite también repensar toda esta cuestión con cierta perspectiva cronológica.

La elección de comparar estas dos ediciones no es azarosa. El propio Adam Smith parece considerar en su prefacio a la tercera edición la versión más acabada de su obra². Además, lo dice en la Carta 222 a Thomas Cadell, y lo repite varias veces en distintas cartas. De hecho, en la misma Carta 222 señala que los agregados que propone para la tercera edición son muy importantes, a tal punto, que solicita a su editor que estos sean vendidos aparte como una suerte de separata y por un *shilling* a todos los que tengan en su poder la primera o la segunda edición. A partir de la tercera edición, estos agregados ya son parte de la obra y así, la cuarta, quinta y sexta edición tienen cambios esencialmente de forma, pero no agregan elementos conceptuales que ameriten una revisión especial de ellos. Incluso es el propio Smith el que lo dice en el prefacio a la cuarta edición³.

II. El camino hacia la primera edición de la *Riqueza de las Naciones* (1764-1776)

Si bien no hay una fecha específica que pueda ser señalada con absoluta precisión, lo cierto es que el epistolario smithiano nos muestra que el escocés ya habría comenzado la escritura de la *Riqueza de las Naciones* el 5 de julio de 1764, es decir, unos doce años antes de la publicación de la primera edición. En una carta destinada a su amigo David Hume, le manifiesta que “ha comenzado a escribir un libro para pasar el tiempo” (Smith, 1987: 102, *Corr.* 82)⁴. Aunque no señala que sea específicamente esa obra, todo indica que la referencia es a la *Riqueza de las Naciones*⁵. En todo caso, cuatro meses después, una carta enviada a Smith por John Glassford⁶

testimonio que ya había entonces algunos primeros borradores circulando entre sus amigos (Smith, 1987: 104, *Corr.* 85).

En 1770 uno encuentra en su epistolario una nueva mención a su obra. Nuevamente, es su amigo Hume quien le pregunta por el libro, en un tono que parece indicar que Smith ya tenía para ese momento una versión bastante acabada del mismo, o al menos de las ideas centrales de la obra⁷. En 1772 se repite la situación, aunque aquí Hume se muestra más taxativo en cuanto a la necesidad de que termine el libro y lo publique⁸. En el año 1773 Smith parece tener conciencia de que la obra que está escribiendo es valiosa. En carta enviada a Hume, le pide que, en caso de morir, él se haga cargo de sus escritos y cumpla su voluntad de quemar absolutamente todo lo que hay en sus escritorios, con la excepción de la *Historia de la Astronomía*, sobre la que le solicita que sea él el que considere si conviene publicarlo o no (Smith, 1987: 168, *Corr.* 137)⁹. Pero en esa misma carta le señala que hay otros manuscritos que quizás también valga la pena publicarlos, pero que se los llevará consigo en viaje. En todo caso, Smith le dice que dejará todo listo para que estos manuscritos también le sean enviados en caso de morir. Sin embargo, curiosamente, no le pide que en caso de que falleciera y le fueran enviados estos otros manuscritos, los queme junto con los anteriores.

En febrero de 1776, el libro ya estaba listo. Así lo testimonia nuevamente Hume, en carta enviada a Smith el 8 de febrero de 1776. Su amigo parece un poco desorientado porque el libro no está aún a la venta. Incluso le dice a Smith que si la demora se debe a que está esperando a ver como se desenvuelven los acontecimientos en las colonias de Norteamérica, el libro no saldrá a la venta por mucho tiempo (Smith, 1987, *Corr.* 149).

Sea que ya lo tuviera decidido, sea que Hume terminó de convencerlo, lo cierto es que Adam Smith finalmente aprobó la publicación y así la primera edición del libro fue presentada al público el 9 de marzo de 1776.

III. La publicación de la primera edición y su recepción (1776-1778)

La publicación de la obra generó una rápida reacción de los amigos y conocidos de Smith. Son célebres las palabras que le dedicó Hume en una epístola enviada el 1 de abril de 1776, presumiblemente casi enseguida de que una copia llegara a sus manos.

¡Euge! ¡Belle! Querido Sr. Smith: Estoy muy contento con su logro, y la lectura del mismo me ha sacado de un estado de gran ansiedad. Era un trabajo sobre el que había mucha expectativa, de parte de usted, de sus amigos, y del público, que temblé por su aparición; pero ahora estoy mucho más aliviado (Smith, 1987: 186, *Corr.* 150).

En la misma carta, un poco más adelante, Hume le asegura que el libro será, con el correr del tiempo, un éxito, pues considera que el análisis propuesto por Smith es extremadamente sólido y contundente (Smith, 1987: 186, *Corr.* 150). Pero también plantea en esa misma epístola algunas objeciones a la obra, que espera poder discutir, según dice, en cuanto se vean (Smith, 1987: 186, *Corr.* 150).

Apenas dos días después, Hugh Blair (Smith, 1987: 187-190. *Corr.* 151) también le envía una carta, en la que lo felicita calurosamente. Ellas transmiten un cálido elogio al pensador de Kilkardy: “Usted ha hecho un gran servicio al mundo derribando toda esa interesada sofistería de los mercaderes, con la cual han confundido todo el tema del comercio” (Smith, 1987: 188. *Corr.* 151).

Además de los temas propios del comercio, Blair también lo felicita (y previene) por el tratamiento que Smith ha dado al tema de las Universidades. Y al igual que Hume, Blair le señala algunas objeciones, aunque sobre todo de tipo formal. Quizás la principal crítica es el pedido de un índice de contenidos en futuras ediciones.

Joseph Black (Smith, 1987: 190-191, *Corr.* 152), William Robertson (Smith, 1987: 192-193, *Corr.* 153) y Adam Ferguson (Smith, 1987: 193-194, *Corr.* 154) también le escriben felicitándolo por el logro de la publicación, junto con alguna crítica o sugerencia (por ejemplo, Robertson pide también un índice de temas)¹⁰. Pero estos no fueron las únicas personas que le hicieron llegar sus opiniones sobre la obra a Smith. Aunque no tenemos registros directos, sabemos de otros comentarios recibidos (además de los anteriores) luego de esa primera edición gracias a una carta enviada por el escocés a Andreas Holt (Smith, 1987, *Corr.* 208). Señala, entre otros, la objeción hecha por el Gobernador Pownall, la crítica hecha por Douglas respecto al tema de la milicia, y la observación de un señor Anderson, al que califica de “diligente, laborioso, y honesto”. Como se puede ver, ya desde su primera edición la obra no pasó desapercibida para el gran público.

Smith publicó en 1778 una segunda edición de la *Riqueza de las Naciones*. En ella revisó algunos de estos puntos y precisó algunos detalles y errores, sin realizar grandes cambios ni agregar contenido sustancial. Sin embargo, y como se verá a continuación, a pesar de esas correcciones hechas, el escocés no se sentía del todo satisfecho con el resultado, y eso lo motivó a encarar una profunda revisión del texto, que lo llevó a publicar, en 1784, la tercera edición de la obra, a la cual considerará, como se dijo, “la versión definitiva”.

IV. El camino hacia la tercera edición y su publicación (1778-1784)

En 1778 Smith tomó un nuevo empleo como Comisionado de Aduanas. Este tipo de trabajo, menos académico y más cercano al comercio real, seguramente permitió al escocés revisar sus tesis centrales sobre cuestiones económicas desde una nueva perspectiva. A eso se sumó el hecho de que, debido a la fama adquirida gracias a su obra, Smith se convirtió en una persona de consulta para diferentes personalidades del gobierno inglés.

Por otra parte, a partir de 1776 los acontecimientos en Norte América se fueron sucediendo con velocidad. Si la relación entre Inglaterra y las colonias americanas había sido antes de 1776 un tema polémico y que había generado alguna duda antes de la publicación de la primera edición, para 1784 esta realidad era ya totalmente diferente, y el tratamiento que podía darse a la cuestión era sustancialmente diferente. Esta nueva situación política y comercial era necesario abordarla con claridad. Inglaterra estaba obligada a repensar su relación con las colonias americanas, y las decisiones que se pudieran tomar en torno a esta cuestión afectarían no solamente a Inglaterra y a las colonias americanas, sino también a aquellas otras colonias que habían permanecido fieles a la corona británica.

En diciembre de 1782 Smith señaló a Thomas Cadell que estaba trabajando en una nueva edición, tomando como base la segunda edición, a la que planeaba hacerle algunas adiciones importantes y enviársela en unos dos o tres meses (Smith, 1987: 263, *Corr.* 222). En mayo de 1783 el trabajo parece estar bastante avanzado, ya que en carta a Strahan le señaló específicamente las adiciones que haría a la obra, aunque reconoce allí que aún no lo tiene listo¹¹. En octubre de 1783, en una nueva carta a Strahan, Smith le manifestó que las adiciones y correcciones a la obra estaban “listas o casi listas” (Smith, 1987: 269, *Corr.* 231). En junio de 1784 corrigió las pruebas finales (Smith, 1987: 275, *Corr.* 237) y en noviembre de 1784

finalmente salió publicada la tercera edición. Se ofreció a la venta, además, un fascículo con los agregados que esta nueva edición poseía (Smith, 1784), destinada a los poseedores de las primeras ediciones, tal como había manifestado Smith (Smith, 1987: 263, *Corr.* 222).

Como se puede ver, las modificaciones y agregados son, para Smith, lo suficientemente importantes como para merecer una atención especial y una publicación independiente. A juicio del escocés, quienes tenían en su poder la primera o la segunda edición no poseían en sus manos la versión completa de lo que él tenía que decir acerca de la cuestión.

Una primera comparación entre la primera y la tercera edición nos permite reconocer múltiples agregados y desarrollos. Sin embargo, es posible distinguir en todos ellos ciertos temas particulares. Y puestos a explicar el motivo de estos agregados y desarrollos, y ciertamente a riesgo de ser algo esquemático, creo que se podría decir que estos están escritos en base a dos fuentes complementarias. Por un lado, las críticas y objeciones recibidas en esos años, particularmente luego de la primera edición. Como se dijo más arriba, recibidas sobre todo luego de la primera edición, algunas amigables y otras más polémicas, lo cierto es que ellas parecen estar, aunque sea de manera indirecta, presentes en los cambios hechos por Smith. Es cierto que él mismo reconoció antes de la publicación de la segunda edición que con las modificaciones que había hecho en 1778 no había buscado responder las objeciones que le fueron presentadas (Smith, 1987: 250, *Corr.* 208), pero resulta difícil no reconocer que en esta nueva versión de 1784 algunos puntos quedan, si no respondidos, por lo menos mejor desarrollados, particularmente los aspectos formales que le habían sido sugeridos¹².

Por otro lado, y creo que este segundo punto es más interesante, hay que mencionar como posible motivo de los agregados y desarrollos a la propia evolución intelectual de Smith, que lo llevó a revisar, completar y perfeccionar sus principios y reflexiones. Como intentaré mostrar, una revisión del epistolario de Smith escrito entre 1778 y 1784 muestra una continua y persistente revisión de sus ideas a la luz de sus experiencias vividas en su trabajo en la Aduana. Esta posición le brindaba un contacto directo con algunos de los problemas sobre los que había tratado de un modo más teórico en la primera edición, permitiéndole enriquecer su mirada sobre los mismos.

En el punto que sigue, me centraré en uno de los elementos en los que creo que es posible percibir una clara evolución en el pensamiento smitheano en el camino que fue de la primera a la tercera edición: la defensa del libre comercio.

V. La tercera edición: una profundización de la defensa de la libertad de comercio

Una mirada general sobre los cambios introducidos en la tercera edición permite reconocer una evolución en el pensamiento económico smitheano. Esta evolución no implica una modificación de aquellos principios que él había considerado esenciales al momento de presentar por primera vez su obra, sino más bien una profundización y desarrollo de los mismos. Entre ellos, uno de los que se destaca, a mi juicio, es el que se da en el tema del libre comercio. Si bien en la primera edición esa idea está claramente presente y es defendida abiertamente, en la tercera edición, y seguramente gracias a la experiencia vivida como Comisionado de Aduanas, sus argumentaciones en defensa del mismo son ampliadas sustancialmente.

En lo que sigue, intentaré mostrar esta evolución en sus ideas, centrándome en dos aspectos particulares, presentes en esta última edición, y con los que completa lo dicho originalmente.

1. Libre comercio y contrabando

Uno de los elementos que más parece haber llamado la atención a Smith al momento de revisar la versión original de su obra es la dificultad fáctica para intentar detener la libre circulación de los bienes por medio de barreras arancelarias, o directamente y de un modo más drástico, por medio de prohibiciones. Si bien ya en la primera edición esta idea había sido sostenida con claridad¹³, en los agregados a la tercera edición se muestra mucho más taxativo, y destacándose en los agregados las dificultades concretas que conlleva este tipo de impedimentos al intercambio de bienes. Frente a quienes proponían administrar el comercio y frenar el libre intercambio, Smith señaló con toda claridad que la prohibición del comercio de ciertos bienes, o el bloqueo por medio de aranceles, daba como único resultado el que estos bienes ingresen por medio del contrabando. Para el escocés, dado que todas las personas anhelan obtener siempre los mejores productos al menor precio, y que los bienes que padecen este intento de bloqueo por parte del gobierno son muchos, el contrabando de bienes ha resultado y resultará siempre virtualmente incontrolable.

Un gran número de los agregados de la tercera edición de la *Riqueza de las Naciones* están vinculados con esta cuestión. Pero lo que es más interesante es que una mirada a las epístolas que envió entre 1778 y 1784 también muestra su especial interés por la cuestión, al mismo tiempo que manifiesta una serie de asombrosas coincidencias argumentativas.

En su nueva posición como Comisionado de Aduanas, Smith tuvo enseguida contacto directo con el tema del contrabando y parece haberle dejado una profunda huella. Según él mismo señaló, fue emocionalmente fuerte, y significó una rápida toma de conciencia acerca de las dificultades que enfrentaría en este nuevo trabajo. En una carta enviada a W. Eden en 1779, el escocés le manifestó con toda franqueza una desagradable situación que vivió apenas iniciado su trabajo en la Aduana:

Las prohibiciones no evitan la importación de los bienes prohibidos. Ellos son comprados en todas partes y de manera justa, por personas que no están ni remotamente al tanto de que están comprando cosas prohibidas. Más o menos una semana después de que fui nombrado Comisionado de Aduanas, al mirar la lista de bienes prohibidos (que está colgada en cada una de las oficinas de Aduanas y que vale la pena que usted las tenga en cuenta) y al mirar mi propia ropa, encontré, para gran sorpresa mía, que yo tenía muy pocas cosas, una corbata, un par de volados, o un pañuelo de bolsillo, que no estaban prohibidos para ser vestidos o usados en Gran Bretaña. Quise dar un ejemplo y quemé todo. No le recomendaría examinar ni su ropa ni la de la señora Eden, ni los muebles de su casa, a menos que quiera pasar por un apuro similar (Smith, 1987: 245-246, *Corr.* 203)¹⁴.

Como se dijo más arriba, si bien es cierto que en la primera edición de la *Riqueza de las Naciones* se había tocado el tema del contrabando, sus primeros días como Comisionado de Aduanas no hicieron más que reforzar su posición. Smith se dio cuenta que no es solamente que, más allá de las prohibiciones o impuestos, los productos entran igual en el país, sino que los propios consumidores, en un gran número de casos, los compran sin tener ninguna noticia de que ellos están efectivamente prohibidos en ese país. En otras palabras, los compran de buena fe, convencidos de su legalidad. El hecho de que lo ignorara el propio Comisionado de Aduana no solamente refuerza esta idea, sino que le vuelve evidente la imposibilidad de que estas prohibiciones funcionen. Una prohibición que es desconocida por la gran mayoría de las personas es una prohibición que carece de efectividad.

A la luz de esta experiencia (y otras) no llama la atención un breve pero contundente agregado que encontramos en la tercera edición. Así, en 1784, al comienzo del segundo capítulo del libro IV, donde se trata sobre las “Restricciones a importar de otros países extranjeros bienes que se pueden producir en el propio”, Smith explícitamente adicionó el siguiente texto, el cual, siendo muy breve, no deja de ser tremendamente sugestivo: “La variedad de bienes cuya importación a Gran Bretaña está prohibida, sea absolutamente, o bajo ciertas circunstancias, excede por mucho lo que fácilmente podría ser sospechado por aquellos que no están bien informados acerca de las leyes de aduana” (Smith, 1981: 457).

A primera vista, uno podría suponer que Smith está describiendo de un modo neutral y científico una situación general propia de los habitantes de Inglaterra. En otras palabras, para el lector de la obra, lo que el escocés parece aquí denunciar es el hecho de que mucha gente desconocía qué productos estaban prohibidos, y que ello constituía un problema para quienes controlaban los productos que ingresaban (ilegalmente) al país. Sin embargo, leído junto con sus epístolas, el texto tiene claramente un tinte mucho más personal. Sin decirlo abiertamente, Smith no está describiendo solamente a un anónimo consumidor inglés, sino que está describiendo su propia vivencia ante el problema del contrabando. Él mismo ha sido parte de ese grupo de personas, como lo describió más arriba, y ha comprado una gran cantidad de bienes sin siquiera sospechar de la prohibición que pesaba sobre ellos.

Otros agregados, como el que hace en el capítulo 3 de libro IV, van en la misma dirección. Luego de una breve referencia respecto del problema que genera el mercantilismo, Smith adicionó un largo texto en el que ejemplificó lo sucedido con el comercio entre Inglaterra y Francia. Allí, uno puede leer un rápido repaso de la evolución que sufrieron los impuestos aduaneros a los que estaban sujetos los productos importados de Francia. La conclusión con la que termina el agregado es contundente: el comercio legal entre Gran Bretaña y Francia ha virtualmente desaparecido y en cambio: “los contrabandistas son hoy los principales importadores, tanto de bienes británicos en Francia, como de bienes franceses en Gran Bretaña” (Smith, 1981: 474).

Debe señalarse, al igual que el ejemplo anterior, que esta idea había aparecido recurrentemente en las epístolas que escribió en esos años. Por ejemplo, en 1778 John Macpherson le atribuye a Smith el haber convencido a un noble de lo inútil que sería intentar detener el contrabando en América

(Smith, 1987: 237, *Corr.* 197). También en la carta a Eden, unas líneas después del citado texto, Smith se muestra muy terminante y señala: “Todos esos altos impuestos, que hacen muy difícil el comercio legal de esos bienes sobre los que estos recaen, son igualmente dañinos a los ingresos e igualmente favorables al contrabando, como las prohibiciones absolutas” (Smith, 1987: 246, *Corr.* 203).

Como se puede ver, el contrabando parece ser para Smith el resultado natural de esta prohibición de importar bienes. Y la única manera de evitarlo de un modo realista es, paradójicamente, una mayor apertura comercial y no un mayor control por parte del Gobierno. Pero lo que ve con más claridad a partir de su trabajo en la Aduana es que este tipo de prohibición, además de perjudicial en términos económicos, requiere de una capacidad de control que de hecho es inviable y lo hace de imposible cumplimiento. La originalidad de estas ideas le son reconocidas a Smith por John Dempster, quien en 1783 lo convocó a hablar a un “Comité sobre el Contrabando” para que exponga sus “ideas acerca de la manera más eficiente para detener el Contrabando, que según toda la información que tenemos ha llegado a un nivel alarmantemente alto” (Smith, 1987: 273, *Corr.* 234). Estas ideas que le piden no son otras que las que Smith ya había manifestado, a saber, abrir el comercio bajando los impuestos (incluso eventualmente, quitándolos) y posibilitando así que el comercio se realice abierta y legalmente. Solo así se puede detener el contrabando.

2. Libre comercio e industrias nacionales

Una segunda línea argumentativa busca mostrar que, al no fomentarse el libre comercio, el resultado económico e industrial de los países que han impedido el intercambio comercial termina siendo peor para las industrias nacionales y para los consumidores del propio país. Si bien esto también estaba dicho en la primera edición, Smith agrega, especialmente en el libro IV, una serie de casos, a los que analiza con gran minuciosidad. Seguramente también su posición como Comisionado de Aduanas le proveyó gran cantidad de información, que utilizó en esta nueva edición.

El caso más interesante que agregar quizás sea el de los Arenques holandeses. El análisis de este caso fue planteado por primera por Smith en la epístola 203, en 1780 (Smith, 1987: 244-246, *Corr.* 203). Allí, en el marco de la discusión acerca de la apertura comercial entre Irlanda e Inglaterra, Smith realiza una crítica tanto a los subsidios a las exportaciones como los impedimentos a las importaciones. Al tratar sobre esto último, introduce

con gran detalle el caso de los Arenques Holandeses. Aun cuando la discusión a la que había sido convocado era muy específica (una potencial apertura comercial entre Irlanda e Inglaterra), Smith desvía la atención a un caso particular de la industria pesquera. El escocés señala que los Arenques Holandeses no pueden ser importados a Gran Bretaña, pero

son, sin embargo, tan superiores a los británicos que usted no puede imaginar la diferencia. El precio de un barril de Arenques curados británicos es de alrededor de una guinea, e imagino que el del barril holandés debe ser aproximadamente igual (Smith, 1987: 245, *Corr.* 203).

En otras palabras, aunque el precio ha terminado siendo bastante similar, la calidad del arenque holandés es abrumadoramente superior al arenque británico. Se hace necesario así abrir la importación, apertura que tendrá como efecto una ampliación del mercado de arenques británicos y, sobre todo, una mejora de la calidad del producto (Smith, 1987: 245, *Corr.* 203).

En la edición de 1784 Smith adiciona un largo pasaje en el libro IV, que va desde v, a, 28 hasta v, a, 37 (páginas 518 a 523). Allí analiza también con gran detenimiento el caso de los Arenques Holandeses. Reitera (e incluso con más precisión que en la epístola) toda la cuestión, señalando que al final el precio que se paga en Gran Bretaña es “de cerca de una guinea”. En estas páginas el tratamiento del tema es más amplio y más complejo, pero claramente paralelo al presentado en su *Correspondencia*. La conclusión, en ambos casos, termina siendo la misma. Ha sido la propia industria nacional la que ha quedado herida debido a la dificultad de comerciar libremente el producto. Lo que nuevamente se advierte es la precisión y puntiliosidad del análisis del caso. Evidentemente, había llamado la atención de Smith lo suficiente como para presentárselo primero a Eden en 1779, y luego para agregarlo a la *Riqueza de las Naciones*.

En este mismo sentido, un segundo elemento que se advierte es la reiterada apelación a prestar menos atención al comercio con las colonias, quizás de un modo especial, con las colonias americanas, y en cambio abrir el comercio “con las naciones vecinas”. Este comercio es ventajoso para el país, para sus industrias y sus habitantes, y debe llevar a los gobiernos de países vecinos a superar inútiles y costosos recelos y desconfianzas. Una muy posible justificación de la acentuación de este problema puede deberse al momento en el que fueron publicadas ambas ediciones. La primera

edición de la *Riqueza de las Naciones* apareció justo en el momento en el que estallaba el conflicto entre la corona inglesa y las colonias americanas, y ello pudo llevar a Smith a ser más moderado en sus expresiones¹⁵.

Para 1784, año en que se dio a conocer la tercera edición, la situación en América había cambiado de manera irreversible, y el comercio con los recientemente independizados americanos sí podía cuestionarse, en la medida en que ahora correspondía pensar desde una óptica política muy diferente. Las epístolas de entre 1779 y 1784 muestran que Smith abiertamente defiende el comercio con las “naciones vecinas”, por ser más conveniente para todos. En una epístola enviada también a W. Eden, ahora en 1783, luego de comparar la calidad y los precios de algunos productos producidos en América y con los mismos pero producidos en Europa, Smith afirma que, si trataran a todas las naciones por igual, entonces: “podríamos abrir pronto el comercio con nuestras naciones vecinas de Europa, lo que sería más ventajoso que aquel (comercio) con un país tan lejano como América” (Smith, 1987: 271, *Corr.* 233)

En esta dirección, hay una serie de agregados que llaman poderosamente la atención en la tercera edición, y son lo que se presentan en el libro IV, capítulo 3. Con las colonias americanas ya independizadas, Smith no tiene reparos en recomendar la apertura comercial con Francia, país con el que los ingleses tenían una profunda desconfianza. Si esos países verdaderamente siguieran lo que conviene a sus verdaderos intereses, entonces para Smith: “El comercio con Francia sería el más ventajoso para Inglaterra que aquel que pudiera tener con cualquier otro país, y por la misma razón el comercio con Inglaterra para Francia” (Smith, 1981: 495).

Si en la edición de 1776 la crítica al comercio con las colonias, y en particular, las colonias americanas, estaba presente de manera sutil, ahora en 1784 esto es explícito y contundente. Conviene claramente comerciar con Francia antes que con Norteamérica, ya que el resultado del primero es “al menos, tres veces superior al tan ponderado comercio con nuestras colonias americanas” (Smith, 1981: 495)

Como se puede ver, la apertura comercial con los países vecinos es objetivamente ventajoso para todos, y debe llamar a los gobernantes a superar viejos conflictos y desarrollar estos vínculos comerciales por el bien de sus propios conciudadanos.

VI. Conclusiones

Como señala Gonzalo Carrión, la figura de Adam Smith es problemática en tanto que es un autor muy *reconocido*, pero al mismo tiempo, poco *conocido* en sus matices y su complejidad (Carrión, 2017: 12). Esta coexistencia y desproporción entre reconocimiento y conocimiento dificultan un acercamiento integral a sus ideas. En el caso de la *Riqueza de las Naciones*, además, parece imponerse una lectura del pensamiento del escocés bastante menos dinámica y evolutiva de lo que una aproximación hecha a partir de las distintas ediciones nos muestra. En este ensayo he intentado mostrar esa evolución intelectual, centrándome en algunos agregados hechos por él en su reflexión sobre el libre comercio. Estos muestran un creciente convencimiento de las bondades del libre comercio, y, según creo, su inspiración intelectual está íntimamente vinculada a su trabajo como Comisionado de Aduanas, y está presente en su correspondencia privada de esos años.

Las experiencias vividas en la Aduana, y transmitidas a distintos interlocutores en sus misivas, muestran la importancia que tuvieron estas experiencias en su vida. Al mismo tiempo, permiten reconocer y reinterpretar algunos de los agregados hechos en su tercera edición, dándonos una visión más acabada del pensamiento de Smith. Queda, para futuros trabajos, el desafío de un análisis más exhaustivo de otros elementos, también presentes y que aquí fueron conscientemente dejados de lado. Este tipo de abordaje permitirá, a mi juicio, enriquecer la mirada que tenemos de la obra y del pensamiento de Adam Smith.

Referencias Bibliográficas

- Carrión, G. (2017). “Estudio introductorio a Adam Smith”. En *Escritos preliminares de la Riqueza de las Naciones y Consideraciones sobre la primera formación de las lenguas*. Madrid: Biblioteca Nueva, Madrid.
- Perpere Viñuales, Á. (2019). “Adam Smith y el comercio internacional a la luz de su *Correspondencia*”. *Filosofía de la Economía*, 8(2), 120-120.
- Rae, J. (1895). *Life of Adam Smith*. London: Macmillan & Co.
- Scott, W. R. (1935). “The Manuscript of an Early Draft of Part of the *Wealth of Nations*”. *The Economic Journal*, 45(179), 427-438.
- Smith, A. (1784). *Additions and Corrections to the First and Second Edition of Dr. Adam Smith's Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*.

- Smith, A. (1982). *Essays on Philosophical Subjects* (Reprint. Originally Oxford, Clarendon Press, 1980) (Glasgow edition of the Works and Correspondence of Adam Smith, v. 3). Indianapolis: Liberty Fund.
- Smith, A. (1987). *Correspondence of Adam Smith* 1987 (Reprint. Originally Oxford, Clarendon Press, 1977) (Glasgow edition of the Works and Correspondence of Adam Smith, v. 6). Indianapolis: Liberty Fund.
- Smith, A. (1981). *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (Reprint. Originally: Oxford, Clarendon Press, 1979) (Glasgow editions of the work and Correspondence of Adam Smith; 2). Indianapolis: Liberty Fund.

¹ Las ediciones son 6: la 1ra, publicada en marzo de 1776, la 2da, publicada el 28 de febrero de 1778, la tercera, publicada el 20 de noviembre de 1784, la cuarta, publicada el 6 de noviembre de 1786, la 5ta, publicada en 1789 y la 6ta, publicada en 1791. El 20 de noviembre de 1784 fue publicada también el texto *Additions and Correction...*, destinado a aquellos que poseían las primeras dos ediciones. Cfr. W. B. Todd, "General Introduction" (Smith, 1981: 61-64).

² Véase por ejemplo, al comienzo de la tercera edición: Smith, A. (1981: 8).

³ Véase Smith, A. (1981: 9).

⁴ "I have begun to write a book in order to pass away the time" (Smith, 1987: 102, *Corr.* 82).

⁵ No hay una fecha exacta establecida. La recién mencionada está de acuerdo con otros descubrimientos, pero estos tampoco son concluyentes. Cfr. Scott (1935). Véase también Carrión (2017). Incluso, para Rae (1985: 284), la obra está anunciada en los párrafos finales de la edición de 1759 de la *Teoría de los Sentimientos Morales*.

⁶ John Glassford (1715-1783) fue un reconocido comerciante escocés, con importante presencia en la vida comercial entre las Islas Británicas y las colonias.

⁷ Hume escribe a Smith: "How can you so much as entertain a thought of publishing a Book, full of Reason, Sense and Learning, to these wicked, abandon'd Madmen" (Smith, 1987: 156-157, *Corr.* 123).

⁸ La carta dice textualmente: "finish your work before Autumn, go to London, print it". No se aclara si efectivamente se refiere a la *Riqueza de las Naciones*, pero hay buenas razones para pensar que sí lo es. En primer lugar, la *Teoría de los Sentimientos Morales* ya había sido publicada para esa fecha. Podría argumentarse que la exhortación de Hume se refiere a cambios necesarios para una nueva edición de la *Teoría de los Sentimientos Morales*. Si fuera así, de hecho, la edición más cercana sería la cuarta, que fue publicada en 1774. Pero hay que señalar que los cambios sustanciales de esa obra están sobre todo en la segunda edición (1761) y en la sexta (1790). En mi opinión, el texto apunta a que termine de preparar la *Riqueza de las Naciones*.

⁹ El texto actualmente está publicado en Smith (1982).

¹⁰ "I should wish that in the 2nd Edition you should give a copious index" (Smith, 1987: 192, *Corr.* 153).

¹¹ "The principal additions are to the second volume. Some new arguments against the corn bounty; against the herring buss bounty; a new concluding chapter upon the mercantile system; a short history and, I presume, a full exposition of the Absurdity and hurtfulness of almost all our chartered trading companies" (Smith, 1987: 266, *Corr.* 227).

¹² Por ejemplo, el tema del Index, sugerido por Hugh Blair (Smith, 1987, *Corr.* 151) y William Robert Smith (Smith, 1987, *Corr.* 153), y al que Smith, hasta poco antes de la publicación, prestó atención. Cfr. Smith (1987: 280, *Corr.* 242).

¹³ Enmarcado en una discusión más amplia, puede verse Smith (1981: 880-906).

¹⁴ Sobre esta Carta también puede verse Perpère Viñuales (2019).

¹⁵ Como se señaló más arriba, las epístolas enviadas a Smith por sus amigos, particularmente por David Hume, dan cuenta de la presencia del problema de las colonias americanas en el pensamiento Smitheano anterior a 1776.

La complejidad de lo moderno. Una crítica católica entre Carl Schmitt y Augusto Del Noce

Salvatore Muscolino*

Università degli Studi di Palermo
salvatore.muscolino@unipa.it

Revista Cultura Económica

Año XXXIX • N°101

Junio 2021: 134-146

Resumen: En el presente artículo propongo señalar algunas importantes afinidades entre Carl Schmitt y Augusto Del Noce. Estos dos importantes pensadores católicos comprendieron la relación profunda entre ateísmo y técnica. Este tema es muy interesante para comprender la génesis “espiritual” de la “sociedad opulenta” y, sobre todo, para comprender un aspecto importante que ha llevado a la afirmación de la ideología del neoliberalismo. Estos temas son fundamentales para el pensamiento filosófico católico actual, que después del Concilio Vaticano II tiene que enfrentarse a la Modernidad.

Palabras clave: Carl Schmitt; Augusto Del Noce; Ateísmo; Técnica; Neoliberalismo

The complexity of the modern. A catholic critique between Carl Schmitt and Augusto Del Noce

Abstract: *In this article I propose to point out some important affinities between Carl Schmitt and Augusto Del Noce. These two important catholic thinkers understood the profound relationship between atheism and technique. This topic is very interesting to understand the "spiritual" genesis of the "affluent society" and, above all, to understand an important aspect that has led to the affirmation of the ideology of neoliberalism. These topics are fundamental to current catholic philosophical thought, which after Vatican Council II has to confront Modernity.*

Keywords: *Carl Schmitt; Augusto Del Noce; Atheism; Technique; Neoliberalism*

Mi propósito en este artículo es explicitar algunas importantes afinidades entre Carl Schmitt y Augusto Del Noce.¹ No me propongo, sin embargo, aquí una comparación sistemática. Tratándose de dos pensadores tan prolíficos y profundos, esta sería una tarea imposible para un solo artículo. Más bien voy a tratar ciertos aspectos específicos de algunas de sus obras que, en mi opinión, siguen siendo actualmente relevantes. Siendo ambos pensadores católicos, tanto Schmitt como Del Noce consideraron que tanto para la interpretación general de la Modernidad como para la comprensión de la génesis de la sociedad de masas del siglo XX (la “sociedad opulenta” en el léxico de Del Noce), es necesario entender las relaciones profundas entre la cuestión del ateísmo y la técnica.

Es sabido que la filosofía del siglo XX ha prestado mucha atención al tema de la técnica. Hoy es importante volver a reflexionar sobre ella para comprender mejor las raíces espirituales que están detrás del triunfo del neoliberalismo de las últimas décadas. Al mismo tiempo, dicha comprensión puede ayudar a comenzar a imaginar soluciones teóricas para salir de la crisis que el paradigma neoliberal no parece estar en condiciones de encarar, especialmente después de la crisis financiera de los años 2007-2008.

Desde el punto de vista de la historia de las ideas, creo que la difusión de la ideología neoliberal se puede considerar como una de las más inquietantes consecuencias de la “muerte de Dios” anunciada por Nietzsche. Esta última no es solo una cuestión religiosa o especulativa, sino un evento central en la historia espiritual occidental que tiene consecuencias práctico-políticas muy importantes tal como Schmitt y Del Noce comprendieron bien.

La difusión del ateísmo, en un plano sociológico, es al mismo tiempo causa y efecto del llamado proceso de secularización. En la filosofía y en las ciencias sociales, esta categoría tiene dos acepciones diferentes: una “descriptiva” empleada para indicar algunos rasgos distintivos de la evolución histórica de la sociedad moderna europeo-occidental (Weber hablaba de *Entzauberung*); otra “normativa” para referirse a un deber-ser o incluso a una verdadera filosofía de la historia en la que la sociedad *tiene* que organizarse sin hacer ninguna referencia a Dios ni a lo Sagrado (Casanova, 2012: 21).

Para entender mejor el concepto de secularización, Charles Taylor propone mirar la experiencia global que ha madurado durante la

Modernidad bajo el concepto de “Marco Inmanente”. Para Taylor, la sociedad secular noratlántica sería el resultado de un proceso histórico, científico, político y moral a través del cual ha sido posible imaginar un ordenamiento normativo del mundo como algo absolutamente inmanente (Taylor, 2007). Esto significa que la sociedad “secular” se organiza (aspecto descriptivo) pero, sobre todo, *tiene que* organizarse (aspecto normativo) sin ninguna referencia a Dios ni a la dimensión de la trascendencia.

Después de esta breve pero necesaria premisa, la razón de la comparación que voy proponer resulta más clara: en efecto, más allá de las diferencias, tanto Schmitt como Del Noce creen que el ateísmo no es un problema solo especulativo, sino que tiene importantes consecuencias práctico-políticas que llevan poco a poco hacia la dinámica tecnocrática que hoy sin duda es una de las causas de la crisis de las sociedades occidentales. Esta opinión se funda en sus análisis de la Modernidad que Schmitt interpreta desde un punto de vista sobre todo jurídico, mientras que Del Noce lo hace desde una perspectiva filosófica.

Sin embargo, por lo que he podido investigar, sus interpretaciones se pueden integrar para comprender la complejidad de lo moderno, con el que siempre tiene que enfrentarse el pensamiento católico si quiere entender las raíces “espirituales” de la sociedad contemporánea, y hasta situar de manera adecuada las relaciones entre liberalismo y neoliberalismo.²

I. Los “dos filones” de la Modernidad

Las afinidades entre Schmitt y Del Noce son múltiples. Entre ellas se pueden destacar la formación católica, el interés por la cuestión filosófica del ateísmo, la hostilidad hacia el socialismo. En mi opinión, la comparación entre estos autores es muy interesante porque ambos se enfrentan a la Modernidad sin utilizar el canon hermenéutico dominante en el mundo católico antes del Concilio Vaticano II por causa del tomismo neoescolástico.

Según este esquema, la filosofía moderna tiene un error inicial, es decir, el *cogito* de Descartes, que ha producido efectos negativos en los siglos siguientes, alcanzando casi una lógica lineal. Esta visión “decadente” y “lineal”, según la cual el ateísmo sería un lógico efecto de la vuelta inmanentista impresa por el *cogito* de Descartes, implica una interpretación unilateral de la Modernidad, cargada de importantes consecuencias tanto a nivel práctico como teórico. Si asumimos la obra del tomista Cornelio Fabro como modelo de esta interpretación unilateral de la Modernidad

(Fabro, 1964), la primacía reconocida al *cogito* implica un juicio de condena de todo el pensamiento filosófico moderno porque *ab origine* estuvo dirigido hacia una total inmanencia y, además, una interpretación de la génesis de la Modernidad a un nivel meramente filosófico, es decir, especulativo perdiendo de vista todo el contexto histórico, religioso y político del que ella “sale”.³ En la interpretación de Fabro parece casi que el *cogito* cartesiano es el único responsable del origen y de la decadencia de la Modernidad y por tanto la única respuesta posible de parte del catolicismo es el antimodernismo y el rechazo, en ámbito político, de todos los compromisos con el liberalismo y con el sistema de los derechos y de las libertades modernas.⁴

Contra esta interpretación unilateral de la Modernidad, dentro del mundo católico ya se levantan en los años treinta voces más atentas a la “complejidad” de lo moderno y a sus dinámicas. Basta recordar los nombres de Jacques Maritain, Henry de Lubac, Étienne Gilson y Augusto del Noce.⁵ Todos estos autores tratan de reflexionar sobre la relación entre Cristianismo y Modernidad de una forma menos unilateral con respecto a la estructura hermenéutica de la Neoescolástica y del Antimodernismo. Entre estos autores considero que Del Noce es el más interesante para una comparación con Schmitt.

En efecto, Schmitt no es en absoluto un pensador antimoderno. Por el contrario, se trata, más bien, de un autor que reflexiona sobre el aspecto *trágico* de lo moderno a partir de su perspectiva jurídica. Del Noce, por su lado, propone la famosa hipótesis hermenéutica de los “dos filones” de la Modernidad a partir de la filosofía de Descartes: el primero, que ha permanecido minoritario, procede de Descartes a través de Vico, Malenbranche y Pascal hasta Rosmini, manteniendo una apertura a la Trascendencia y representando una especie de “modernidad católica” franco-italiana. El segundo filón, a la larga mayoritario, representa el trayecto de Descartes a la opción atea y al rechazo de todas las relaciones con la Trascendencia (Marx y Nietzsche), y representa la línea protestante-alemán de lo moderno.

El punto más interesante es que tanto Schmitt como Del Noce tratan de ver en la Modernidad no solo una oposición *meramente* filosófica a la Edad Media sino una *respuesta*, sin duda trágica y problemática, a los conflictos religiosos del siglo XVI que han destruido la *Respublica Christiana*.

Del Noce, por ejemplo, recomienda leer en la filosofía cartesiana no tanto la afirmación del principio de inmanencia cuanto el intento de hacer filosofía a la luz de la “experiencia de la libertad” (sobre todo en respuesta al escepticismo libertino).⁶ A partir de esta clave de lectura del *cogito* cartesiano, puede leer el camino de la Modernidad en modo menos unilateral que Fabro y que la Neoescolástica tomista. El verdadero hilo de Ariadna del pensamiento moderno es la experiencia de la libertad que se impone de modo ineludible después de las guerras de religión y de la fractura de la unidad religiosa debido a la reforma protestante.

Así, la relación entre Modernidad y Cristianismo asume una fisonomía diferente, más multiforme, con respecto al paradigma neoescolástico. La Modernidad no es una época anticristiana debido a la vuelta inmanentista del *cogito* cartesiano, más bien es la época histórica en la que el Cristianismo tiene que enfrentarse con los principios de libertad y de historicidad que no se encontraban, o que eran minoritarios, en el pensamiento filosófico clásico y medieval. Al lado de la línea atea, que desde Descartes llega hasta Marx y Nietzsche, Del Noce trata de recuperar una tradición del pensamiento católico que encuentra en el catolicismo liberal de Rosmini la fuerza teórica que el Concilio Vaticano II volverá a cobrar.⁷

Diferentes son los aspectos en común que se pueden encontrar en los análisis de Del Noce y de Schmitt sobre la Modernidad. Incluso, me parece interesante observar la anterioridad cronológica de algunas ideas de Schmitt con respecto a Del Noce. En el ensayo de 1929 sobre *La época de las neutralizaciones y las despolitizaciones*, Schmitt propone una interpretación de la Modernidad que no es de tipo lineal o teleológico. Para Schmitt, el espíritu europeo durante la Modernidad se define a partir del desplazamiento de los que él llama “centros de referencia”. En otras palabras, en su visión, en un intento de encontrar un elemento capaz de “neutralizar” los conflictos que surgen en la sociedad y en la conciencia al quebrarse la unidad de la *Respublica Christiana* después de la Reforma protestante, el hombre moderno trata de encontrar un ámbito que pueda sustituir la religión y la teología que ya no son capaces de garantizar la paz: y este ámbito de neutralización se identifica antes en la metafísica (siglo XVII) y después en la moral humanitaria (siglo XVIII), en la economía (siglo XIX) y por fin en la técnica (siglo XX). El siglo XX es el de la técnica en un sentido específico: para Schmitt, el aspecto peculiar de la edad de la técnica es una verdadera “metafísica activista” que cree poder aumentar el control sobre la

naturaleza y perfeccionar la existencia individual hasta el infinito (Schmitt, 1984).

Sin duda, también Schmitt cree que en la Modernidad se realiza una progresiva afirmación de una dinámica inmanente, aunque esta no se basa sobre un error inicial, como en la interpretación de Fabro, ni se apoya sobre una lógica teleológica.⁸ Sin embargo, en un libro publicado inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, Schmitt explica cómo la génesis y el sucesivo desarrollo de la Modernidad se conecta con el contexto histórico, político y jurídico de las guerras de religión. En este texto Schmitt integra autores como Bodin y Hobbes en el mismo marco problemático en el que Del Noce coloca a Descartes. Schmitt subraya cómo la obra de Bodin y de Hobbes no se comprende sin considerar el quiebre de la unidad religiosa que impone reemplazar la teología por el “derecho”, para realizar la unidad política y social, es decir, la paz y la seguridad. Para Schmitt, los propósitos de estos autores eran buenos y verdaderos aunque los resultados históricos fueran diferentes. Sin duda, estos eran racionalistas pero no en la dirección del positivismo y de la pura técnica como sucederá en el siglo XIX (Schmitt, 1987: 75).

Sobre todo en Hobbes, la Ilustración no tiene ninguno de los aspectos que el racionalismo tendrá más tarde entre los siglos XVIII y XIX. Para Schmitt, tanto Hobbes como Bodin tratan de salvar lo que “se puede salvar” frente al fracaso de la teología y de la religión como medios para asegurar la paz y la seguridad. Su elección en favor del Estado no es una elección hecha por arrogancia sino por “*disperazione*” (Schmitt, 1987: 75). Por esta razón Schmitt considera el *Jus Publicum Europaeum* como la conquista más importante de la Edad Moderna, que ha sido útil para superar el concepto de “guerra justa” y no criminalizar al adversario político ya que los estados se ponen como entidades soberanas iguales entre ellas (Schmitt, 2005). Esta simple referencia al *Jus Publicum Europaeum* ayuda a comprender que es restrictivo considerar a Schmitt como un tradicionalista o un antimoderno, aunque tuviera un diálogo muy intenso con los pensadores contrarrevolucionarios.

Para Schmitt, en efecto, el racionalismo positivista y el laicismo del siglo XIX son el verdadero punto de vuelta hacia el ateísmo y el sometimiento de la ciencia jurídica a la técnica en una época “espiritual” definida, como he explicado, por una “metafísica activista”. Este clima “espiritual” lleva a la identificación del concepto jurídico de legitimidad con el de legalidad decretando la victoria del positivismo.

Schmitt sostiene que en el siglo XX, con la afirmación de la técnica, el *Jus Publicum Europaeum* llegó a su fin y con ello una entera estación del pensamiento y de la experiencia jurídica occidental (Schmitt, 1987: 76-77). Está claro que los análisis de Schmitt ayudan a comprender un aspecto relevante del proceso de secularización que caracteriza la experiencia de la Modernidad. La difusión de una “metafísica activista” está muy atada a la difusión del ateísmo, es decir, al rechazo de todas las necesidades que trascienden la praxis de una humanidad que se forja a sí misma. Y es así como los análisis de Schmitt se encuentran con los de Del Noce.

II. Marx y la opción atea

Un segundo aspecto en común entre Schmitt y Del Noce es la importancia que ellos conceden al pensamiento de Marx, estimado como un momento crucial en el camino de la Modernidad hacia el ateísmo, sobre todo a la luz de los entrelazamientos entre el momento teórico-filosófico, y el momento práctico-político.

Para comprender bien la vuelta epocal impresa por Marx es necesario partir de su relación con Hegel. Tanto Del Noce como Schmitt afirman que la contribución profunda de Marx es la de un filósofo *tout court* y no de un economista: el marxismo es una “filosofía” en la mejor tradición de la filosofía clásica alemana y por tanto hay que comprenderla y juzgarla como tal. El verdadero núcleo teórico del marxismo para Del Noce estriba en la transformación de la filosofía en “praxis”, es decir, en la acción política de transformación de la realidad. Con este propósito, Del Noce cita las *Tesis sobre Feurbach* en las que Marx explica su superación de Hegel fundando la “filosofía de la praxis”.

Es justo esta relación de superación de Hegel que pone a Marx en un lugar crucial en la historia de la filosofía moderna:

El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente escolástico (Marx, 1845: párr. II).

Contra la pretensión de Hegel de que la reconciliación de pensamiento y realidad ocurre a nivel especulativo, Marx defiende la

necesidad de que la filosofía, para ser una verdadera crítica de la realidad, se convierta en praxis política, es decir, en acción de transformación del mundo. El principio teórico que Marx elige implica que el auténtico pensamiento filosófico es *inseparable* de su realización práctica, por tanto la categoría de “Revolución” para Del Noce es la más correcta para connotar el marxismo concebido como superación de la filosofía especulativa (Del Noce, 1964: 128 y ss.). El marxismo se convierte en el ápice de la filosofía moderna interpretada como “Revolución permanente” porque la “Revolución”

es una categoría filosófica a la que se llega a través de un proceso filosófico. Significa la liberación política del hombre de la “alienación” a la que se ve obligado por los órdenes sociales logrados hasta ahora y que tiene sus raíces únicamente en la estructura de estos órdenes (Del Noce, 1964: 361).

En este marco teórico, el ateísmo es el presupuesto conceptual del sistema marxista. Como afirma Del Noce, solo sobre este presupuesto tiene sentido imaginar la edificación de una sociedad reconciliada consigo misma como resultado de la sola acción humana.⁹

El ateísmo del marxismo no es, por tanto, de tipo especulativo. Es decir, no se trata de una conclusión a la que el hombre llega después de la investigación filosófica sobre la naturaleza del ser, y tampoco es una crítica ética contra los males de la sociedad. Se trata, más bien, de un “ateísmo postulatorio” porque está puesto al inicio del sistema como presupuesto necesario para garantizar la libertad y la autonomía del hombre en la historia. Esto justifica la conclusión, para Del Noce, de que el ateísmo moderno se basa sobre el rechazo, a pesar de no tener pruebas, del *status naturae lapsae*, es decir, la negación del pecado original.¹⁰

Pero la reflexión más importante, para Del Noce, es que el rechazo del pecado original no es una consecuencia de la opción atea, sino todo lo contrario (Del Noce, 1964: 366). Es la voluntad de vivir sin referencia a una dimensión religiosa la que prepara el camino para el ateísmo (Del Noce, 1964: 366). Puesto que el criterio de verdad en el que tiene que inspirarse el ateísmo es la posibilidad real de orientar el proceso histórico, entonces el rechazo de Dios es consiguiente a la constatación de que

el pensamiento trascendente es sobrepasado por la historia; en el sentido de que el proceso histórico del pensamiento no puede explicarse sino concibiéndolo como un desarrollo hacia una inmanencia cada vez más rigurosa; y en el de la impotencia de este

pensamiento para dar lugar a formas políticas y sociales eficientes (Del Noce, 1964: 369).

Por tanto, para Del Noce, en el ateísmo moderno, que encuentra en el marxismo su forma completa, hay una elección de principio contra la Trascendencia en favor de la libertad y de la autonomía absoluta del hombre (Del Noce, 1964: 342). Esta conclusión, halla una prueba en la circunstancia histórica de la última parte del siglo XVII, con la difusión del “cientificismo”, es decir, de la ideología de la ciencia. Ella se da por una motivación de tipo político porque tanto la religión tradicional como la metafísica cartesiana eran incapaces de dar una respuesta satisfactoria a las preguntas en aquel tiempo urgentes (Del Noce, 1964: 368).

De este modo, en el ateísmo marxista encuentra confirmación una idea tradicional del pensamiento católico: “la esencia del racionalismo es una opción libre por la aseidad y la autosuficiencia humana; no es el resultado de pruebas especulativas, sino de argumentos posteriores a la oposición, a través de los cuales pretende legitimarse” (Del Noce, 1964: 366).

Esta interpretación histórico-filosófica del marxismo, en mi opinión, presenta afinidades sugestivas con la lectura que Schmitt hace de Marx en el marco de una Modernidad que, según el jurista alemán, también hay que interpretar bajo la categoría de la “Revolución permanente” (Galli, 2008: 65). Schmitt piensa también que es necesario leer a Marx como filósofo más que como economista porque su interés hacia la economía viene de su vocación “científica”, impuesta por la dialéctica de la historia extraída de Hegel. En los años veinte, en el ensayo *Catolicismo romano y forma política*, Schmitt recuerda que una de las más fecundas intuiciones de Marx es que la técnica es el verdadero principio revolucionario (Schmitt, 2011: 55). En efecto, el marxismo se presenta como un pensamiento básicamente tecnocrático y antiesencialista aunque, es justo recordarlo, mantenga un impulso universalista que se desmayaría con el “padre” filosófico del siglo XX, es decir, con Nietzsche. El problema de la sociedad moderna no es la técnica en sí porque para Schmitt es algo neutral. Más bien la “metafísica activista” que está detrás de ella es la responsable de la confianza fidelista de un control total sobre la naturaleza y de un perfeccionamiento ilimitado del hombre. Esta “metafísica activista” hoy se reencuentra en la ideología neoliberal.¹¹

Por otro lado, Del Noce piensa algo semejante cuando observa que la técnica surgió dentro de un horizonte cristiano, pero el *pantecnicismo* se debe a la mutación del “marco espiritual” de referencia: desde el teísmo hasta el ateísmo. La sociedad dominada por la técnica es aquella en la que el hombre se convierte en un objeto, en un engranaje y donde se produce una “total desacralización” y “depersonalización de lo real” (Del Noce, 1964: 314). Para Del Noce, esta mentalidad *pantécnica* caracteriza a la sociedad “opulenta”, es decir, a la sociedad en la que desaparece la tensión dialéctica de la revolución porque la distancia entre las personas se hace tan grande que ya no es posible permitir ningún espacio discursivo o valor compartido (esa condición es la verdadera alienación para Del Noce). Una sociedad de este tipo es sin “sentido” y el único valor importante es la “eficiencia sensible”. Se trata de una sociedad en la que madura una forma especial de alienación y de lucha social que es diferente de la marxista porque está basada en la recuperación de las instancias vitales reprimidas: “Deshacerse de la alienación significa deshacerse de la represión e inhibición de los instintos (en la práctica de lo que tradicionalmente se llamó moralidad y que desde el nuevo punto de vista se denomina ética sexofóbica)” (Del Noce, 1964: 320).

De ahí que desaparezca en la “sociedad opulenta” el sentido del pecado, de la moral y que se cree una relación muy estrecha entre “tecnología” e “irreligión”. Todo esto ayuda a comprender que este tipo de sociedad, aun oponiéndosele, desciende del marxismo y de su opción atea: es más, se podría hablar de una “traducción empirista e individualista del marxismo” (Del Noce, 1964: 316). Finalmente, para Del Noce toda la historia actual es el despliegue, en varios recorridos, de una esencia filosófica que poco a poco se ha impuesto en la Modernidad, es decir, el rechazo de Dios a favor de la idea de que la verdad no es salgo conocido a nivel especulativo sino algo que el hombre *consigue* en la praxis (Del Noce, 1964: 333).

III. Conclusión

En los párrafos anteriores he intentado demostrar que Schmitt y Del Noce comparten algunas ideas importantes sobre la complejidad de lo moderno y el papel del ateísmo en la afirmación de una mentalidad tecnocrática. A diferencia del tomismo neoescolástico, por un lado, y del tradicionalismo del siglo XIX, por el otro lado, Schmitt y Del Noce se enfrentan a la Modernidad considerándola como una “respuesta” a la crisis epocal que las guerras de religión han representado. En este sentido, su lectura de la Modernidad es

plural y abierta a diferentes resultados aunque ambos sepan que en el proceso de secularización y de modernización de la sociedad europeo-occidental el ateísmo representa el resultado principal, cargado de profundas implicaciones a nivel ético-político.

Si los dos autores rechazan una lectura unilateral de la Modernidad optando por una visión más articulada y si ambos atribuyen un papel crucial a la experiencia postfilosófica del marxismo, es cierto que ellos tienen diferentes sensibilidades sobre la llamada “sociedad opulenta” del siglo XX y sobre el papel que la Iglesia Católica puede jugar en este ámbito.

Del Noce parece sin duda más optimista que Schmitt sobre la posibilidad de que la filosofía cristiana liberada de contaminaciones con el marxismo pueda enfrentar los desafíos actuales. Para conseguir este resultado, el pensamiento católico tiene que recuperar la tradición moderna minoritaria representada, sobre todo en el siglo XIX, por el catolicismo liberal del pensador italiano Antonio Rosmini. De hecho, su obra es una verdadera *summa* en la que se entrelazan filosofía, teología, economía, política y derecho (Hoevel, 2013).

Por el contrario, Schmitt quien no conoce a Rosmini pero ha considerado a Donoso Cortés como el “pensador epocal” que ha comprendido las profundas relaciones “espirituales” entre socialismo y liberalismo, es más escéptico que Del Noce sobre las posibilidades que el pensamiento católico pueda sobrevivir al abrazo mortal con la Modernidad postrevolucionaria (Schmitt, 1963). De allí sus profundas perplejidades hacia el concepto mismo de “actualización”, eje central del Concilio Vaticano II. No nos corresponde decidir acerca de quién de los dos tiene razón en el contexto histórico en el que vivieron, sino solo señalar la importancia de ambos pensadores para el presente y el futuro no solo de la Iglesia, sino también de aquella experiencia histórico-cultural que llamamos “Occidente”.

Referencias Bibliográficas

- Borghesi, M. (2019). *Ateismo e modernità. il dibattito nel pensiero cattolico italo-francese*. Milano: Jaca Book.
- Casanova, J. V. (2012). *Genealogías de la secularización*. Barcelona: Anthropos.
- Del Noce, A. (1964). *Il problema dell'ateismo*. Bologna: il Mulino.
- Deneen, P. J. (2018). *Why Liberalism failed?* New Haven and London: Yale University Press.

- Fabro, C. (1964). *Introduzione all'ateismo moderno*. Roma: Studium, Roma.
- Galli, C. (2008). *Lo sguardo di Giano. Saggi su Carl Schmitt*. Bologna: il Mulino.
- Hoevel, C. (2013). *The Economy of recognition. Person, Market and Society in Antonio Rosmini*. Dordrecht: Springer.
- Hoevel, C. (2014). “Las contradicciones culturales del neoliberalismo”. *Economía y Política*, 1(2), 39-72.
- Marx, K. (1845). *Tesis sobre Feurbach*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/45-feuer.htm>
- Muscolino, S. (2019). *Tra immanenza e trascendenza. Saggi teologico-politici “su” e “oltre” Carl Schmitt*. Milano: AlboVersorio.
- Schmidt, A. (1962). *Der Begriff der Natur in der Lehre von Karl Marx*. Frankfurt am Main: Europäische Verlagsanstalt.
- Schmitt, C. (1963). *Interpretación europea de Donoso Cortés*. Madrid: Ediciones Rialp.
- Schmitt, C. (1984). “La época de las neutralizaciones y las despolitizaciones”. En *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Folios.
- Schmitt, C. (1987). *Ex Captivitate Salus*. Milano: Adelphi.
- Schmitt, C. (2001). *Romanticismo político*. Bernal: Editorial UNQ.
- Schmitt, C. (2005). *El nomos de la tierra: en el derecho de gentes del “Jus publicum europaeum”*. Buenos Aires: Editorial Struhart & Cia.
- Schmitt, C. (2009). *Teología política*. Madrid: Trotta.
- Schmitt, C. (2011). *Catolicismo romano y forma política*. Madrid: Tecnos.
- Taylor, Ch. (2007). *A Secular Age*. Cambridge: Harvard University Press.

¹ En Muscolino (2019) se subraya la importancia de Schmitt para el pensamiento católico.

² Sobre la génesis y el desarrollo del neoliberalismo hay una bibliografía inmensa. Algunos autores sostienen que el neoliberalismo representa la supremacía de algunas tradiciones liberales sobre otras (Hoevel, 2014). Mientras que, al enfrentarse con la crisis actual de la sociedad occidental, para otros los orígenes “espirituales” del neoliberalismo remontan a las premisas filosóficas del mismo liberalismo (Deneen, 2018).

³ En su producción madura, bajo el estímulo de la filosofía existencialista, Fabro llega a una revisión de su anterior enfoque, aunque no en forma completa. Reconoce que la libertad es el horizonte originario del hombre tanto en situación de partida como en cuanto aspiración, y que la voluntad ejerce un primado moral sobre el intelecto. Por tanto el tomismo puede y tiene que dialogar en forma constructiva con el pensamiento trascendental moderno.

⁴ Esta posición católica antimoderna es especular a la narración “positiva” protestante que un autor como Hegel representa.

⁵ A propósito del debate sobre el ateísmo en estos autores católicos Cfr. Borghesi (2019).

⁶ En Descartes hay que entender la libertad “esencialmente como un poder de negatividad, pero no en el sentido hegeliano del término de una actividad de negación de lo dado, sino en el de la libertad de distinguirme, de reconocermme como una realidad irreductible” (Del Noce, 1964: 433).

⁷ No es posible tratar aquí el tema del Concilio Vaticano II. Solo señalo que Schmitt es escéptico a este propósito.

⁸ En el texto juvenil *Romanticismo político*, Schmitt también identifica la génesis de la Modernidad con la fractura entre ser y pensamiento por causa del *cogito* de Descartes (Schmitt, 2001). Sin embargo, en este texto el interés político es tal que él no abraza las posiciones tradicionalistas del catolicismo antimoderno. En los años siguientes su interpretación de la Modernidad será más compleja y articulada.

⁹ También el estudioso de la Escuela de Fráncfort, Alfred Schmidt, en un viejo estudio sobre el problema de la naturaleza en Marx, sostiene una posición similar (Schmidt, 1962).

¹⁰ También en este punto, las reflexiones de Del Noce se cruzan con las de Schmitt. Este, en el cuarto capítulo de *Teología política*, observa que a partir de la revolución del 1848 el tema de la “naturaleza” buena o mala del hombre se vuelve central a toda idea política (Schmitt, 2009: 77).

¹¹ A partir de los años cuarenta, Schmitt encuentra en Saint-Simon el origen “espiritual” del socialismo (y no más en Marx).

RESEÑAS DE LIBROS

Consumer Ethics in a Global Economy: How Buying Here Causes Injustice There

Daniel K. Finn

Washington D. C. – Georgetown University Press, 2019

ISBN: 9781626166974

Luego de muchas publicaciones en la misma línea –como *The True Wealth of Nations* (2010), *The Moral Dynamics of Economic Life* (2012) o *Distant Markets, Distant Harms* (2014)–, el economista y teólogo estadounidense Daniel K. Finn nos ofrece esta vez una obra en la que profundiza y precisa los fundamentos epistemológicos de sus posturas expuestas en sus textos anteriores. En efecto, el problema central que plantea en este libro es básicamente el mismo que había presentado, junto a otros autores, en *Distant Markets*, es decir, la cuestión de las injusticias potenciales que podrían causar las decisiones de un consumidor de un país industrializado en un distante país subdesarrollado.

Toda la Parte I del libro está dedicada a intentar demostrar la tesis de que existe, especialmente en los Estados Unidos, una renuencia por parte de un importante sector de la población a pensar o a aceptar algún tipo de responsabilidad moral sobre las consecuencias que las acciones individuales de alguien en un mercado local puedan tener sobre la vida de personas en lugares remotos. Los orígenes de esta actitud los observa el autor en una mentalidad individualista que se nutriría de dos fuentes fundamentales. Por un lado, de los prejuicios culturales típicos de la sociedad estadounidense, en la que fenómenos como el dominio mundial del inglés o el predominio de un determinado tipo de voto electoral son vistos como resultado de un estado natural de las cosas, cuando en realidad obedecerían, en buena medida, a una deformación producto de causas sociales estructurales. Por otro lado, dicho individualismo también se alimentaría, según Finn, de las ideas de la ciencia económica convencional dominante.

Dentro de esta última Finn identifica especialmente las tesis utilitaristas, individualistas, empiristas y “value-free” (libres de valoraciones morales) contenidas en la concepción deductiva de la economía –presentadas por primera vez de modo sistemático por John Stuart Mill y continuadas luego por los economistas neoclásicos del siglo XIX (como Jevons) o del siglo XX (como Robbins, Samuelson o Friedman)– como las bases epistemológicas que han facilitado a muchos evitar hacerse preguntas acerca de las consecuencias éticas de las acciones individuales en el ámbito de la economía. Por lo demás, posturas como las de los actuales modelos filosóficos de la “conexión social” de Iris Marion Young

u Onora O'Neill o el de la "intención participativa" de Christopher Kutz, que toman en cuenta la dimensión estructural de la economía, terminan cayendo, según Finn, en el extremo opuesto de ignorar el papel crucial de las acciones individuales. En tal sentido, yendo también más allá de lo que denomina la "ética tradicional" que considera insuficiente (por haber sido elaborada en tiempos pre-modernos en los que no existían las estructuras sociales como el mercado en su desarrollo actual), Finn apela a la teoría sobre la que se apoyará el argumento central del resto del libro: el realismo crítico de Roy Bhaskar.

En efecto, la Parte II está dedicada a explicar el realismo crítico de Roy Bhaskar, un filósofo de la ciencia británico que en las últimas décadas tuvo una importante influencia en el debate de las ciencias sociales, incluida la economía. Una discípula de Bhaskar (además de ex alumna de Pierre Bourdieu y ex presidenta de la Pontificia Academia de Ciencias Sociales), la socióloga Margaret Archer, parece haber influido de manera decisiva en la adhesión de Finn al realismo crítico. De acuerdo a esta teoría, señala Finn, las explicaciones utilitaristas e individualistas del funcionamiento de la sociedad que ofrecen en general las ciencias sociales actuales, elaboradas a partir del modelo de las ciencias naturales, tienen el defecto de reducir la causalidad de los fenómenos a la ley o regularidad de una serie de eventos empíricamente verificables. Por el contrario, de acuerdo a Bhaskar, dichos eventos –en base a los cuales las ciencias naturales y sociales construyen sus leyes– son en realidad el estrato más superficial bajo el cual subyacen mecanismos o estructuras, no empíricamente verificables (Bhaskar los llama "trans-factuales"), pero que son las verdaderas causas de los fenómenos. En tal sentido, las ciencias sociales empiristas –entre las que hay que incluir a la economía convencional– practican, según Finn, un reduccionismo de la causalidad a la ley y con ello caen en diversas falacias epistémicas. La más común –al menos en la economía– consistiría en atribuir la causalidad de los fenómenos sociales exclusivamente a los individuos, cuando en realidad estos serían solo la parte más empíricamente visible o "emergente" de una realidad subyacente, mucho más compleja y estratificada, de las "estructuras sociales". Estas últimas son definidas por el realismo crítico como "cosas transfactuales ontológicamente reales" que existen a un más "alto" nivel que los individuos y los grupos de personas (p.57). "Más generalmente –afirma Finn siguiendo a Bhaskar– el mundo está estratificado por, por ejemplo, lo existente biológicamente por encima de lo químico, lo consciente por encima de lo biológico y lo social por encima de la persona individual" (p.58).

En tal sentido, recogiendo la preocupación cristiana por el problema de las "estructuras de pecado" –expresada reiteradamente en los documentos sociales de la Iglesia– y buscando superar las concepciones sociológicas individualistas (como las de Max Weber o Anthony Giddens) y colectivistas (como las de Comte o

Durkheim), Finn adhiere al realismo crítico de Bhaskar y Archer para dar cuenta de las estructuras sociales. Estas últimas, surgidas a partir de las acciones e interacciones entre los individuos, van más allá de las intenciones de estos, e implican, de acuerdo a Finn, un sistema de relaciones entre posiciones sociales que preceden y permanecen aún después de la muerte o el reemplazo de los individuos. De este modo, las estructuras sociales tienen un importante impacto causal por medio de sus restricciones, oportunidades e incentivos buenos o malos sobre la conducta individual. No obstante, a pesar de su permanencia y capacidad de reproducción, las estructuras sociales no determinan completamente la conducta: siempre hay un margen de libertad individual a partir del cual pueden cambiar.

A esta descripción de las estructuras sociales brindada por el realismo crítico, Finn le suma la visión de las mismas ofrecida por Thomas Wartenberg quien pone el énfasis en un factor crucial: el poder. Considerado muchas veces solo desde su lado negativo, el poder es en realidad, según Wartenberg, un elemento concomitante e indispensable de las relaciones sociales. De acuerdo a Finn, la concepción de Wartenberg, que enfatiza el valor coercitivo, animador e incluso constitutivo del poder desde un punto de vista moral dentro del sistema social, es complementario al punto de vista del realismo crítico. Ambas perspectivas son así puestas en juego por Finn para llegar a su objetivo central: un análisis del mercado como estructura social y como estructura de poder. En clara oposición a la visión del mercado de la economía convencional que lo ve regido casi únicamente por las señales dadas por los precios, Finn lo analiza como una cadena de relaciones entre posiciones sociales que conforman una estructura social y de poder con un impacto causal algunas veces bueno y otras veces malo sobre las decisiones éticas individuales.

La tercera y última Parte del libro está dedicada a mostrar las implicancias que estas premisas epistemológicas tendrían sobre la doctrina y la ética social cristiana, tanto desde el punto de vista teórico como práctico. En efecto, de acuerdo a Finn, la teoría sociológica del realismo crítico ofrecería al pensamiento social cristiano las herramientas conceptuales para identificar con mucha más claridad las estructuras de pecado descritas solo de modo genérico por los documentos eclesiales de la doctrina social católica. Un ejemplo posible de su aplicación, sería el de la revisión de la tesis de las instituciones inclusivas y extractivas, descritas en la conocida obra *Why Nations Fail* de Daron Acemoglu y James A. Robinson. En opinión de Finn, este último planteo da en el blanco al señalar la dimensión estructural-institucional del problema económico, yendo más allá de los análisis de mercado de la economía convencional. No obstante, se trata de una explicación todavía incompleta debido a su falta de comprensión del verdadero alcance de las estructuras sociales. Por esta razón, Acemoglu y Robinson no terminarían de

comprender, según Finn, el impacto negativo de las instituciones extractivas, limitándolo a los países subdesarrollados sin considerar que también hacen sentir su influjo en las economías de los países desarrollados.

Por lo demás, Finn intenta mostrar cómo el realismo crítico permite también detectar estructuras causales más específicas que posibilitan ir mucho más allá de las acusaciones genéricas a “los mercados capitalistas” de los izquierdistas y liberacionistas y a la “corrupción gubernamental” de los conservadores y neoconservadores. Asimismo, el punto de vista del realismo crítico posibilitaría, según Finn, superar también la tendencia a reducir el problema ético de la economía a la virtud y el vicio personales que se trasluce, de acuerdo a nuestro autor, en algunos textos del magisterio eclesial. Si bien la virtud y el vicio individuales –al igual que las relaciones interpersonales de confianza y reciprocidad– son elementos influyentes de la causalidad ética, deben ser complementados, en opinión de Finn, por el análisis de las posibilidades de las estructuras institucionales coercitivas éticamente positivas tanto dentro como fuera del mercado. Tomando en cuenta estas últimas, Finn propone, finalmente, toda una serie de acciones, entre las que incluye nuevos modos de consumo (como el comercio justo o la compra en compañías responsables) y la acción conjunta de las organizaciones de la sociedad civil y otras acciones políticas estatales, que apunten a presionar positivamente a los ejecutivos y empresarios y otros agentes del mercado para realizar cambios estructurales en sus prácticas corporativas.

La lectura del libro de Finn produce en todo momento la sensación placentera de estar tratando con un autor serio, que ha elaborado con gran cuidado todos sus argumentos, fundándolos en un conocimiento sólido de las principales preguntas, autores y teorías en juego. Desde el principio es posible reconocer también la relevancia y legitimidad de las múltiples motivaciones del autor para escribir el libro: el problema ético de la despersonalización y desvinculación territorial de los mercados en la economía global, la falta de elementos conceptuales en la economía convencional para abordar cuestiones éticas y, desde el punto de vista del pensador cristiano (recordemos de nuevo que Finn es teólogo, además de economista), la necesidad de dar cuenta de las denuncias proféticas que siempre ha realizado la Iglesia en relación a las injusticias éticas de la economía capitalista, sin caer en las exageraciones estructuralistas de algunas corrientes liberacionistas o en los reduccionismos espiritualistas de algunas posturas conservadoras.

Si bien la crítica al *mainstream* neoclásico, que contiene la Parte I del texto, ha sido frecuentemente abordada por numerosos autores, no parece estar de más recordarla en relación al tema específico que aborda el libro. Pero seguramente su

originalidad central no radica en ello, sino en la propuesta que realiza Finn de utilizar la teoría del realismo crítico de Roy Bhaskar como una nueva base epistemológica para abordar tanto esta como otras cuestiones éticas de la economía. No obstante, la adopción del realismo crítico como nueva base de la economía no es un punto de vista original de Finn. Quien lo ha desarrollado de modo sistemático en las últimas décadas ha sido el británico Tony Lawson, otro discípulo de Bhaskar a quien Finn en este texto extrañamente no menciona en ningún momento, lo cual podría quizás objetársele como crítica. De hecho, la inclusión del planteo de Lawson habría sido útil para verificar, no solo la originalidad del libro, sino también las posibles –y creo yo muy probables diferencias (en temas como la libertad, la dignidad de la persona y otras)– que una visión “teológicamente inspirada” como la de Finn seguramente tendría con el punto de vista mucho más secular de Lawson.

Por lo demás, la cuestión central para discutir del libro de Finn no es su impecablemente didáctica presentación del realismo crítico de Bhaskar, sino la aplicación de esa teoría para el análisis tanto científico como ético de la economía. Las preguntas que surgen al respecto son muchas. Si bien la crítica del realismo crítico a los excesos del individualismo metodológico y del empirismo deductivo que caracteriza a la ciencia económica convencional parece más que razonable, el problema radica más bien, como siempre, en la explicación de la economía que esta teoría sociológica presenta como alternativa. El punto crucial es sin duda el de la naturaleza de esas entidades misteriosas –las estructuras sociales– que Bhaskar y sus discípulos presentan como realidades “ontológicas” pero “transfactuales” y, por tanto, inverificables empíricamente a las que atribuyen un impacto causal que superaría el de las acciones de los individuos sin aparentemente suprimirlas. No se trataría, aparentemente, de un tipo de entidades que tradicionalmente llamaríamos “metafísicas”, como cuando en la filosofía aristotélica o tomista se habla de la sociedad o de la universidad como entidades o unidades de orden accidental que dependen de las substancias, es decir, de las personas que las forman, para existir. Tampoco parece tratarse de unas estructuras trascendentales, al estilo kantiano, o puramente relacionales, al modo hegeliano, en las cuales no sería posible admitir seres o substancias subsistentes en sí mismas –como las personas– más allá de las relaciones. Esas preguntas filosóficas tal vez no sean necesarias dentro del marco de la teoría de Bhaskar, pero parecen imprescindibles desde el pensamiento social cristiano que necesita alimentarse no solo de sociología, sino también de filosofía y teología. Las consecuencias que trae una u otra respuesta a estas preguntas no son de poca monta: es la realidad y consistencia de la persona, el concepto central del pensamiento social cristiano, la que está en juego.

De hecho, al analizar algunas de las explicaciones del pensamiento de Bhaskar que realiza Finn, se pueden reconocer enseguida estos problemas. Por ejemplo, cuando afirma, a mi juicio erróneamente, que “lo social” está “por encima” de “la persona individual”, de un modo análogo al que “lo existente biológicamente” está “por encima” de lo químico y “lo consciente por encima de lo biológico” (p.58). En realidad, la analogía parece más bien ocurrir al revés: son los estructuralismos que ponen a las estructuras sociales “por encima” de la persona individual los que se asemejan mucho a los materialismos que ponen a las estructuras químicas o biológicas “por encima” de la conciencia personal individual. Es cierto que tanto Archer como Finn –como pensadores católicos– afirman constantemente la importancia de la libertad individual. Pero, ¿es posible mantener esta tesis dentro del estructuralismo de Bhaskar? ¿O habría que hablar, más bien, como parece hacerlo Tony Lawson, de un concepto *estructural* de libertad, el cual ya no es tan fácil de identificar con la libertad de un individuo verdaderamente personal como el que sostiene el pensamiento social cristiano?

Esta debilidad filosófica siembra una duda sobre los demás argumentos que Finn utiliza para aplicar la teoría de Bhaskar al análisis ético de la economía. Si los mercados son en realidad “estructuras sociales”, es decir, en la visión Bhaskariana, entidades que están “por encima de la persona” y, por tanto, causas tanto o más influyentes que las acciones libres de los individuos, ¿no debilita esto en lugar de fortalecer las posibilidades de la ética en el mercado ya que la fuerza de las estructuras des-responsabilizarían más que responsabilizarían éticamente al individuo? Y, al mismo tiempo, si es necesario un refuerzo tan grande de otras estructuras sociales (como los sistemas de presión civil o política sobre las empresas) para compensar el poder “estructural” de los mercados, ¿no se está en realidad reemplazando la ética por la lucha social o política como punto de partida para el mejoramiento de la economía? Ciertamente se podría argumentar que lo que propone el autor es evitar la reducción de la ética económica a la sola ética individual, cuando es necesaria también una ética social o política. Eso sería correcto, pero en la medida en que quedara claro que el cambio ético a nivel social no equivale al mero “cambio de estructuras” (a través de restricciones o incentivos provenientes de otras estructuras más poderosas), sino a una acción ética conjunta de personas individuales que, desde sus distintos puestos de responsabilidad en la sociedad, se sirven virtuosamente de medios instrumentales o materiales estructurales (como leyes sociales o formas más justas de organización empresarial), para alcanzar la justicia social y el bien común.

Cuando hablamos de ética siempre nos referimos al impacto causal de acciones individuales libres motivadas por una profunda toma de conciencia basada en valores –ya sea de los individuos que actúan solitariamente en el

mercado o de aquellos que tienen responsabilidades a un nivel social o político mucho más amplio como las de un empresario, un funcionario estatal o un presidente— y nunca de causalidades materiales o coercitivas puramente “estructurales”. Ciertamente hay instituciones, leyes y formas de organización más compatibles con la ética individual y social que otras. A algunas incluso las llamamos, utilizando una analogía, “instituciones justas” y a otras “instituciones injustas”, e incluso, algunas veces, intrínsecamente injustas. Pero, en realidad, es solo una analogía. Quien es justo o injusto, ético o antiético es únicamente el ser humano, nunca una estructura. De hecho, lo que las buenas instituciones contienen, en su diseño y contenido, son solo *potencialidades* justas, ya que ninguna de estas “estructuras” son por sí mismas completamente buenas y justas hasta concretarse y actualizarse el uso justo que puedan hacer de ellas las personas individuales en la práctica concreta. La bondad o maldad ética no proviene, así, en última instancia, de las estructuras, ni siquiera de las más “justas”, sino de las acciones humanas concretas justas que son solo las de los individuos.

La propuesta final de Finn de poner en juego, sin intervenir de manera directa en el sistema de precios, la acción conjunta de los consumidores y organizaciones de la sociedad civil, no tanto para dejar de comprar o boicotear los productos de aquellas empresas que no respeten los derechos de los trabajadores en países distantes, sino para presionarlas para que reformen sus estructuras laborales en la dirección del respeto de estos derechos, es una iniciativa loable. Pero ese camino, aunque legítimo, tiene más bien las características de una acción civil de grupos de presión que la de una verdadera transformación ética. En ese sentido, creo que falta en el libro de Finn una exploración de los modos en que podría desarrollarse en el actual contexto, una nueva cultura ética que comenzara a producir cambios endógenos en la estructura motivacional de los individuos, tanto en sus roles de consumidores como de ejecutivos dentro de las empresas. Llama la atención también, en ese sentido, la ausencia en el texto de un análisis de la influencia que podría tener sobre la ética de los agentes económicos un nuevo tipo de educación (especialmente en escuelas y facultades de negocios) que reemplazara a la actual, predominantemente positivista y utilitarista. Lo mismo podría decirse del silencio del libro acerca del papel éticamente transformador, sobre los agentes del mercado, de la espiritualidad, tanto cristiana como de otras religiones, vivida en un contexto eclesial o comunitario. Es cierto que toda ética o espiritualidad se queda en mero moralismo o espiritualismo si no va acompañada por un verdadero cambio en las acciones y en la forma concreta de vivir las “estructuras”, sea cual fuera nuestro marco epistemológico para interpretarlas. Pero tanto el cambio de las estructuras como de las acciones civiles o políticas orientadas a mejorarlas solo podrá producirse si se da previamente una transformación interior en las personas, es decir, en su ética.

Por lo demás, más allá de las críticas que puedan hacerse a algunas de las opciones intelectuales del autor en este libro, *Consumer Ethics in a Global Economy* es un texto interesante, agudo y muy bien fundamentado, que obliga sobre todo a pensar al lector, llevándolo también a tomar conciencia de la urgente necesidad de profundizar el estudio y la búsqueda de soluciones concretas para el problema ético de la economía.

Carlos Hoevel
carlos_hoevel@uca.edu.ar

CULTURA ECONÓMICA

POLÍTICA EDITORIAL

TEMÁTICA Y ALCANCE

Cultura Económica es una revista de periodicidad semestral de estudios e investigación en el área de la filosofía social y de la economía del Centro de Estudios en Economía y Cultura de la Facultad de Ciencias Económicas de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Su objetivo es investigar las implicancias culturales y éticas de los problemas económicos contemporáneos desde una perspectiva humanística e interdisciplinar. Los volúmenes se publican en los meses de junio y diciembre de cada año. Esta publicación ha sido creada en 1983 bajo el nombre de *Revista Valores en la sociedad industrial* hasta su cambio de denominación en 2007.

La publicación se compone de las siguientes secciones:

- Artículos: trabajos de investigación de alto rigor científico dotados de un sólido aparato conceptual y crítico.
- Ensayos: trabajos que sin detrimento del rigor científico expresan opiniones, experiencias, análisis de carácter más personal o estudios breves.
- Documentos: presentación de documentos o ediciones críticas.
- *In memoriam*: escritos de homenaje por el fallecimiento de personas vinculadas al ámbito académico de la revista
- Reseñas bibliográficas: en esta sección se publican reseñas que incluyen el examen crítico de una obra con una extensión variable de acuerdo a la importancia de los libros a reseñar.

Cultura Económica acepta colaboraciones para todas sus secciones, en castellano o en inglés, presentadas por académicos y profesores de todas las Universidades. La revista no asume necesariamente las opiniones expresadas en los trabajos publicados.

PROCESO DE EVALUACIÓN

Todos los artículos, ensayos, documentos y reseñas enviados a la Revista *Cultura Económica* son sometidos en una primera instancia a la evaluación por parte del Consejo de Redacción. Posteriormente, se remiten los artículos a la revisión de expertos externos de acuerdo a la modalidad del sistema de arbitraje doble ciego. En esta segunda instancia, se mantiene en secreto la identidad del autor y de los revisores. El objetivo de la revisión por expertos externos es valorar con objetividad la originalidad, relevancia y calidad del texto. En base a los informes recibidos de los expertos externos, el Consejo de Redacción junto con el Director y el Editor toman la decisión final de la publicación o no de los artículos.

El equipo editorial de la Revista comunica al autor la decisión respecto de la publicación del artículo y transmite las observaciones efectuadas por los árbitros que contribuyan a mejorarlo. En caso de ser necesaria una modificación, el autor deberá enviar a la Revista el texto modificado en el plazo de un mes. A partir de la recepción del original, el proceso de revisión se desarrolla en un plazo de entre dos y seis meses hasta la decisión final.

POLÍTICA DE ACCESO ABIERTO

Cultura Económica proporciona un acceso abierto inmediato a su contenido, permitiendo descargar, distribuir, copiar e imprimir su material sin restricciones. Así, se busca asegurar el acceso a la información, sin barreras económicas, legales o técnicas, contribuyendo a un mayor intercambio global del conocimiento.

INSTRUCCIONES PARA LA ENTREGA DE ORIGINALES

La publicación se compone de las siguientes secciones:

- Artículos: trabajos de investigación de alto rigor científico dotados de un sólido aparato conceptual y crítico.
- Ensayos: trabajos que sin detrimento del rigor científico expresan opiniones, experiencias, análisis de carácter más personal o estudios breves.
- Documentos: presentación de documentos o ediciones críticas.
- *In memoriam*: escritos de homenaje por el fallecimiento de personas vinculadas al ámbito académico de la revista
- Reseñas bibliográficas: en esta sección se publican reseñas que incluyen el examen crítico de una obra con una extensión variable de acuerdo a la importancia de los libros a reseñar.

Cultura Económica acepta colaboraciones para todas sus secciones, en castellano o en inglés, presentadas por académicos y profesores de todas las Universidades. La revista no asume necesariamente las opiniones expresadas en los trabajos publicados.

Los autores deberán tener en cuenta las siguientes normas a la hora de presentar trabajos para su posible publicación en la revista:

I. Presentación y envío de trabajos

1. Los artículos, ensayos y reseñas presentados deben ser originales e inéditos en castellano o inglés.
2. Los autores de los artículos publicados cederán sus derechos a la editorial, en forma no exclusiva, para que incorpore la versión digital de los mismos al Repositorio Institucional de la Universidad Católica Argentina como así también a otras bases de datos que considere de relevancia académica. La revista no exige a los autores pago por enviar, evaluar o publicar sus artículos.
3. Los trabajos se enviarán obligatoriamente en soporte informático (e-mail) o a través del proceso de OJS, en formato Word.
4. Los artículos tendrán una extensión entre 5.000 y 9.000 palabras, excepto en algunos casos especiales a considerar por el equipo editorial. Los ensayos tendrán una extensión entre 3000 y 6000 palabras. Los documentos no tendrán un número fijo, y las reseñas no deben exceder las 2000 palabras.
5. El Título debe ser presentado en castellano y en inglés.
6. En el texto deberá incluirse el nombre y apellido completo del autor. En el caso de que haya más de un autor, la revista respetará el orden elegido por los autores. Además, se deberá enviar una breve nota donde conste el grado académico, profesión, cargo docente, institución de pertenencia, dirección de correo electrónico y, si los hubiera, declaración explícita de los apoyos recibidos para la elaboración del trabajo.
7. Se deberá enviar un resumen de los aspectos centrales del trabajo, que oscile entre 100 y 175 palabras en castellano y en inglés. Se presentarán también en ambos idiomas entre 4 y 8 palabras clave, empleando algún tesauro especializado.

II. Normas de estilo

Las referencias bibliográficas deben ser presentadas en un apartado situado al final de los artículos y deberá respetarse la disposición ejemplificada a continuación:

Libro: Moyano Llerena, C. (1982). *Otro estilo de vida*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Texto en un libro con editores: Friedman, M. (1984). "The methodology of positive economics" en Hausman, D. (ed.) (1990). *The philosophy of economics. An anthology*, Cambridge: Cambridge University Press.

Artículo de revista: Belardinelli, S. (2004). "La empresa desde el punto de vista de la sociedad «civil»". *Empresa y Humanismo*, vol. VII, 2/4, 179-190.

Página web: Gomez Caride, Ezequiel (2014). "Religion and the Construction of Argentinian Citizenship. The University of Wisconsin-Madison". <http://gradworks.umi.com/36/24/3624892.html>
Último acceso: junio 2018.

Las citas o referencias bibliográficas presentadas en el cuerpo del texto deben colocarse entre comillas y consignar entre paréntesis el nombre del autor, año de la publicación y la página que contiene la cita. En el caso de que se trate de una página web, y no exista paginado, se debe indicar: disponible en línea.

CALIDAD ACADÉMICA

Cultura Económica publica dos volúmenes anuales en los meses de junio y diciembre de manera regular. Desde 2017 la revista se ofrece en papel y en OJS. Mantiene a lo largo de todos sus números una adecuada coherencia con su temática académica y línea editorial.

Todos los trabajos editados en *Cultura Económica* son originales y son sometidos a evaluación previa por el Consejo de Redacción, y en el caso de los artículos, a revisores externos especialistas en las temáticas correspondientes bajo el sistema de evaluación doble ciega.

Cultura Económica informa a los autores las razones de aceptación o rechazo de los artículos, con resúmenes de los dictámenes emitidos por los evaluadores externos.

Cultura Económica cuenta con un Consejo de Redacción, un Consejo Académico Asesor y una nómina de Revisores. También cuenta con un director, un editor y una asistente de redacción.

La nómina de Revisores se compone de investigadores nacionales e internacionales de reconocido prestigio, y el Consejo Académico Asesor cuenta con miembros internacionales expertos en las disciplinas temáticas de la publicación.

DECLARACIÓN DE BUENAS PRÁCTICAS

La revista *Cultura Económica* busca cumplir con los estándares normativos y éticos propios del ámbito académico. Para ello, los editores asumen el compromiso de seleccionar a revisores idóneos para emitir su juicio acerca de los manuscritos. Asimismo, se comprometen a evaluar los artículos en base a su calidad científica, de modo confidencial, y en un tiempo que no supere los seis meses desde su recepción. Los revisores, por su parte, se comprometen a evaluar los trabajos de modo objetivo y sin sesgos, dentro de los plazos de entrega y en forma confidencial. Por último, los autores asumen el compromiso de enviar trabajos inéditos, originales y sin plagios. También se comprometen a no presentar el mismo trabajo a otra revista en forma simultánea para su selección. Todos los autores se encuentran obligados a declarar que no existen conflictos de intereses que afecten su trabajo e indicar cualquier fuente de financiación vinculada al manuscrito enviado. Los autores son responsables de la calidad científica de sus textos.

CULTURA ECONÓMICA

EDITORIAL POLICY

FOCUS AND SCOPE

Cultura Económica is a biannual journal of studies and research in the area of social philosophy and economics published by the Center for Studies in Economics and Culture of the Faculty of Economics of the Pontifical Catholic University of Argentina. The Journal promotes intellectual exploration on the cultural and ethical implications of contemporary economic problems from a humanistic and interdisciplinary perspective. The volumes are published in the months of June and December of each year. This Journal was created in 1983 under the name of *Revista Valores en la Sociedad Industrial* until its change of name in 2007.

The Journal is composed by the following sections:

- Articles: research works of high scientific rigor endowed with a solid conceptual and critical apparatus.
- Essays: papers that without detriment to scientific rigor express opinions, experiences, more personal analysis or brief studies.
- Documents: presentation of documents or critical editions.
- *In memoriam*: tribute writings for the death of people linked to the academic scope of the journal.
- Bibliographic reviews: this section publishes reviews that include the critical examination of a work within a variable extension according to the importance of the books to be reviewed.

Cultura Económica accepts contributions for all its sections, in Spanish or English, presented by academics and professors from any University. The Journal does not necessarily assume the opinions expressed in the published works.

EVALUATION PROCESS

All articles, essays, documents, and reviews sent to *Cultura Económica* are submitted firstly to revision by the Editorial Board. Subsequently, articles are sent to external experts according to the modality of the double-blind peer review arbitration system. In this second instance, the identity of the author and the reviewers is kept secret. The aim of this process is to objectively assess the originality, relevance and quality of the text. Based on the reports received from external experts, the Editorial Board together with the Director and the Editor make the final decision on the publication or not of the articles.

The editorial team of the Journal communicates the author the decision regarding the publication of the article and transmits the observations made by the reviewers in order to contribute to its improvement. If a modification is necessary, the author must send the revised text to the Journal within a period of one month. Upon receipt of the original, the review process takes place in a period between two and six months until the final decision.

OPEN ACCESS POLICY

Cultura Económica provides immediate open access to its content, allowing you to download, distribute, copy and print your material without restrictions. Thus, it seeks to ensure access to information, without economic, legal or technical barriers, contributing to a greater global exchange of knowledge.

INSTRUCTIONS FOR THE DELIVERY OF ORIGINALS

The Journal is composed by the following sections:

- Articles: research works of high scientific rigor endowed with a solid conceptual and critical apparatus.
- Essays: papers that without detriment to scientific rigor express opinions, experiences, more personal analysis or brief studies.
- Documents: presentation of documents or critical editions.
- *In memoriam*: tribute writings for the death of people linked to the academic scope of the journal.
- Bibliographic reviews: this section publishes reviews that include the critical examination of a work within a variable extension according to the importance of the books to be reviewed.

Cultura Económica accepts contributions for all its sections, in Spanish or English, presented by academics and professors from any University. The Journal does not necessarily assume the opinions expressed in the published works.

Authors must take into account the following rules when they present their works for possible publication in the journal:

I. Presentation and submission of works

1. Articles, essays and reviews presented must be original and unpublished in Spanish or English.
2. The authors of the published articles will assign their rights to the publisher, in a non-exclusive way, to incorporate the digital version of the articles in the Institutional Repository of the Pontifical Catholic University of Argentina as well as to other databases that it considers of academic relevance. The journal does not require authors to pay for submitting, evaluating or publishing their articles.
3. The works must be sent in computer format (e-mail) or through the OJS process, in Word format.
4. Articles will range between 5,000 and 9,000 words, except some special cases to be considered by the editorial team. Essays will have an extension between 3,000 and 6,000 words. Documents will not have a fixed number, and reviews should not exceed 2,000 words.
5. The title must be presented in Spanish and English.
6. The full name and surname of the author must be included in the text. In case that there is more than one author, the Journal will respect the order chosen by the authors. In addition, a brief note should be sent stating the academic degree, profession, teaching position, membership institution, email address and, if there were any, explicit statement of the support received for the preparation of the work.
7. A summary of the central aspects of the work should be sent, ranging between 100 and 175 words in Spanish and English. Between 4 and 8 keywords will also be presented in both languages, using a specialized thesaurus.

II. Citation rules

Bibliographical references must be presented in a section located at the end of the articles and the provision exemplified below must be respected:

Book: Moyano Llerena, C. (1982). *Another lifestyle*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Text in a book with editors: Friedman, M. (1984). "The methodology of positive economics" in Hausman, D. (ed.) (1990). *The philosophy of economics. An anthology*, Cambridge: Cambridge University Press.

Journal article: Kahneman, Daniel (2003). "A psychological perspective on Economics", in *The Economic Review*, American Economic Association, vol.3, N°2, pp.162-168

Website: Gomez Caride, Ezequiel (2014). "Religion and the Construction of Argentinian Citizenship. The University of Wisconsin-Madison". <http://gradworks.umi.com/36/24/3624892.html> Last access: June 2018.

The citations or bibliographic references presented in the text's body must be placed in quotation marks and include the author's name, year of publication and the page containing the citation in parentheses.

ACADEMIC QUALITY

Cultura Económica publishes two annual volumes in the months of June and December on a regular basis. Since 2017 the Journal is offered in paper and in OJS. Throughout all its numbers it maintains an adequate coherence with its academic focus and editorial line.

All works published in *Cultura Económica* are original and are subject to prior evaluation by the Editorial Board, and in the case of articles, to external reviewers specialized in the corresponding topics under the double blind peer review evaluation system.

Cultura Económica informs the authors the reasons for the acceptance or rejection of the articles, and gives reports of the external evaluators' opinions.

Cultura Económica has an Editorial Board, an Academic Advisory Board and a list of reviewers. It also has a director, an editor and a writing assistant.

The list of reviewers is made up of national and international researchers of recognized prestige, and the Advisory Academic Council has international expert members in the disciplines of the Journal.

DECLARATION OF GOOD PRACTICES

Cultura Económica Journal seeks to comply with the normative and ethical standards of the academia. Therefore, editors assume the commitment to select suitable reviewers to issue their opinion about the manuscripts. Likewise, they undertake to assess articles based on scientific quality, confidentially and in a period not exceeding six months from its receipt. The reviewers, for their part, undertake to evaluate the work in an objective manner and without bias, within the deadlines and confidentially. Finally, the authors assume the commitment to send unpublished, original and non-plagiarized works. They also agree not to present the same work to another journal simultaneously for their selection. All authors are required to declare that there are no conflicts of interest that affect their work and indicate any funding source linked to the submitted manuscript. The authors are responsible for the scientific quality of their texts.

Colaboradores

Hernán Gabriel Borisonik

Doctor en Ciencias Sociales (UBA) e Investigador del CONICET. Es profesor adjunto en la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín, donde coordina el Centro Ciencia y Pensamiento. Dirige y forma parte de diversos proyectos vinculados a la filosofía y la teoría política. Editó varios volúmenes académicos, entre los que se destaca *Detrás del espectador imparcial. Ensayos en torno de Adam Smith* (2019). Escribió los libros *Dinero sagrado. Política, economía y sacralidad en Aristóteles* (2013) y *Soporte. El uso del dinero como material en las artes visuales* (2017).

Gonzalo Carrión

Licenciado en Economía (Universidad Nacional de Villa María), Máster en Pensamiento Económico y Empresarial (Universidad Complutense de Madrid), Doctor en Filosofía (Universidad Católica de Santa Fe). Profesor Adjunto en la Universidad Nacional de Villa María. Áreas de investigación: Filosofía de la economía e historia del pensamiento económico, particularmente en torno a las ideas de Adam Smith, David Hume y Albert O. Hirschman.

Ariadna Cazenave

Licenciada en Economía. Becaria doctoral CONICET del Centro de Estudios para la Planificación del Desarrollo, Instituto de Investigaciones económicas, FCE-UBA. Auxiliar docente de la Escuela de Posgrado de la Universidad de la Matanza y de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA.

Mauro Nicolás Ciani

Estudiante avanzado de la Licenciatura de Economía (UBA). Ayudante de segunda de la asignatura obligatoria "Historia del Pensamiento Económico I" y pasante de investigación en el marco del programa PROPAI de la FCE-UBA. Integrante del proyecto UBACyT 2020 (Mod II) "El estudio y la enseñanza de Adam Smith en la formación universitaria del economista. Indagación sobre el proceso de selección y de difusión de sus ideas por parte de los libros de texto consagrados de Historia del Pensamiento Económico", dirigido por Leandro E. Habermeld.

Carlos Hoevel

Doctor en Filosofía (UCA). Master of Arts in the Social Sciences (U. de Chicago). Profesor Titular Ordinario de Historia de las Ideas Económicas y Políticas, Filosofía de la Economía, Filosofía Social y Ética en los Negocios (UCA). Fellow del Instituto Spes (Bélgica). Director del Centro de Estudios en Economía y Cultura (UCA) y de esta publicación.

Pablo Enrique Levín

Doctor en Ciencias del Desarrollo. Director del Centro de Estudios para la Planificación del Desarrollo, Instituto de Investigaciones económicas, FCE-UBA. Profesor consulto de Historia del Pensamiento Económico FCE-UBA. Docente de la Escuela de Posgrado de la Universidad de la Matanza.

Salvatore Muscolino

Profesor Titular de Filosofía Política en la Università degli Studi di Palermo (Italia). Sus áreas de investigación son: filosofía social y política; el pensamiento de Antonio Rosmini, Carl Schmitt, L. Wittgenstein; relaciones entre religión y política.

Pilar Piqué

Doctora en Economía (UBA). Investigadora asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con lugar de trabajo en el Centro de Estudios para la Planificación del Desarrollo (CEPLAD-FCE-UBA). Profesora adjunta de Historia del Pensamiento Económico I e Historia del Pensamiento Económico II (FCE-UBA).

Álvaro Perpere Viñuales

Doctor en Filosofía (Universidad de Navarra). Magíster in Economía y Ciencias Políticas (ESEADE). Investigador del Centro de Estudios en Economía y Cultura (UCA). Profesor de Historia de las Ideas Políticas y Económicas (UCA) y de Filosofía (UCA). Profesor en la Escuela de Posgrados (FCE-UBA). Editor de esta publicación.

Ruth Pustilnik

Licenciada en Economía (UBA). Doctorado en curso de Epistemología e Historia de la Ciencia (Universidad Nacional Tres de Febrero). Profesora asociada de Metodología de las Ciencias Sociales (FCE-UBA). Profesora adjunta Epistemología de la Economía (FCE-UBA). Investigadora en diversos proyectos UBACyT, financiados por la secretaría de Ciencia y Técnica, en el Centro de Epistemología de las Ciencias económicas (CIECE-FCE-UBA). Obtuvo becas financiadas por la Universidad de Buenos Aires y por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET). Su foco de interés es la comprensión y crítica de la sociedad desde una perspectiva filosófica. Para ello estudia e investiga combinando las siguientes áreas: epistemología de la economía, filosofía de la ciencia, historia del pensamiento económico y filosofía política.